

**Serie: Tratados Teológicos**

# **Santificación**

Un estudio profundo sobre el proceso que sigue el cristiano para reflejar a Dios en su vida como consecuencia de la obra del Espíritu Santo.



*Federico Salvador Wadsworth*





## 0. Contenido

0.	Contenido .....	2
1.	Introducción General .....	3
2.	Estructura del Tratado Teológico .....	3
3.	Mapa General de Tratados.....	5
4.	Mapa del Tratado .....	6
5.	Propósito del Tratado .....	7
6.	Desarrollo del tema .....	7
6.1.	Introducción.....	7
6.2.	Santo.....	8
6.3.	Justificación y santificación .....	9
6.4.	Un proceso de toda la vida.....	15
6.5.	La lucha diaria del cristiano.....	19
6.6.	La obra de Dios en el hombre.....	25
7.	Material complementario .....	32
7.1.	Justicia imputada e impartida.....	32
7.2.	La herejía de la carne santificada .....	36
7.3.	Perfeccionismo & Perfección .....	41
7.4.	Perfección & Fin del Tiempo .....	47



## 1. Introducción General

La búsqueda del conocimiento de Dios y su propósito para el hombre constituye la más apasionante de las aventuras que la mente humana pueda proponerse. El reto de encontrar en el libro sagrado aquel hilo de oro del plan de salvación recompensará al estudioso, que podrá comprender la majestuosidad del esfuerzo de Aquél que **“no escatimó ni a su propio hijo” (Romanos 8: 32).**

El conjunto de tratados sobre temas bíblicos, del que usted tiene en sus manos uno de los estudios, ha sido preparado para proveer al miembro laico de la Iglesia Adventista del Séptimo Día del conocimiento requerido para enseñar a otros acerca de cómo crecer **“en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3: 18)** así como para **“presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 Pedro 3: 15).**

El autor es miembro regular de la Iglesia Adventista del Séptimo Día desde 1977, anciano de iglesia desde 1979, esposo, padre y abuelo, con el gozo de tener a toda su familia en **“la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 1: 3)** y que además suscribe totalmente las 28 doctrinas oficiales de la misma.



Reitero que estos tratados han sido preparados para el miembro de Iglesia, por lo que deberá graduar la dosis de conocimiento que deba transmitir a aquellos que se encuentren interesados en conocer a Jesús, a quien el profeta llama el **“Deseado de todas las gentes” (Hageo 2: 7).**

Por eso, al mismo tiempo, hemos querido también incluir material complementario al estudio bíblico que esperamos le permita ampliar sus actuales conocimientos, así como estar preparado para profundizar en **“cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles” (1 Pedro 1: 12).** Su habilidad para introducir estos subtemas en armonía con los conceptos centrales es clave para favorecer la transferencia del conocimiento que usted y yo nos proponemos.

Dado que el conocimiento de nuestro Dios y sus propósitos estarán, por la obra y gracia del Espíritu Santo, siempre en pleno desarrollo, podrá encontrarse regularmente con actualizaciones de cada tratado (vea la fecha aa.mm.dd que acompaña al nombre del archivo). Estas actualizaciones, por supuesto, también corregirán algunas de las fallas humanas que puedan haber pasado inadvertidas para el autor. Por otro lado, su bien intencionado propósito de ayudarnos a mejorar estos temas será siempre bienvenido.

## 2. Estructura del Tratado Teológico

Al inicio de cada tratado le presentaremos la estructura general del conjunto de estos utilizando un diagrama de bloques numerado, llamado Mapa General de Tratados. Este gráfico (que aparece en la subsiguiente página) le permitirá ver dónde encaja el tratado que tiene en sus manos en relación con los otros temas. Para facilitar su ubicación además de la numeración, este estará marcado en color diferente de los demás. Coleccione los temas, actualícelos y ordénelos en esta secuencia si le parece útil a su propio desarrollo del conocimiento.

Los números en cada bloque establecen simultáneamente el orden de creación de estos tratados y la dependencia lógica también entre ellos. Los bloques del número 70 en adelante representan, a su vez, un conjunto de tratados especiales. Los he agrupado en 6 grandes temas:

- |    |                            |             |
|----|----------------------------|-------------|
| a. | Religiones comparadas      | Serie 70.nn |
| b. | Cronologías                | Serie 75.nn |
| c. | Armonías de los Evangelios | Serie 80.nn |
| d. | Genealogías                | Serie 85.nn |
| e. | Biografías bíblicas        | Serie 90.nn |
| f. | Historia                   | Serie 95.nn |

La lectura de estos temas le dará el marco referencial para entender los tratados más temáticos. Estos otros temas tienen su propia estructura que guardará relación con la aquí mencionada.

Luego del diagrama del conjunto, encontrará usted un diagrama de bloques del estudio propiamente dicho, llamado Mapa del Tratado, donde podrá notar lo siguiente:

- Cada bloque del diagrama indica el versículo o versículos de referencia en la parte inferior y una breve frase que corresponde con la lógica de su inclusión en el tema.



- b. Notará que hay algunos bloques, con versículos de color diferente, que hacen referencia a parábolas que ayudan a entender el tema central.
- c. Otros bloques, que no contienen versículos, exponen asuntos que podría usted tocar cuando presente el estudio; asuntos que poseen un trasfondo histórico, geográfico, científico, técnico, entre otros. Usted encontrará en este estudio alguna información que le ayudará a exponer sobre estos conceptos.
- d. Estos dos tipos de bloques no necesariamente están incluidos en todos los estudios.
- e. Las flechas indican la secuencia lógica en la que el autor piensa que estos temas deben ser presentados. La secuencia está establecida de izquierda a derecha y de arriba a abajo. Sin embargo, su propia iniciativa y conocimiento de las necesidades de sus oyentes le pueden marcar una ruta diferente. Déjese guiar en oración por Aquél que no puede errar.

Al finalizar esta fase gráfica usted encontrará el estudio en detalle, que seguirá hasta donde sea posible, la estructura del diagrama de bloques. Algunos materiales complementarios al estudio se incluirán al final. Le recomiendo que los lea con anticipación para encontrar el momento exacto para incluirlos en su exposición.

Hasta donde me ha sido posible he presentado la fuente de algunos de estos temas para que pueda extender su comprensión revisándolos. No pretendo conocer todo lo que estas fuentes tratan sobre el tema, por lo que lo aliento a profundizar y comentarme cómo mejorar este contenido. He incluido algunas imágenes halladas en Internet para hacer más amena su lectura, espero le agraden.

La fase escrita del estudio contendrá:

- a. Acápites por los subtemas principales.
- b. Citas Bíblicas (en color rojo).
- c. Citas del Espíritu de Profecía (en color verde).
- d. Citas de libros o artículos de diversos autores, destinadas a ampliar su conocimiento sobre el tema (en color azul).
- e. Comentarios de las citas mencionadas; en algunos casos estos se presentarán antes de la cita, como anticipando la declaración, mientras que en otras se ubicarán después como confirmación del concepto que se sostiene (en color negro).
- f. Mapas, cronogramas, genealogías y otros diagramas cuando corresponda a la exposición del tema.
- g. Material complementario agrupado en un acápite que ayuda a comprender algunos de los aspectos que podrían surgir al tratar el tema central con otras personas. No todos los temas contienen necesariamente este material.

Cuando no se indique lo contrario las citas de la Santa Biblia corresponden a la versión Reina-Valera 1960, mi favorita. Alguna vez incluiré otras versiones para comparar o ampliar la comprensión de un texto.

Cuando usted desarrolle un estudio bíblico sobre este tema con personas que no pertenecen a la Iglesia le recomiendo que use la sección correspondiente al estudio (con los versos incluidos en el diagrama de bloques) sin presentar las declaraciones del Espíritu de Profecía. Comente los materiales complementarios conforme surjan en la exposición, así como en la fase de preguntas y respuestas.

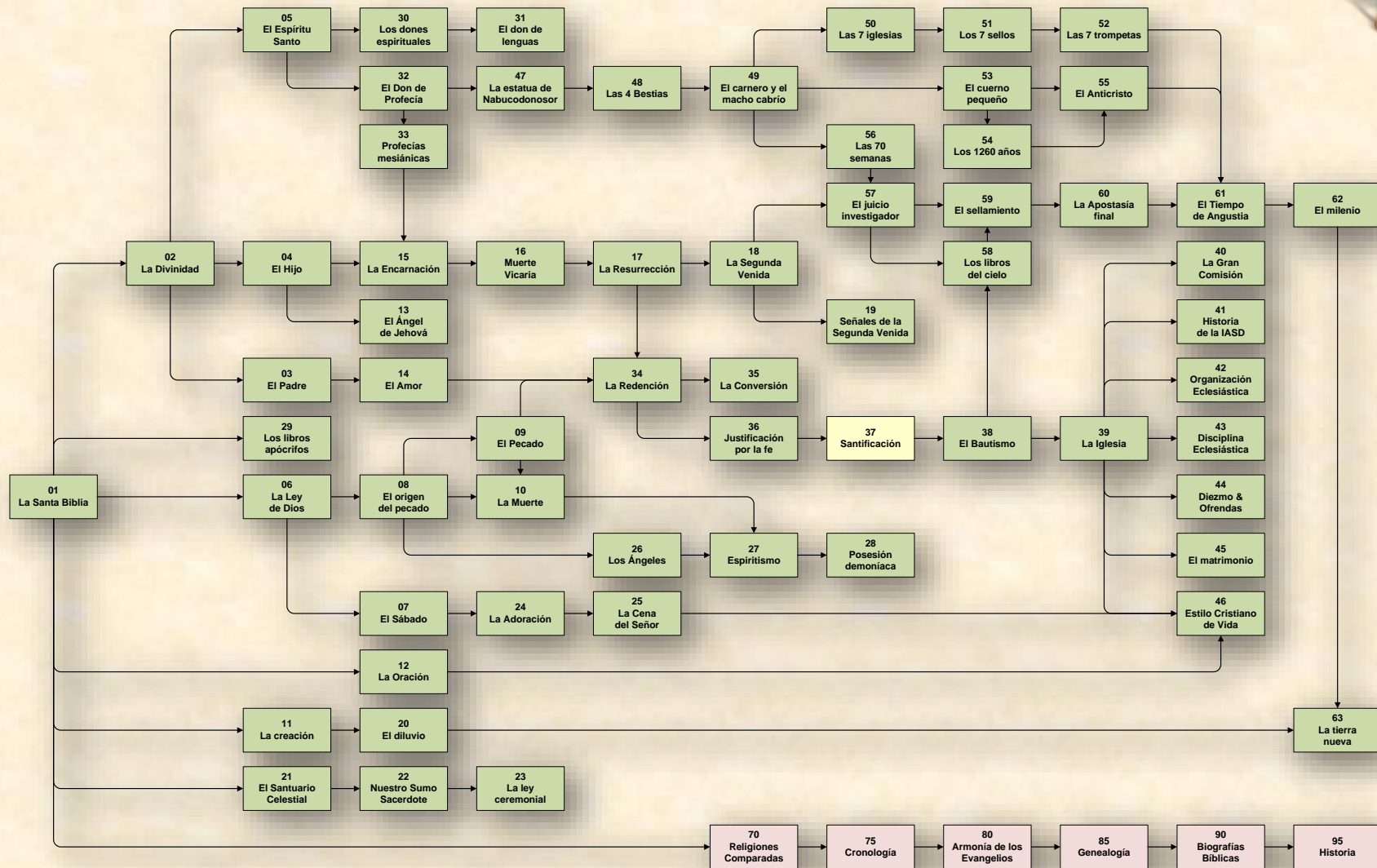
He preparado también un archivo que incluye todos los diagramas de bloques de los tratados de manera que le sirvan de ayuda memoria cuando presente el tema. También he creado un archivo con una copia de todos los contenidos de los tratados de manera que pueda revisarlos sin abrir cada uno de los documentos, en caso esté buscando un subtema específico.

Permítame, como hasta ahora, que durante el estudio me dirija a usted en forma personal. Creo que así es como nuestro Salvador hablaba con aquellos a quienes amaba y deseaba salvar. Seguramente usted hará lo propio con aquellos que le escuchen con este propósito.

Este es un material gratuito que seguramente ha llegado hasta usted por alguien que lo aprecia y desea que conozca aún más a Jesús y su maravilloso plan de salvación. Difúndalo de la misma manera, ya que **“de gracia recibisteis, dad de gracia” (Mateo 10: 8)**.

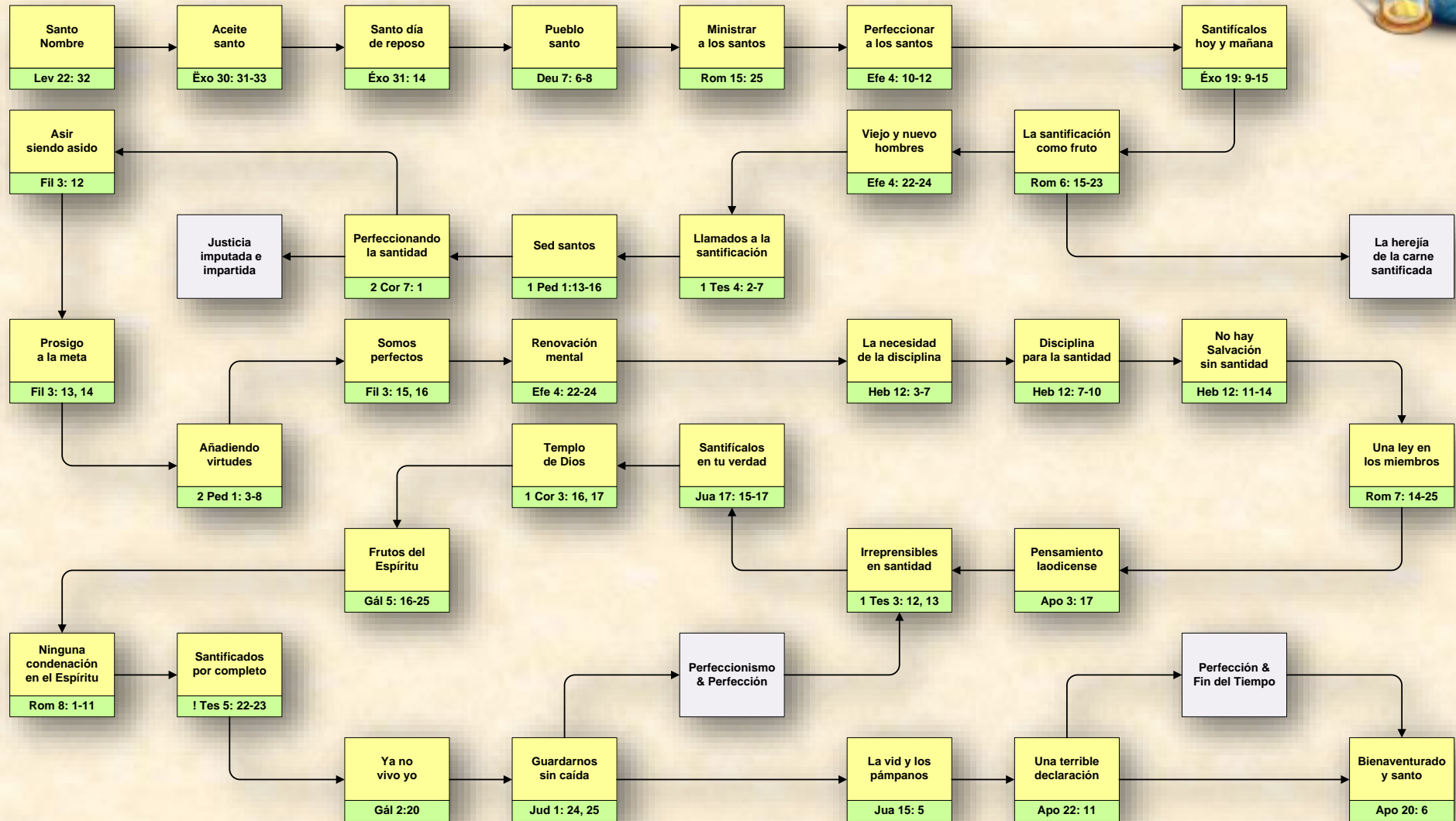


### 3. Mapa General de Tratados





#### 4. Mapa del Tratado





## 5. Propósito del Tratado

El propósito del tratado es el siguiente:

- a. Presentar el proceso de santificación en la vida del cristiano.
- b. Vincular la justificación y la santificación.
- c. Relacionar los conceptos de justicia imputada e impartida.
- d. Analizar la importancia de la obra del Espíritu Santo en la santificación .
- e. Comprender la herejía del perfeccionismo.
- f. Vincular la santidad con el tiempo del fin.

## 6. Desarrollo del tema

### 6.1. Introducción

En nuestro mundo moderno, donde la gente se niega a aceptar que existen absolutos, pues piensa que todo es relativo, algunas palabras con profundo sentido cristiano, como santidad, son tomadas generalmente como motivo de burla. Si alguna persona dijera en público, en una conversación, que desea ser santo, sería pronto objeto de las burlas del resto. Por otro lado, muchas personas, pertenecientes fundamentalmente a la grey católica, piensan que los santos son personas elevadas a los altares por decisión del papa. Pero no se relaciona la santidad con una condición que deberían poseer los cristianos para ser considerados como tales.

No entendiéndose el concepto de "santo" o "santidad" es muy posible que la gente en general tampoco comprenda el proceso de la santificación y su importancia en el plan de salvación. Es casi seguro que incluso entre personas con formación religiosa se confunda el verdadero significado de la santidad, así como del proceso de la santificación. Dentro del amplio sector de las iglesias protestantes o evangélicas no muchas de ellas comprenden el concepto de la salvación. Note la siguiente cita de John Charles Ryle, ministro anglicano (1816-1900) a quien citaremos con alguna frecuencia en este tratado (no se sorprenda al ver cuán lejos de su posición teológica se encuentran hoy sus seguidores).

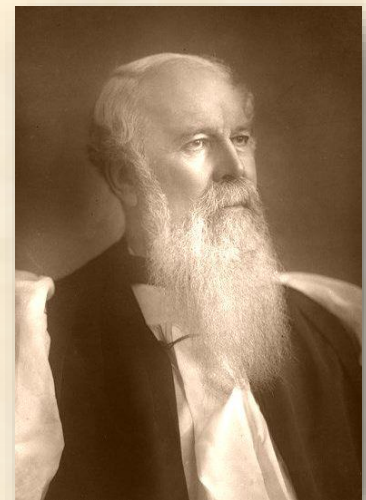
La santificación es un tema que muchas personas aborrecen en alto grado; algunas lo evaden con burla y desdén, pues lo que menos les agradaría sería ser "santos" o "santificados". Sin embargo, el tema no merece ser considerado de ese modo. La santificación no es un enemigo nuestro, sino un amigo.

Es un tema de suma importancia para nuestras almas. Según la Biblia, a menos que seamos santos no podemos ser salvos. Claramente nos indican las Escrituras que hay tres cosas que son absolutamente necesarias para la salvación: la justificación, la regeneración y la santificación. Estas tres deben coincidir en cada hijo de Dios; cada uno de ellos ha nacido de nuevo, ha sido justificado y santificado. Si en una persona falta alguna de estas cosas, con fundamento podremos decir que no es verdaderamente cristiana a los ojos de Dios, y si muere en tal condición no irá al cielo, ni será glorificado en el último día.

La consideración de este tema es muy apropiada y oportuna en nuestros días. Últimamente han surgido doctrinas muy extrañas sobre la santificación. Algunos parecen confundirla con la justificación; otros la desmenuzan reduciéndola a la insignificancia bajo un pretendido celo por la gracia soberana, y prácticamente la descuidan; otros están tan llenos de temor de hacer de las "obras" parte de la justificación, que apenas si hay lugar alguno para las "obras" en su profesión religiosa; otros se han hecho una norma equivocada de santificación y en pos de la misma van de iglesia en iglesia, pero fracasan en sus intentos de llevarla a la práctica. Puede beneficiarnos mucho, en medio de esta confusión, un examen reposado y bíblico de esta gran doctrina de la fe cristiana.

**Juan Carlos Ryle, El Secreto de la Vida Cristiana, 79, 80**

Creo que es un buen consejo hacer "un examen reposado y bíblico de esta gran doctrina de la fe cristiana". Note que ya en sus días hace más de un siglo, ya se tenía de menos el concepto de la santidad y la santificación, que con propiedad señala es inseparable de la salvación. Menciona también este buen hombre que han surgido doctrinas extrañas sobre la santificación que van desde aquellas que niegan su importancia, hasta aquellas según las cuales las personas pretenden estar santificadas, pero su vida no está en armonía con la Ley de Dios. Aun cuando en algunas doctrinas cristianas nuestra posición difiere





marcadamente con respecto a lo que Ryle creía y enseñaba, podemos estar de acuerdo con su concepción con respecto al lugar que las obras, la obediencia y la transformación por la obra del Espíritu Santo tienen en la experiencia cristiana genuina. El tema que abordamos aquí no es sencillo, y requiere comprender algunos conceptos que hemos tratado en el estudio anterior sobre la justificación por la fe (recomendamos al amable lector que lea aquél estudio antes que este) e implorar que el Espíritu de Dios nos ilumine para comprender este concepto dentro del hermoso plan de salvación que Dios ha trazado para su salvación y la mía.

## 6.2. Santo

Traducción de varios sinónimos griegos y hebreos que se refieren en general a lo que es sagrado y separado de lo común. Además de referirse al alejamiento de todo lo que contamine, el término, tal como se lo usa comúnmente, incluye, cuando se lo aplica al pueblo de Dios, el concepto de perfección moral. A menudo manifiesta un fuerte énfasis en la dedicación de algo o alguien a un uso religioso o sagrado (cf. **Éxodo 19: 6; 30: 31, 32; Levítico 21: 6; Hebreos 3: 1;** etc.). El término se usa:

1. Para la santidad absoluta de Dios (**1 Samuel 2: 2; Salmos 99: 9; Isaías 6: 3; Apocalipsis 15: 4;** etc.).
2. En la frase "el Santo de Israel", uno de los títulos del Señor (**Isaías 47: 4; Ezequiel 39: 7;** etc.).
3. En los nombres de los compartimentos del Santuario y del Templo (**Éxodo 26: 33; 2 Crónicas 4: 22; Hebreos 9: 12,** etc.).
4. En referencias al carácter que se espera se manifieste en los hijos de Dios (**1 Pedro 1: 15, 16;** etc.).

En algunos pasajes bíblicos se expresa el concepto de santo con "apartado" (hebreo: sūr, "desviar/se", "apartar/se", "retirar/se"; griego: ekklíno, "desviarse de", "esquivar", "evitar"). El vocablo aparece en **Job 1: 1, 8, 2: 3; 2 Pedro 3: 11;** etc., y que tiene el sentido de "abstenerse [apartarse] de"; principalmente el de "huir [escapar] asustado de" algo.

**Diccionario Bíblico Adventista, Santo**

La Biblia utiliza el adjetivo santo en relación con varias cosas. Un análisis de las ocasiones en que se usa la palabra nos permitirá comprender mejor el significado. Cuando se asocia a Dios, o a las cosas relacionadas con Dios el significado implica perfección, santidad, ausencia de pecado, pureza, pero también algo digno de respeto, reverencia, adoración. La Biblia llama santo al nombre de Dios y nos advierte contra usarlo indiscriminadamente, con liviandad, en juramentos y menos en bromas o chanzas.

**Y no profanáis mi santo nombre, para que yo sea santificado en medio de los hijos de Israel. Yo Jehová que os santifico,**

**Levítico 22: 32**

Cuando por ejemplo se refiere a alguna cosa, como en el caso siguiente: en relación con el aceite de la unción utilizado en el santuario, el concepto es de algo apartado para uso sagrado, que no se puede o debe usarse para un uso común. Quisiera que note que el verso indica que nadie debía reproducir esta mezcla única que Dios separó para este uso sagrado, sino con riesgo de su vida. Note que igual ocurría con todas aquellas cosas que habían sido dedicadas a Dios en el santuario, incluyendo el nombre de los departamentos del tabernáculo, los muebles e inclusive los utensilios, hasta el fuego con el que se encendían los incensarios, por ejemplo.

**Y hablarás a los hijos de Israel, diciendo: Este será mi aceite de la santa unción por vuestras generaciones. Sobre carne de hombre no será derramado, ni haréis otro semejante, conforme a su composición; santo es, y por santo lo tendréis vosotros. Cualquiera que compusiere unguento semejante, y que pusiere de él sobre extraño, será cortado de entre su pueblo.**

**Éxodo 30: 31-33**

De la misma manera las Escrituras señalan al sábado como un día santo, separado para un uso sagrado. Se habla de profanar en el mismo sentido que cuando se trata del sagrado nombre de Dios. Ese día, como lo hemos estudiado en otro tratado, debería ser dedicado para uso sagrado y el hombre no podía usarlo como a uno de los restantes seis días.

**Así que guardaréis el día de reposo, porque santo es a vosotros; el que lo profanare, de cierto morirá; porque cualquiera que hiciere obra alguna en él, aquella persona será cortada de en medio de su pueblo.**

**Éxodo 31: 14**

Con un sentido semejante a los anteriores Dios le dice a Israel que es un "pueblo santo para Jehová tu Dios"; es decir, un pueblo separado para un cometido sagrado. Su pueblo debía mostrar por precepto y





por ejemplo los principios que Dios les había enseñado. Debían dar a conocer a Dios por medio de su comportamiento, su justicia, su bondad, su misericordia, su interés por los pobres y desvalidos, en fin, debería ser un ejemplo para que las naciones conocieran al Dios al que ellos servían. Por lo tanto, este pueblo santo debía vivir los principios que Dios les había enseñado, principios que no eran solamente de índole moral, sino también aplicables a la salud, la educación, la vida familiar, la economía y la justicia social, la coexistencia pacífica, entre otras muchas cosas. Israel no podía entonces imitar a las naciones que le circundaban, sino que debían trasuntar santidad en todas las facetas de su vida como nación.

Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra. No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto Jehová os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado Jehová con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón rey de Egipto.

**Deuteronomio 7: 6-8**

Pablo utiliza el sustantivo “santos” para referirse a los miembros de la iglesia, aquellos que habían aceptado el mensaje de salvación. Como en el caso de Israel, el uso de este concepto no implica impecabilidad sino se refiere a que se han apartado del mundo para unirse al Señor y a su obra, y se colocan en las manos de Dios para ser moldeados a su semejanza.

Mas ahora voy a Jerusalén para ministrar a los santos.

**Romanos 15: 25**

Esto último (“ministrar” o servir “a los santos”) es evidente al leer en el pasaje siguiente donde se habla de los dones espirituales que Dios ha otorgado a su iglesia “a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo”. Si los santos necesitan ser “perfeccionados” quiere decir que santidad no implica haber alcanzado la perfección (sin fallas, sin pecado como lo entiende la gente en general) sino estar relacionado íntimamente con Dios como veremos más adelante.

El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo. Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo,

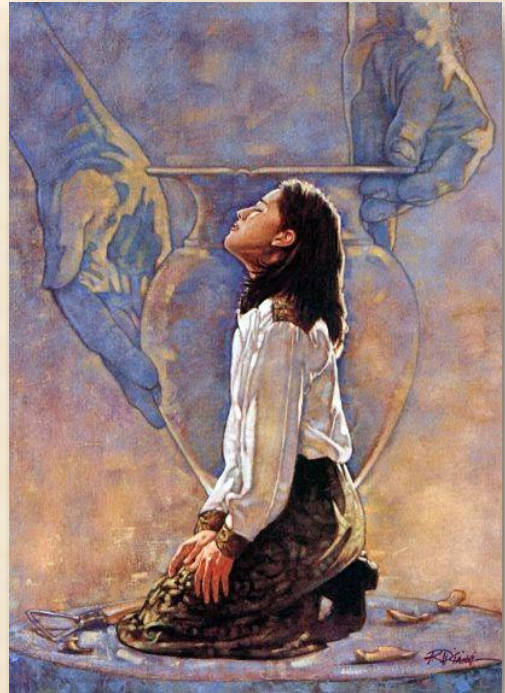
**Efesios 4: 10-12**

Según lo presentado hasta ahora, la santificación se refiere a la separación que Dios realiza con un pueblo para que le pertenezca y le sirva. Esta idea también se encuentra en **1 Corintios 1: 2**, donde se dice que los corintios han sido santificados y “llamados a ser santos”. Las palabras “a ser” no existen en el texto griego y no se las debe interpretar como refiriéndose a un estatus que tendrá lugar en un futuro indefinido. En virtud de que los corintios habían sido santificados, ya eran santos. La misma raíz griega se usa para ambos términos: santificación y santo. Hay una íntima conexión entre ambas palabras, ya que santificación deriva del latín sanctus, “santo”, y facere, “hacer”. Los que pertenecen a Jesucristo pueden ser llamados santos (**Romanos 1: 6, 7**). Por esta razón Pablo dirige sus epístolas a los santos. Ellos son santos por la acción de Dios que los ha santificado y apartado. La palabra “santo”, que casi siempre aparece en plural, significa “el pueblo de Dios” o “su pueblo”.

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 336**

### 6.3. Justificación y santificación

Hemos tratado con amplitud el tema de la justificación por la fe en el tratado precedente por lo que no ahondaré sobre este importante aspecto del plan de la salvación. Intentaremos sí establecer la relación entre la justificación por la fe y la santificación. Un aspecto clave de esta relación es que la justificación instantánea del pecador, cuando acepta la gracia del perdón de Dios por medio de la fe, cuando acepta el sacrificio de Cristo en su lugar, debe mostrarse luego en la vida del cristiano, mediante la santificación. La





vida del cristiano buscará que agradar a Dios haciendo su voluntad, luchando con la ayuda inestimable del Espíritu Santo para formar un carácter agradable a Dios. No puede suponerse que basta con aceptar teórica o intelectualmente la salvación, si no hay luego un cambio en la dirección de la vida, donde la obediencia jugará un rol preponderante como veremos.

Dijo el apóstol Pablo: “¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios?... Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios”. **1 Corintios 6: 9-11**. La ausencia de devoción, piedad y santificación del hombre externo viene por la negación de Cristo Jesús nuestra justicia. El amor de Dios necesita ser constantemente cultivado...

Mientras una clase pervierte la doctrina de la justificación por la fe y deja de cumplir con las condiciones formuladas en la Palabra de Dios- “Si me amáis, guardad mis mandamientos”-, igualmente cometen un error semejante los que pretenden creer y obedecer los mandamientos de Dios, pero se colocan en oposición a los preciosos rayos de luz -nuevos para ellos- que se reflejan de la cruz del Calvario. La primera clase no ve las cosas maravillosas que tiene la ley de Dios para todos los que son hacedores de su Palabra. Los otros cavilan sobre trivialidades y descuidan las cuestiones de más peso -la misericordia y el amor de Dios.

**Ellen G. White, Fe y Obras, 12**

Permítame analizar el momento en el que Dios anunció la entrega de la Ley en el Sinaí, los Diez Mandamientos, hablando a Moisés, como representante de Israel, para que el pueblo se preparara para estar en la presencia de Dios. Las instrucciones de Dios para que el pueblo se preparara son específicas. Le pide al pueblo que se santifique. Note que no se trata únicamente de una preparación espiritual (sí, también espiritual, pero no únicamente espiritual) pues debía asearse, abstenerse de relaciones sexuales, y lavar sus vestidos para presentarse delante de Jehová. Se establecieron los límites del monte y se les dijo que quien cruzara la línea debía ser muerto, hombre o animal. Quisiera pensar que todos obedecieron... pero debe haber habido gente que pensó que Dios era demasiado bueno para que muriera si el pisaba el monte, o si no se aseaba o cualquiera de las otras cosas. Muchas personas piensan que basta con creer racionalmente en la existencia de Dios o en su sacrificio para ser salvos. La realidad es que si no hay obediencia les espera la muerte.

Entonces Jehová dijo a Moisés: he aquí, yo vengo a ti en una nube espesa, para que el pueblo oiga mientras yo hablo contigo, y también para que te crean para siempre. Y Moisés refirió las palabras del pueblo a Jehová. Y Jehová dijo a Moisés: ve al pueblo, y santifícalos hoy y mañana; y laven sus vestidos, y estén preparados para el día tercero, porque al tercer día Jehová descenderá a ojos de todo el pueblo sobre el monte de Sinaí. Y señalarás término al pueblo en derredor, diciendo: guardaos, no subáis al monte, ni toquéis sus límites; cualquiera que tocara el monte, de seguro morirá. No lo tocará mano, porque será apedreado o asaeteado; sea animal o sea hombre, no vivirá. Cuando suene largamente la bocina, subirán al monte. Y descendió Moisés del monte al pueblo, y santificó al pueblo; y lavaron sus vestidos. Y dijo al pueblo: estad preparados para el tercer día; no toquéis mujer.

**Éxodo 19: 9-15**

La santidad consiste en un conformarse a la mente de Dios. Es el hábito de estar de acuerdo con los juicios de Dios, odiar lo que Él odia, amar lo que Él ama, y evaluar todas las cosas de este mundo según las normas de su Palabra. La persona más santa es aquella que de una manera más íntima y completa está de acuerdo con Dios.

**Juan Carlos Ryle, El Secreto de la Vida Cristiana, 120**

La santificación o santidad es uno de los conceptos más frecuentes, importantes y abarcantes que encontramos en las Escrituras. Tiene que ver con Dios y con el ser humano; con relación, adoración y moral; con cada etapa de la vida, ya sea pasada, presente o futura; y con cada elemento del mundo, incluyendo tiempo y lugares, objetos y rituales. Es tan significativo que se amonesta a los creyentes a esforzarse por seguir “la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (**Hebreos 12: 14**).

En las Escrituras hebreas el término aparece como el verbo qādash (“separar, santificar” o “hacer santo”, aproximadamente unas 170 veces), el sustantivo qōdash (“santidad”, cerca de 470 veces) y el adjetivo qādōsh (“santo”, casi 120 veces). En el Nuevo Testamento griego el concepto aparece en la forma del verbo hagiázō (“santificar”, “hacer santo” o “consagrar”, 28 veces); los sustantivos hagiasmós (“santidad” o “santificación”, 10 veces), hagiōsynē (“santidad”, 3 veces) y hagiōtēs (“santidad”, una vez); y el adjetivo hágios, que significa “santo” o, si se usa como un sustantivo, “santo” o “el santo” (233 veces).

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 334**

La obediencia es la respuesta natural del corazón que ha sido justificado. No es posible seguir pecando, como antes, cuando uno ha recibido la justificación forense (lo explico después...) por la muerte de Jesús. La gracia otorgada no es una patente de corso para hacer lo que deseemos en la vida. Una vida



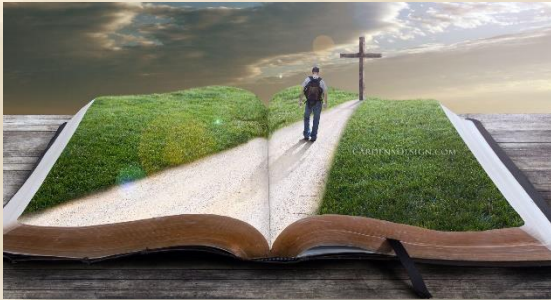
transformada en cambio, es la consciencia natural de quienes han aceptado la salvación de Cristo Jesús. El hombre debe ser liberado de la esclavitud del pecado para vivir una vida de justicia, de obediencia a la Ley de Dios. Junto con la liberación de la culpa el hombre recibe el poder del cielo para vivir, desde entonces, una vida renovada, el fruto de la santificación y la promesa de la vida eterna.

¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera. ¿No sabéis que, si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios, que, aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia. Hablo como humano, por vuestra humana debilidad; que, así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia. Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia. ¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte. Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna. Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.

**Romanos 6: 15-23**

La verdadera santificación es una completa conformidad con la voluntad de Dios. Los pensamientos y sentimientos rebeldes son vencidos, y la voz de Jesús despierta una nueva vida que impregna el ser entero. Los que están verdaderamente santificados no presentarán su propia opinión como una norma para medir lo correcto y lo erróneo. No son fanáticos ni justos en su propia opinión, sino que recelan de sí mismos y están siempre temerosos, no sea que, al faltar alguna promesa, se deba a que ellos hayan dejado de cumplir con las condiciones sobre las cuales se basa.

**Ellen G. White, La Edificación del Carácter, 7**



¿Qué es lo que quiere decir la Biblia cuando habla de una persona santificada? Para contestar a esta pregunta diremos que la santificación es aquella obra espiritual interna que el Señor Jesús obra a través del Espíritu Santo en aquel que ha sido llamado a ser un verdadero creyente. El Señor Jesús no sólo le lava de sus pecados con su sangre, sino que también lo separa de su amor natural al pecado y al mundo, y pone un nuevo principio en su corazón, que le hace apto para el desarrollo de una vida piadosa. Para efectuar esta obra el Espíritu se sirve, generalmente, de la Palabra de Dios, aunque algunas veces usa de las aflicciones y de las visitaciones providenciales "sin la Palabra" (1 Pedro

**3: 1**). La persona que experimenta esta acción de Cristo a través de su Espíritu, es una persona "santificada".

Aquel que se imagina que Cristo vivió, murió y resucitó para obtener solamente la justificación y el perdón de los pecados de su pueblo, tiene todavía mucho que aprender; y está deshonrando, lo sepa o no lo sepa, a nuestro bendito Señor, pues relega su obra salvadora a un plano secundario. El Señor Jesús ha tomado sobre sí todas las necesidades de su pueblo; no sólo los ha librado, con su muerte, de la culpa de sus pecados, sino que también, al poner en sus corazones el Espíritu Santo, los ha librado del dominio del pecado. No sólo los justifica, sino que también los santifica. Él no sólo es su "justicia", sino también su "santificación" (1 Corintos 1: 30).

**Juan Carlos Ryle, El Secreto de la Vida Cristiana, 80**

Aunque por motivos académicos hemos separado los conceptos de justificación y santificación debemos señalar que en realidad ambos coexisten, uno sin el otro es imposible. Es imposible que quien ha sido justificado no anhele ser santificado diariamente por la obra del Espíritu Santo en su corazón. Esta santificación debe lograr la desaparición de "la pasada manera de vivir" y que deje de existir el "viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos". Un "nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad" debe surgir de las cenizas del anterior. Si este cambio no existe, es porque no hemos sido justificados y consecuentemente tampoco santificados.

En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.

**Efesios 4: 22-24**

Puede haber defectos notables en el carácter de un individuo, y, sin embargo, cuando éste llega a ser un verdadero discípulo de Jesús, el poder de la gracia divina lo convierte en una nueva



criatura. El amor de Cristo lo transforma, lo santifica, pero cuando las personas profesan ser cristianas y su religión no las hace mejores hombres y mujeres en todas las relaciones de la vida—representantes vivos de Cristo en disposición y carácter -no son de él.

**Ellen G. White, La Edificación del Carácter, 53**

La idea de que no importa como vivamos pues hemos sido justificados por la sangre preciosa de Jesús no es un mensaje bíblico. Es, como acostumbra Satanás, una mezcla de la verdad (la sangre de Jesús nos limpia de todo pecado) con la mentira (la obediencia y el cambio en la vida no se necesitan) para confundir, con mucho éxito, al mundo, que no comprende que “la voluntad de Dios es vuestra santificación”, porque “no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación”.

Porque ya sabéis qué instrucciones os dimos por el Señor Jesús; pues la voluntad de Dios es vuestra santificación; que os apartéis de fornicación; que cada uno de vosotros sepa tener su propia esposa en santidad y honor; no en pasión de concupiscencia, como los gentiles que no conocen a Dios; que ninguno agravie ni engañe en nada a su hermano; porque el Señor es vengador de todo esto, como ya os hemos dicho y testificado. Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación.

**1 Tesalonicenses 4: 2-7**

La santificación implica un cambio total en la vida. Un cambio en los diferentes espacios donde nos movemos, desde el campo familiar, como hijos, padres o esposos, pasando por el trabajo y las responsabilidades de un ciudadano, el cumplimiento del pago de los impuestos y el respeto a las normas del estado. También incluye el ámbito personal con la pureza, la alimentación, la temperancia, el cuidado del cuerpo y el desarrollo de los dones que Dios nos ha otorgado para su servicio.

No hay espacio de nuestra vida que no requiera de la obra del Espíritu Santo, unida a la voluntad humana, que no sea pasible de ser mejorado. Un ejemplo para nosotros es la vida del profeta Daniel, quien desde sus años mozos demostró el temple espiritual para vivir en medio de una corte corrupta manteniendo en alto los principios de Dios. Temple que mantuvo hasta la ancianidad cuando rehusó ser el tercero del tambaleante reino de Beltsasar.

La vida de Daniel es una ilustración inspirada de lo que constituye un carácter santificado. Presenta una lección para todos, y especialmente para los jóvenes. El cumplimiento estricto de los requerimientos de Dios es benéfico para la salud del cuerpo y la mente. A fin de alcanzar las más altas condiciones morales e intelectuales, es necesario buscar sabiduría y fuerza de Dios, y observar la estricta temperancia en todos los hábitos de la vida. En la experiencia de Daniel y de sus compañeros tenemos un ejemplo del triunfo de los principios sobre la tentación a complacer el apetito. Nos muestra que por medio de los principios religiosos los jóvenes pueden triunfar sobre los apetitos de la carne, y permanecer leales a los requerimientos divinos, aun cuando ello les costase un gran sacrificio.

**Ellen G. White, La Edificación del Carácter, 21**

Pablo también señala con claridad que el cambio en la vida del cristiano que está implicada en la santificación abarca todos los aspectos de la vida y deben mostrarse, sin pretenderlo, como “luminares en el mundo”. Deben ser ciudadanos correctos “que se sujeten a los gobernantes y autoridades, que obedezcan, que estén dispuestos a toda buena obra”. Pero nuestro carácter debe ser cambiado, no solamente en cuanto a la sujeción a nuestras responsabilidades, sino que deberían ser “de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia” y “sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto”. No se trata de un “maquillaje” para generar una apariencia de cambio, se trata de un cambio interior, profundo, que transforme nuestras mentes, que nos haga sensibles al pecado en todas sus formas, que nos aleje del egoísmo que es natural a nuestros corazones. Es un cambio que no está al alcance del hombre, no si debe utilizar sus propias armas para pelear esta batalla. Esto requiere el poder de Dios para unirlo a la débil voluntad del hombre.

Pablo no vaciló en destacar, en toda oportunidad apropiada, la importancia de la santificación bíblica. Él dice: “Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación”. **1 Tesalonicenses 4: 3**. “Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor; porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad. Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo”. **Filipenses 2: 12-15**.

Él le pide a Tito [a quien había dejado como obispo en Creta] que instruya a la iglesia en el sentido de que, aunque debe confiar en los méritos de Cristo para la salvación, la gracia divina, morando en sus corazones, los inducirá a cumplir fielmente todos los deberes de la vida. “Recuérdales que se sujeten a los gobernantes y autoridades, que obedezcan, que estén dispuestos a toda buena obra. Que a nadie difamen, que no sean pendencieros, sino amables, mostrando toda



mansedumbre para con todos los hombres... Palabra fiel es ésta, y en estas cosas quiero que insistas con firmeza, para que los que creen en Dios procuren ocuparse en buenas obras. Estas cosas son buenas y útiles a los hombres”. **Tito 3: 1, 2, 8.**

Pablo trata de impresionar en nuestra mente el hecho de que el fundamento de todo servicio aceptable a Dios, así como la verdadera corona de las gracias cristianas, es el amor; y que únicamente en el alma donde reina el amor permanecerá la paz de Dios. “Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales. Y todo lo que hacéis, sea de palabra o, de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él”. **Colosenses 3: 12-17.**

**Ellen G. White, La Edificación del Carácter, 86, 87**

Evidentemente necesitamos que nuestra mente sea transformada para entender la voluntad de Dios. Permítame ejemplificar esto. Si usted hace una encuesta en alguna ciudad importante, y dependiendo de dónde la haga, encontrará que hay un gran número de personas que piensan que es moral que una futura madre aborte (no por causas naturales, producto de alguna enfermedad o accidente) voluntariamente. Es decir, un gran número de personas, en algunos países la mayoría, piensan que es ético quitar la vida a un indefenso bebé. Es impresionante además que en países teóricamente cristianos las cifras que apoyan el asesinato indiscriminado de bebés son mayores que en países donde predomina el paganismo. Los cristianos han sido enseñados desde pequeños que hay un mandamiento que dice que no hay que matar, pero seguramente suponen que eso se refiere a asesinar a alguna persona por motivos personales, sin darse cuenta que hacen eso con los bebés por la misma razón, motivos personales: no tendría dinero para sostenerlo, no quiero tener esa responsabilidad, no estoy casada, no lo esperaba... y todas las que se puedan ocurrirle. Lo cierto es que no es posible que estas personas acepten su pecado a menos que se percaten que lo que están haciendo es justamente eso: un pecado. Para eso se requiere un cambio de valores, una forma distinta de ver la realidad. Necesitamos el enfoque de Dios sobre el bien y el mal.

Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado; como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo.

**1 Pedro 1: 13-16**

Tener un nuevo “entendimiento” implica estudiar la voluntad de Dios para el hombre tal como se presenta en la Escritura. Necesitamos abandonar nuestra voluntaria “ignorancia” en las cosas de Dios y someter nuestra voluntad a Aquél que puede conducir nuestras vidas de manera distinta. La luz de la Palabra de Dios, fortalecida por la obra del Espíritu Santo en la mente, deben ayudarnos a pasar de las “tinieblas a la luz”. Para lograr que nuestra voluntad sea “puesta en completa armonía con la voluntad de Dios” necesitamos comprender esta a través del estudio de la Santa Biblia, la oración y la obra del Espíritu Santo. Aunque hay un concepto genérico de la voluntad de Dios para nosotros (la salvación, la vida santificada, la obediencia a la Ley) hay una parte específica que se refiere a lo que nuestro Dios espera individualmente de nosotros en su plan de salvación, en cómo podemos contribuir con nuestros talentos a la obra de Dios en esta tierra.

Quede este punto completamente aclarado en cada mente: si aceptamos a Cristo como Redentor, debemos aceptarlo como Soberano. No podemos tener la seguridad y perfecta confianza en Cristo como nuestro Salvador hasta que lo reconozcamos como nuestro Rey y seamos obedientes a sus mandamientos. Así demostramos nuestra lealtad a Dios. Entonces nuestra fe sonará genuina, porque es una fe que obra. Obra por amor. Digan de corazón: “Señor, creo que tú moriste para redimir mi alma. Si tú le has dado tal valor al alma como para ofrecer tu vida por la mía, yo voy a responder. Entrego mi vida y todas sus posibilidades, con toda mi debilidad, a tu cuidado”.

La voluntad debe ser puesta en completa armonía con la voluntad de Dios. Cuando se ha hecho esto, ningún rayo de luz que brille en el corazón y en las cámaras de la mente será resistido. El alma no será obstruida con prejuicios que lleven a llamar tinieblas a la luz, y luz a las tinieblas. La luz del cielo es bien recibida, como una luz que llena todos los recintos del alma. Esto es entonar melodías a Dios.

**Ellen G. White, Fe y Obras, 13, 14**

Para los muchos cristianos que piensan que la salvación, tal como lo enseñan muchas iglesias otrora protestantes, no depende de su forma de vivir sino solamente de la aceptación intelectual de Cristo como



su Salvador personal, harían bien en leer lo que el prestigiado Juan Carlos Ryle (evangélico anglicano) dice a este respecto, destacando la importancia de la regeneración en la salvación, Una posición teológica muy alejada de lo que estas iglesias enseñan erradamente hoy.

La santificación es el resultado y consecuencia inseparable de la regeneración. El que ha nacido de nuevo y ha sido hecho una nueva criatura, ha recibido una nueva naturaleza y un nuevo principio de vida. La persona que pretende haber sido regenerada y que, sin embargo, vive una vida mundana y de pecado, se engaña a sí misma; las Escrituras descartan tal concepto de regeneración. Claramente nos dice San Juan que el que **"ha nacido de Dios no hace pecado, ama a su hermano, se guarda a sí mismo y vence al mundo"** (1 Juan 2: 29- 3: 9-15; 5: 4-18). En otras palabras, si no hay santificación, no hay regeneración; si no se vive una vida santa no hay un nuevo nacimiento. Quizá para muchas mentes estas palabras sean duras, pero sean duras o no, lo cierto es que constituyen la simple verdad de la Biblia. Se nos dice en la Escritura que el que ha nacido de Dios, **"no hace pecado, porque su simiente está en Él: y no puede pecar, porque es nacido de Dios"** (1 Juan 3: 9)

**Juan Carlos Ryle, El Secreto de la Vida Cristiana, 81, 82**

Aunque la justificación y la santificación (ambas por la fe y dependiendo de la gracia de Dios) son dos conceptos distintos, desde el punto de vista teológico y soteriológico (soteriología es la ciencia que estudia la salvación), es importante entender la relación entre ambos dentro del plan de salvación. Estas amplias citas de Ryle me parecen muy adecuadas para entender sus similitudes y diferencias, pero también comprender la importante complementariedad de ambas para el propósito salvífico de Dios.

¿En qué concuerdan y en qué difieren? Esta distinción es importantísima, aunque quizá a primera vista no lo parezca. Por lo general las personas muestran cierta predisposición a considerar sólo lo superficial de la fe, y a relegar las distinciones teológicas como "meras palabras" que en realidad tienen poco valor. Yo exhorto a aquellos que se preocupan por sus almas a que se afanen por obtener nociones claras sobre la santificación y la justificación. Acordémonos siempre de que, aunque la justificación y la santificación son dos cosas distintas, sin embargo, en ciertos puntos concuerdan y en otros difieren. Veámoslo con detalle.

a. Puntos concordantes:

1. Ambas proceden y tienen su origen en la libre gracia de Dios.
2. Ambas son parte del gran plan de salvación que Cristo, en el pacto eterno, tomó sobre sí en favor de su pueblo. Cristo es la fuente de vida de donde fluyen el perdón y la santidad. La raíz de ambas está en Cristo.
3. Ambas se encuentran en la misma persona. Los que son justificados son también santificados, y aquellos que han sido santificados, han sido también justificados. Dios las ha unido y no pueden separarse.
4. Ambas empiezan al mismo tiempo. En el momento en que una persona es justificada, empieza también a ser santificada, aunque al principio quizá no se percate de ello [este me parece un punto clave, entre muchos otros].
5. Ambas son necesarias para la salvación. Jamás nadie entrará en el cielo sin un corazón regenerado y sin el perdón de sus pecados; sin la sangre de Cristo y sin la gracia del Espíritu; sin disposición apropiada para gozar de la gloria y sin el título para la misma.

b. Puntos en que difieren:

1. Por la justificación, la justicia de otro, de Jesucristo, es imputada, puesta en la cuenta del pecador. Por la santificación el pecador convertido experimenta en su interior una obra que lo va haciendo justo. En otras palabras, por la justificación se nos considera justos, mientras que por la santificación se nos hace justos.
2. La justicia de la justificación no es propia., sino que es la justicia eterna y perfecta de nuestro maravilloso Mediador Cristo Jesús, la cual nos es imputada y hacemos nuestra por la fe. La justicia de la santificación es la nuestra propia, impartida, inherente e influida en nosotros por el Espíritu Santo, pero mezclada con flaqueza e imperfección.
3. En la justificación no hay lugar para nuestras obras. Pero en la santificación la importancia de nuestras propias obras es inmensa, de ahí que Dios nos ordene a luchar, a orar, a velar, a que nos esforcemos, afanemos y trabajemos.
4. La justificación es una obra acabada y completa; en el momento en que una persona cree es justificada, perfectamente justificada. La santificación es una obra relativamente imperfecta; será perfecta cuando entremos en el cielo [ampliaremos sobre este tema más adelante].
5. La justificación no admite crecimiento ni es susceptible de aumento. El creyente goza de la misma justificación en el momento de acudir a Cristo por la fe, que de la que



- gozará para toda la eternidad. La santificación es, eminentemente, una obra progresiva, y admite un crecimiento continuo mientras el creyente viva.
6. La justificación hace referencia a la persona del creyente, a su posición delante de Dios y a la absolución de su culpa. La santificación hace referencia a la naturaleza del creyente, y a la renovación moral del corazón.
  7. La justificación nos da título de acceso al cielo, y confianza para entrar. La santificación nos prepara para el cielo, y nos previene para sus goces.
  8. La justificación es un acto de Dios con referencia al creyente, y no es discernible para los otros. La santificación es una obra de Dios dentro del creyente que no puede dejar de manifestarse a los ojos de los otros.

Estas distinciones las pongo a la atenta consideración de los lectores. Estoy persuadido de que gran parte de las tinieblas, confusión e incluso sufrimiento de algunas personas muy sinceras, se debe a que se confunde y no se distingue la santificación de la justificación. Nunca se podrá enfatizar demasiado el que se trata de dos cosas distintas, aunque en realidad no pueden separarse, y que el que participa de una por necesidad ha de participar de la otra. Pero nunca, nunca, debe confundirse, ni olvidarse, la distinción que existe entre las dos.

**Juan Carlos Ryle,  
El Secreto de la Vida Cristiana, 94-96**



¿Qué relación hay entonces entre mi justificación y la santificación? Pues una relación muy grande. Si yo he sido justificado por la fe en Cristo, yo solo puedo ser santificado por la fe en Cristo. Y me gustaría muchísimo que en nuestros medios oyésemos hablar más de la santificación por la fe, que de la santificación a secas. No hay otra manera, queridos amigos, de que nuestra vida cambie, nosotros no podemos cambiar nuestra vida, santificarla, por nosotros mismos.

Digamos una última palabra, sobre el sentido de la palabra santificación, ...(hagiasmos), ...(hagiosine). Si teníamos problema con el término justificación en el griego y en el castellano, con el término santificación tenemos muchos más, porque esa palabra se puede traducir, y según las versiones que leáis, se traducirá por: santificación, consagración y santidad. Tres palabras que se suelen utilizar, intercambiadas indistintamente en vuestras biblias.

La palabra consagración no suele aparecer en Reina-Valera, no sé por qué, es una palabra muy bonita, pero no suele aparecer mucho. En nuestra Biblia suele aparecer la palabra santidad, y cinco veces o siete depende de la versión que leáis, tenemos la palabra santificación.

El verbo santificar lo encontramos muchas veces. Esta palabra que procede de la raíz ...(hagi), sobre todo en los términos, hagiasmos y hagiosine, vienen del lenguaje ritual judío. ¿Qué significan? Santo significa apartado para Dios, para el culto sagrado. Se consagra a un sacerdote, se santifica un lugar, se consagra un lugar, se consagran unos objetos, un altar, unas vestiduras, etc., significa algo que se pone aparte para Dios. La palabra santificación implicaría un proceso, pero hay una sola vez o dos que se utiliza la palabra hagiasmos, normalmente hagiosine es la acción de santificar, hagiasmos es la culminación de un proceso, este sufijo ...(asmos) es el mismo que tenemos en palabras españolas como orgasmo, es decir, es la culminación de un proceso. Pero muy pocas veces aparece la palabra santificación en el sentido de culminación de un proceso, creo que son dos veces en la Biblia, la mayoría de veces es toda la acción de apartar para Dios. Entonces, ¿qué queremos decir con la santificación? Que consagramos la vida a Dios, o sea, vivimos para Dios, ya no vivimos para nosotros ni para el pecado, sino para Dios.

**Roberto D. Badenas, La justificación por la fe en mi vida diaria, 112**

#### **6.4. Un proceso de toda la vida**

No es un esfuerzo de corto plazo, no depende de una decisión momentánea o emocional, de algunas pocas lágrimas derramadas cuando el mensaje de un predicador toca alguna fibra sensible; aunque todo eso puede existir, la realidad es la que la santificación es mucho más que eso. Es un esfuerzo permanente, una lucha (como trataremos en el acápite siguiente), pero que debe ser continuada. Se requiere que la débil



voluntad del hombre, que sola sería insuficiente, se vea fortalecida permanentemente por el poder de Dios. Se espera que cada triunfo contra el pecado fortalezca al pecador para que se acerque a la santidad, al nivel que Dios demanda.

Aunque dependemos de Dios para lograrlo esto no significa que no exista el esfuerzo humano correspondiente. Es un progreso lento, gradual y demandante, pero al mismo tiempo gratificante por el crecimiento en la fe y la mayor comprensión de la naturaleza de Dios y su plan de salvación. Al contrario de la justificación que se basa en la imputación de la justicia de Cristo (trataré este asunto con más detalle en el material complementario) la santificación depende más de la justicia impartida para su desarrollo.

**Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios.**

**2 Corintios 7: 1**

La santificación admite grados y se desarrolla progresivamente. Una persona puede subir uno y otro peldaño en la escala de la santificación, y ser más santificada en un período de su vida que en otro. No puede ser más perdonada y más justificada que cuando creyó, aunque puede ser más consciente de estas realidades. Pero sí que puede gozar de más santificación, por cuanto cada una de las gracias del Espíritu en su nuevo carácter y naturaleza, son susceptibles de crecimiento, desarrollo y profundidad. Evidentemente éste es el significado de las palabras del Señor Jesús cuando oró por sus discípulos: "Santificalos en tu verdad"; y también del apóstol Pablo por los tesalonicenses: "El Dios de paz os santifique en todo" (**Juan 17: 17, 1 Tesalonicenses 5: 28**). En ambos casos la expresión implica la posibilidad de crecimiento en el proceso de la santificación. Pero no encontramos en la Biblia una expresión como "justifícales" con referencia a los creyentes, por cuanto éstos no pueden ser más justificados de lo que en realidad han sido. No se nos habla en la Escritura de una "imputación de santificación", tal como creen algunas personas; esta doctrina es fuente de equívocos y conduce a consecuencias muy erróneas. Además, es una doctrina contraria a la experiencia de los cristianos más eminentes. Éstos, a medida que progresan más en su vida espiritual y en la proporción en que andan más íntimamente con Dios, ven más, conocen más, sienten más (**2 Pedro 3: 18; 1 Tesalonicenses 4: 1**).

**Juan Carlos Ryle, El Secreto de la Vida Cristiana, 84, 85**

Pablo, el gran apóstol de los gentiles, una figura admirada por quienes hemos conocido la verdad, no pretendía a pesar de su vida santa, un ejemplo para todos nosotros, haber alcanzado la meta de la perfección, entendida como una vida sin pecado. Pero a pesar de ello, él decía que proseguía en su lucha por alcanzar la perfección del carácter cristiano.

El mensaje que transmite es que intenta "asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús"; esto es la salvación mediante la justificación donde fue "asido" y la santificación que intenta "asir". El concepto que debe quedar en nuestra mente es que ambas cosas, justificación y santificación, están vinculadas estrechamente entre sí, y en ambas se requiere la actitud del hombre, por un lado, de aceptar la salvación en Cristo Jesús, con todo lo que conlleva, y por otro buscar la santificación que él entiende como un proceso futuro. El ser "asido" es más pasivo pero instantáneo, como la justificación, pero el "asir" implica un proceso continuado y más activo, que no se puede alcanzar con esfuerzos "intermitentes", pues dice "por ver si logro asir", lo que implica una necesaria persistencia; identificando esto último con la santificación donde hay una parte del hombre: "asir".

**No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús.**

**Filipenses 3: 12**

La santificación no es obra de un momento, una hora, o un día, sino de toda la vida. No se la consigue por medio de un feliz arranque de los sentimientos, sino que es el resultado de morir constantemente al pecado y vivir cada día para Cristo. No pueden corregirse los males ni producirse reformas en el carácter por medio de esfuerzos débiles e intermitentes.

Solamente venceremos mediante un prolongado y perseverante trabajo, penosa disciplina y duro conflicto. No sabemos en el día actual cuán intenso será nuestro conflicto en el siguiente. Mientras reine Satanás, tendremos que dominarnos a nosotros mismos y vencer los pecados que nos rodean; mientras dure la vida, no habrá un momento de descanso, un lugar al cual podamos llegar y decir: alcancé plenamente el blanco. La santificación es el resultado de la obediencia prestada durante toda la vida.

**Ellen G. White, Los Hechos de los Apóstoles, 447, 448**

Recuerde que la justificación que he recibido es forense (...llegó el momento de hablar de ella), relacionada con la administración de justicia (divina, en este caso); esto es, no soy inocente, pero a pesar que soy culpable un Inocente ya ha pagado mi culpa y soy librado de ella. Por lo tanto, sigo siendo un pecador que ha sido librado de mi culpa por gracia, porque a Dios así le complació. Podemos afirmar que





somos pecadores, salvados por gracia, pero que desean cambiar su modo de vida para estar en armonía con Aquél que nos amó de tal manera que no nos negó a su Hijo. Persevere, por lo tanto, en la carrera de la santidad y no se desanime por los fracasos que de tanto en tanto tenemos.

Muchos se olvidan de que hemos sido salvos y justificados como pecadores y que, aunque llegáramos a la edad de Matusalén no dejaríamos de ser pecadores. Debemos ser, sin duda alguna, pecadores redimidos, pecadores justificados, pecadores regenerados, pero pecadores, pecadores y pecadores seremos hasta el último momento de nuestra vida. Estas personas no se dan cuenta de que hay una vasta diferencia entre nuestra justificación y nuestra santificación. Nuestra justificación es una obra perfecta y no admite grados. Nuestra santificación es incompleta e imperfecta y será así hasta la última hora de nuestra vida. Parece como si tales personas esperaran a que el creyente, en cierto período de su vida, pudiera alcanzar un estado de santidad tal como para verse libre de toda corrupción. Y como sea que no encuentran este estado angélico de cosas en su corazón, llegan a la conclusión de que debe haber algo drásticamente malo en su estado espiritual. Y por eso se pasan los días de su peregrinación en lamentos, y son torturados con el temor de que no forman parte del rebaño de Cristo.

**Juan Carlos Ryle, El Secreto de la Vida Cristiana, 37**

En algunas oportunidades me he topado con personas que habiendo tenido algunos episodios oscuros en su vida terrenal (en el aspecto espiritual) los recuerdan vez tras vez, y se sienten mal y se desaniman, y se duelen de haberle fallado a Dios y tal vez a otros. Les he exhortado a dejar esos pensamientos atrás. Si Dios ya les ha perdonado no deben recordar más esos pecados como una carga. En el mejor de los casos será una experiencia válida para no caer de nuevo en ellos.

Haga como Pablo, que fue durante un tiempo un perseguidor de los cristianos, llevando a muchos a la cárcel, el sufrimiento y la muerte, pero que fue capaz de olvidar "lo que queda atrás", y extenderse "a lo que está delante" para proseguir "a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús". La sangre de Cristo ya le ha librado a usted de su culpa, ya ha sido perdonado, permita que el Espíritu de Dios modele su nueva vida y agradezca con su entrega a Dios el sacrificio que nos permitió ser salvos de nuestros pecados.

**Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.**

**Filipenses 3: 13, 14**

Indolencia y apatía en lo que a un crecimiento espiritual concierne, es a menudo una de las causas de falta de seguridad de salvación. Es de sospechar que en este punto muchos creyentes verdaderos mantienen puntos de vista peligrosos y desprovistos de base bíblica; no intencionadamente, desde luego, pero el hecho es que los mantienen. Parece como si muchos creyentes hayan pensado que, una vez convertidos, poco es lo que deben hacer, y convierten su estado de salvación en una especie de silla cómoda en la que se reclinan y se gozan. Se imaginan que la gracia les ha sido dada para gozarla, y se olvidan que, en realidad, les ha sido dada, como si fuera un talento, para ser usada, empleada y mejorada. Estas personas pierden de vista aquellas claras exhortaciones de la Escritura que nos invitan a "crecer, a aumentar, a abundar más y más, y a añadir a nuestra fe". No es de extrañar, pues, que en este estado de pasividad e inmovilidad espiritual echen de menos la seguridad de la salvación.

Nuestro continuo deseo debe ser el de ir adelante; y nuestro lema, a medida que pasan los años, debería ser el de "más y más": más conocimiento, más fe, más obediencia, más amor (**1 Tesalonicenses 4: 1**). Si nuestro fruto ha sido del de sesenta por uno, deberíamos esforzarnos para conseguir ciento por uno. La voluntad del Señor es nuestra santificación, y ésta debería ser también nuestra voluntad. (**Mateo 13: 23; 1 Tesalonicenses 4: 3**)

**Juan Carlos Ryle, El Secreto de la Vida Cristiana, 38**

Este proceso de santificación indica una gradualidad en añadir nuevas virtudes a la vida cristiana y debemos poner "toda diligencia por esto mismo" pues es algo que no se logra sin esfuerzo, aunque nos hayan "sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia". Deben mostrarse en el cristiano los frutos del Espíritu Santo con una cada vez mayor plenitud conforme avanza la madurez de la vida cristiana. Mientras que no puedo ser "más justificado", pues este es un cambio instantáneo y pleno de la total culpabilidad a la libertad de la culpa, la santificación si es un proceso en el que puedo alcanzar una cada vez mayor grado de santidad.

**Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegásemos a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia; vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra**



fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo.

## 2 Pedro 1: 3-8

Los que llegan a ser nuevas criaturas en Cristo Jesús producen los frutos de su Espíritu: "amor, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza". Ya no se conforman con las concupiscencias anteriores, sino que por la fe siguen las pisadas del Hijo de Dios, reflejan su carácter y se purifican a sí mismos como Él es puro. Aman ahora las cosas que en un tiempo aborrecían, y aborrecen las cosas que en otro tiempo amaban. El que era orgulloso y dominador es ahora manso y humilde de corazón. El que antes era vano y altanero, es ahora serio y discreto. El que antes era borracho, es ahora sobrio y el que era libertino, puro. Han dejado las costumbres y modas vanas del mundo. Los cristianos no buscan "el adorno exterior", sino que "sea adornado el hombre interior del corazón, con la ropa imperecedera de un espíritu manso y sosegado".

No hay evidencia de arrepentimiento verdadero cuando no se produce una reforma en la vida. Si restituye la prenda, devuelve lo que haya robado, confiesa sus pecados y ama a Dios y a su prójimo, el pecador puede estar seguro de que pasó de muerte a vida.

Cuando vamos a Cristo como seres errados y pecaminosos, y nos hacemos participantes de su gracia perdonadora, el amor brota en nuestro corazón. Toda carga resulta ligera, porque el yugo de Cristo es suave. Nuestros deberes se vuelven delicias y los sacrificios un placer. El sendero que antes nos parecía cubierto de tinieblas brilla ahora con los rayos del Sol de justicia.

La hermosura del carácter de Cristo ha de verse en los que le siguen. Él se deleitaba en hacer la voluntad de Dios. El poder que predominaba en la vida de nuestro Salvador era el amor a Dios y el celo por su gloria. El amor embellecía y ennoblecía todas sus acciones. El amor es de Dios; el corazón inconverso no puede producirlo u originarlo. Se encuentra solamente en el corazón donde Cristo reina. "Nosotros amamos, por cuanto él nos amó primero". En el corazón regenerado por la gracia divina, el amor es el móvil de las acciones. Modifica el carácter, gobierna los impulsos, restringe las pasiones, subyuga la enemistad y ennoblece los afectos. Este amor atesorado en el alma endulza la vida y derrama una influencia purificadora sobre todos los que están en derredor.

Ellen G. White, *El Camino a Cristo*, 58-60

Cuando hablo de crecimiento en la gracia no quiero decir que el creyente puede crecer en lo que a su seguridad y aceptación delante de Dios hace referencia. No quiero dar a entender que el creyente puede ser más justificado, y gozar de más perdón y paz que en el momento de su conversión. No, pues creo firmemente que la justificación del creyente es una obra completa, perfecta y acabada; y que el más débil de los santos, aunque no pueda percatarse ni experimentarlo, goza de una justificación tan completa como la del santo más consagrado. Mantengo con firmeza que nuestra elección, llamamiento y estado delante de Cristo, no admite grados de aumento o disminución. Si alguien se hace la idea de que por "crecimiento en la gracia" yo quiero significar un aumento de justificación, debo decir que se equivoca completamente y no sabe de qué hablamos. Yo iría hasta la hoguera para defender la gloriosa verdad de que en el asunto de la justificación delante de Dios, el creyente "está completo en Cristo" (**Colosenses 2: 10**). Desde el momento en que creyó, nada puede añadirse a su justificación, y nada puede sustraerse.



Cuando hablo de "crecimiento en la gracia" me refiero a un crecimiento en vigor, fuerza, poder y estatura, de las gracias que el Espíritu Santo ha implantado en el corazón del creyente. Mantengo que cada una de estas gracias es susceptible de aumento, progreso y crecimiento. El arrepentimiento, la fe, la esperanza, el amor, la humildad, el celo, el valor, etc., pueden variar de grado e intensidad, y pueden variar sensiblemente en la misma persona en el curso de su vida. Cuando digo que un creyente crece en la gracia, quiero simplemente decir que su conciencia del pecado es más profunda, su fe más robusta, su esperanza más firme, su amor más real, y la



espiritualidad de su profesión de fe más evidente. Tal creyente experimenta más profundamente el poder del Evangelio en su vida y en su corazón; va de poder en poder, de fe en fe y de gracia en gracia. Sea cual sea la manera como se trata de describir este proceso espiritual y de desarrollo, yo creo que las palabras bíblicas de "crecimiento en la gracia" son ya de por sí evidentes y explícitas.

En la vida espiritual del creyente debe haber crecimiento; éste es el testimonio claro y elocuente de las Escrituras: "Vuestra fe va creciendo". "Os rogamos, hermanos, que abundéis más". "Fructificando en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios". "Teniendo esperanza del crecimiento de vuestra fe". "El Señor haga abundar el amor entre vosotros". "Creczamos en todas las cosas en Aquel que es la cabeza, es a saber, Cristo". "Y esto ruego, que vuestro amor abunde aún más y más". "Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual, sin engaño, para que por ella crezcáis en salud". "Mas creced en la gracia y conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (2 Tesalonicenses 1: 3; 1 Tesalonicenses 4: 10; Colosenses 1: 10; 2 Corintios 10: 15; 1 Tesalonicenses 3: 12; Efesios 4:15; Filipenses 1: 9; 1 Tesalonicenses 4: 1; 1 Pedro 2: 2; 2 Pedro 3: 18.) Estos versículos claramente establecen la doctrina del "crecimiento en la gracia". Se trata, pues, de una doctrina bíblica.

Juan Carlos Ryle, *El Secreto de la Vida Cristiana*, 64, 65

## 6.5. La lucha diaria del cristiano

La cita siguiente es muy interesante. Al escribirla Pablo parece suponer que tanto él como aquellos a quienes se dirige (los miembros de la iglesia de Filipos) ya son perfectos. En realidad, como verá usted en el material complementario, el término en griego que se traduce como "perfecto" significa también completo o maduro. Por lo que podríamos decir que una vez que uno va avanzando en el proceso de santificación va alcanzando un nivel de perfección (madurez) que puede significar cosas diferentes para personas en ambientes o condiciones diferentes. Es posible que si analizo a un niño de 5 años pueda encontrar que su madurez corresponde a su corta edad, pero es seguro que esperaría mucho más de un hombre de 30 años. Esta cita bíblica viene a continuación de cuando Pablo menciona que él prosigue hacia el blanco que aún no ha alcanzado, pero se considera maduro en su avance.

Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sentimos; y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios. Pero en aquello a que hemos llegado, sigamos una misma regla, sentimos una misma cosa.

**Filipenses 3: 15, 16**

Esta perfección o madurez de la que habla el apóstol no implica un estado de impecabilidad como algunos pretender poseer, ni el haber superado nuestra condición de pecadores. Por el contrario, cuanto más maduro seamos más debemos tener conciencia de nuestra incapacidad personal de reflejar el perfecto carácter de Jesús. Nos sentiremos más y más necesitados de la influencia modeladora del Espíritu de Dios y de que Él pueda lograr transformar nuestra naturaleza pecaminosa y rebelde a un más dócil a seguir la voluntad de Dios. Anhelaremos más poder para enfrentar la tentación y oraremos más para que esto suceda. No habrá nada en nosotros de lo que podamos sentirnos orgullosos ni autosuficientes, sino más bien comprenderemos una vez más nuestra gran necesidad de la conducción de Dios en nuestras vidas y la necesidad de cambio.

La santificación que presentan las Sagradas Escrituras tiene que ver con el ser entero: el espíritu, el alma y el cuerpo. He aquí el verdadero concepto de una consagración integral. El apóstol San Pablo ruega que la iglesia de Tesalónica disfrute de una gran bendición: "Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo". 1 Tesalonicenses 5: 23.

Existe en el mundo religioso una teoría sobre la santificación que es falsa en sí misma, y peligrosa en su influencia. En muchos casos, aquellos que profesan poseer la santificación no conocen esa experiencia en forma genuina. Los que en verdad tratan de perfeccionar un carácter cristiano nunca acariciarán el pensamiento de que no tienen pecado. Su vida puede ser irreprochable, pueden ser representantes vivos de la verdad que han aceptado; pero cuanto más disciplinen su mente para espaciarse en el carácter de Cristo, y cuanto más se acerquen a la divina imagen del Salvador, tanto más claramente discernirán la impecable perfección de Jesús, y más hondamente sentirán sus propios defectos.

Cuando algunas personas pretenden estar santificadas, con eso dan suficiente evidencia de que están muy lejos de la santidad. Dejan de ver sus propias debilidades y su indigencia. Consideran que ellos reflejan la imagen de Cristo, porque no tienen un verdadero conocimiento de él. Cuanto mayor es la distancia entre ellos y su Salvador, tanto más justos aparecen a sus propios ojos.

**Ellen G. White, La Edificación del Carácter, 5, 6**

Es evidente que este proceso y "esfuerzo continuo" en la vida del creyente debe ser alimentado por el mensaje y la vida del Señor Jesús en esta tierra, donde no solamente se presentó como nuestro Salvador



sino además como nuestro supremo Ejemplo de cómo vivir. Lo hizo, en este último caso, tanto por precepto (su enseñanza) como, por ejemplo (su vida impoluta), demostrándonos que es posible vivir vidas santas en este mundo.

La verdadera santificación se mostrará en un esfuerzo continuo para hacer la voluntad de Cristo y vivir a la luz de sus preceptos prácticos. Estos preceptos los encontramos esparcidos en las páginas de los Evangelios, pero especialmente en el Sermón del Monte. Si alguien se imagina que Jesús los pronunció sin el propósito de promover la santidad del creyente se equivoca lamentablemente. Y cuán triste es oír a ciertas personas hablar del ministerio de Jesús sobre la tierra diciendo que lo único que el Maestro enseñó fue doctrina y que la enseñanza de las obligaciones prácticas la delegó a otros. Un conocimiento superficial de los Evangelios bastará para convencer a la gente de cuán errónea es esta noción. En las enseñanzas de nuestro Señor se destaca de una manera muy prominente lo que sus discípulos deben ser y lo que han de hacer; y una persona verdaderamente santificada nunca se olvidará de esto, pues sirve a un Señor que dijo: "**Vosotros sois mis amigos, si hicieris las cosas que yo os mando**" (**Juan 15: 14**).

**Juan Carlos Ryle, El Secreto de la Vida Cristiana, 92**

Permítame citar nuevamente estos versos para tocar otro aspecto. La santificación implica la "muerte" del viejo hombre del que debemos despojarnos día a día pues "**está viciado conforme a los deseos engañosos**" y debemos renovarnos "**en el espíritu de vuestra mente**" y ser vestidos "**del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad**". Este no es un cambio emocional sino racional. No es asunto de un día, sino de una perseverancia que se mide diariamente durante toda la vida. Consiste también en ver el pecado en toda su deformidad enorme y el daño que causa este en nuestra vida, cómo influye a los que nos rodean y cómo entristece el corazón de Dios. Necesitamos vaciarnos del pecado y ser llenos del Espíritu Santo.

**En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.**

**Efesios 4: 22-24**

La santificación bíblica no consiste en una poderosa emoción. He aquí donde muchos son inducidos a error. Hacen que sus sentimientos constituyan su criterio. Cuando se sienten alborozados o felices, pretenden que están santificados. Los sentimientos felices o la ausencia de gozo no son evidencia ninguna de que una persona está o no está santificada. No existe tal cosa como santificación instantánea. La verdadera santificación es una obra diaria, que continúa por toda la vida. Los que están luchando con tentaciones cotidianas, venciendo sus propias tendencias pecaminosas, y buscando la santificación del corazón y la vida, no realizan ninguna pretensión ostentosa de santidad. Tienen hambre y sed de justicia. El pecado les parece excesivamente pecaminoso.

Hay personas que pretenden ser santas y que profesan creer la verdad como sus hermanos y puede ser difícil hacer una distinción entre ellos; pero la diferencia existe, sin embargo. El testimonio de aquellos que pretenden tener una experiencia exaltada hará que el dulce espíritu de Cristo se retire de una reunión, y eso dejará una influencia congeladora sobre los creyentes, mientras que, si estuvieran viviendo verdaderamente sin pecado, su propia presencia atraería a los ángeles santos a la asamblea, y sus palabras serían seguramente como "**manzana de oro con figuras de plata**". **Proverbios 25: 11**.

**Ellen G. White, La Edificación del Carácter, 8, 9**

Con frecuencia nos auto exculpamos por nuestras caídas (léase pecados) señalando que la tentación fue superior a nuestras fuerzas (cosa que es un engaño fatal) y que, por lo tanto, no tenemos culpa por haber caído, que así es nuestra naturaleza. La realidad es que la lucha contra el pecado demanda el uso de nuestra fuerza de voluntad unida al poder de Dios, y que sí es posible vencer, resistiendo "**hasta la sangre, combatiendo contra el pecado**". Necesitamos ser disciplinados para progresar en la carrera cristiana.

**Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar. Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado; y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige,**





diciendo: hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?

**Hebreos 12: 3-7**

La cita que sigue pertenece a Arthur W. Pink, un evangelista y erudito bíblico inglés (1886-1952), conocido por su firme postura calvinista y su gusto por las enseñanzas puritanas, que sin duda es muy recomendable (la cita). En ella se cuestiona lo que hoy es aceptado por la mayoría de confesiones evangélicas que niegan la necesidad de la obediencia para la salvación, que han puesto a un lado la Ley y sus demandas y que sostienen que una vez salvo, salvo para siempre. Se niegan a aceptar a Jesús como el Señor de sus vidas y desean seguir viviendo conforme a "su propia voluntad y sus propios placeres". Desean la justificación, pero no la santificación. La postura teológica de este autor sobre el tema podría ser suscrita por cualquier adventista ortodoxo (como yo, por ejemplo)

Ellos desean ser liberados de la ira que ha de venir, pero desean retener su propia voluntad y sus propios placeres. Cuando Cristo salva, él salva del pecado – de su poder y contaminación, y por lo tanto de su culpabilidad. Y la misma esencia del pecado es la determinación de hacer mi voluntad, mi propia práctica. (**Isaías 53: 6**). Donde Cristo salva, él somete este espíritu voluntarioso e implanta un poderoso y duradero deseo y determinación de agradarlo a él.

Nuevamente, muchos nunca serán salvos porque desean dividir a Cristo; desean tenerlo como Salvador, pero no desean sujetarse a él como su Señor. O, quizás si están preparados para recibirle a él como Señor, no como un absoluto Señor. Pero esto no puede ser hecho: Cristo es Señor de todo o él es Señor de nada. La vasta mayoría de los cristianos profesantes tienen la soberanía del Señor limitada en ciertos puntos: él no debe invadir demasiado la libertad que nos demanda cualquier deseo mundano o interés carnal. Codician su paz, pero su "yugo" no es bienvenido. Sin embargo, de éstos Cristo dirá: "Pero a estos mis enemigos, que no querían que reinara sobre ellos, traedlos acá y matadlos delante de mí". (**Lucas 19: 27**).

Nuevamente, hay multitudes que están listas para que Cristo las justifique, pero no para que Cristo las santifique. Tolerarán cierta clase, cierto grado de santificación, pero ser completamente santificados, "todo su espíritu, alma y cuerpo" (**1 Tesalonicenses 5: 23**), esto no lo desean. Para ellos, santificar sus corazones, someter su orgullo y su codicia sería demasiado, como sacarse su ojo derecho. No tienen aprecio alguno por la mortificación constante de todos sus miembros. Que Cristo venga a ellos como Refinador a quemar sus deseos, consumir su polilla y disolver el viejo marco de su naturaleza, derretir sus almas, y hacerlos cambiar en un nuevo molde, no les gusta. El negarse a sí mismos, absolutamente, y tomar su cruz cada día, es una labor que evaden con aborrecimiento.

Nuevamente, muchos están dispuestos a que Cristo oficie como su sacerdote, pero no a que él legisle como su Rey. En sentido general, pregúnteles, si ellos están dispuestos a hacer cualquier cosa que Cristo les requiera y les responderán afirmativamente, enfáticamente y con confianza. Pero llegue a tocar particulares en ellos: aplique aquellos mandamientos específicos y preceptos del Señor que están ignorando e inmediatamente gritarán: "¡Legalismo!" o "¡No podemos ser perfectos en todo!"

**Arthur W. Pink, La Fe Salvadora, 5, 6**

Necesitamos la disciplina de la prueba para crecer en la santificación. Necesitamos que Dios nos conduzca y corrija nuestro camino cuando nos desviemos. Hacia mención hace unos días a unos amigos que a los profesores de colegio a los que más recuerdo son a aquellos que no solamente me enseñaron bien, sino que me corrigieron cuando era necesario. Valoro eso. Creo que los buenos padres disciplinan a sus hijos porque los aman. Así ocurre con Dios, algunas de nuestras ramas deben ser podadas para que llevemos más y mejor fruto.

Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad.

**Hebreos 12: 7-10**

Por último, pero no porque lo sea en importancia, si deseamos crecer en la gracia, no nos sorprenda si nos visita la aflicción y la tribulación. Esta ha sido la experiencia de los creyentes más consagrados y santos. Al igual que el Maestro, ellos han sido "hombres despreciados, desechados, experimentados en quebranto" y "perfeccionados por las aflicciones". (**Isaías 53: 3; Hebreos 2: 10**) Las palabras del Señor Jesús son verdaderamente significativas: "Todo aquel que lleva fruto, mi Padre lo limpiará, para que lleve más fruto". (**Juan 15: 2**) Para que nuestra espiritualidad se



mantenga viva y en todo momento estemos alerta, nos son necesarias las enfermedades, las pérdidas, las cruces, las ansiedades, los desengaños y demás pruebas y aflicciones. Las necesitamos como la vid necesita el cuchillo de la poda, y el oro el horno. Ciertamente, no son agradables a la sangre y a la carne, pero son vitales para el alma. No nos agrada la prueba y la aflicción, y a menudo no podemos comprender el propósito y el porqué de las mismas. El Apóstol nos dice: "Es verdad que al presente ninguna disciplina parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da frutos apacibles de justicia a los que en ella han sido ejercitados" (**Hebreos 12: 11**). Una vez estemos en el cielo comprenderemos que eran para nuestro bien.

Que permanezcan, pues, estos pensamientos continuamente con nosotros si en verdad deseamos crecer en la gracia. Cuando nos sobrevengan días oscuros y los nubarrones de la prueba se ciernan sobre nosotros, no pensemos que se trata de algo extraño, sino que, por el contrario, estemos convencidos de que en estos días oscuros se aprenden lecciones tan importantes que jamás en los días de sol podrían aprenderse. Digámonos, pues, cada uno de nosotros: "Es para mi provecho; para que sea hecho partícipe de la santidad de Dios. Me ha sido enviado en amor. Estoy en la mejor escuela de Dios. La corrección es instrucción. Esto es para que yo crezca en la gracia".

**Juan Carlos Ryle, El Secreto de la Vida Cristiana, 77, 78**

Es cierto también que no nos gusta la disciplina (y no hablo de la obediencia a las reglas generales de la convivencia, donde también ocurren este tipo de problemas) sino la disciplina que implica un castigo o sufrimiento por haber fallado en algo. Se necesita esto para producir el cambio moral que la santificación implica. Por si acaso, no estoy diciendo que es necesario que usted sufra para ser santificado, pero sí que es un medio que Dios utiliza para reconducirnos (lo que implica que estamos en peligro de alejarnos o ya lo hemos hecho cuando la disciplina es aplicada) y para mejorar nuestra espiritualidad, para esforzarnos en cumplir la voluntad de Dios para nuestras vidas.

Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados. Por lo cual, levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas; y haced sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino, sino que sea sanado. Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor.

**Hebreos 12: 11-14**

De acuerdo con **1 Juan 3: 2** nosotros, como creyentes, no sabemos aun lo que hemos de ser, pero sabemos que cuando Cristo aparezca seremos semejantes él. Hasta ese momento pasaremos por un proceso de purificación, siendo Cristo la norma de la pureza (versículo **3**). Lo que sucede desde el momento en que somos apartados por Cristo hasta cuando seremos semejantes a él, es la santificación como un proceso progresivo de cambio moral, hecho posible por el poder del Espíritu Santo en cooperación con la voluntad humana. De la raíz de la santificación como pertenencia emerge la santificación como llegar a ser. La primera, como el "ya" de la actividad consagrada de Dios, conduce al "todavía no" de la actividad conformadora del Señor. En el cielo mismo habrá un incesante acercamiento a él.



Uno de los pasajes más importantes de las Escrituras sobre la santificación como cambio moral se encuentra en **Romanos 6**. En este capítulo Pablo afirma que el cristiano que ha abandonado al pecado como señor de su vida no vive más bajo su dominio (versículos **2, 14**). Con la crucifixión del viejo hombre se quebranta el poder del pecado sobre el cuerpo y la necesidad de servirle (versículo **6**). Esa muerte definitiva ocurre en el bautismo, mediante el cual el cristiano no sólo se une a Cristo como su nuevo Señor, sino que también se une a los eventos fundamentales de salvación, muerte y resurrección de Cristo (versículos **3, 4**). En los versículos **1-14** Pablo yuxtapone ocho veces la muerte y la vida (**2, 4, 5, 8, 9, 10, 11, 13**), y demuestra con ello su indisoluble conexión e indica que la muerte no es un fin en sí mismo sino la condición previa para la vida nueva. Siendo que la muerte de Cristo fue una muerte al poder del pecado (no en su vida, sino como lo que atacó a su vida) y su resurrección un vivir para Dios (versículo **10**), así el que se une a Cristo se considera muerto al pecado y vivo para Dios (versículo **11**).

**Raoul Dederen,**

**Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 336**

Pablo considera que la vida del cristiano debe ser colocada sobre el altar (simbólicamente hablando, por supuesto) como un sacrificio agradable a Dios. Menciona que este es nuestro "culto racional". Una vez más, no se trata de emociones (tan comunes en los cultos de los movimientos carismáticos donde las lágrimas, risas y desmayos se piensan que reemplazan al cambio del



carácter), sino de un proceso racional basado en “la renovación de vuestro entendimiento”. Esta renovación que debe ser lograda por el estudio de la Palabra de Dios, mediante la iluminación del Espíritu Santo, debe hacernos conocer mejor “cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” para nuestras vidas. No se conforme a este mundo, que pronto pasará, y prepárese para el venidero.

Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.

**Romanos 12: 1, 2**

La santificación depende, en gran parte, del uso de los medios espirituales. Por la palabra "medios" me refiero a la lectura de la Biblia, la oración privada, la asistencia regular a los cultos de adoración, el oír la predicación de la Palabra de Dios y la participación regular de la Cena del Señor. Debo decir, como bien se comprenderá, que todos aquellos que de una manera descuidada y rutinaria hacen uso de estos medios, no harán muchos progresos en la vida de santificación. Y, por otra parte, no he podido encontrar evidencia de que ningún santo eminente jamás descuidara estos medios; y es que estos medios son los canales que Dios ha designado para que el Espíritu Santo supla al creyente con reservas frescas de gracia para perfeccionar la obra que un día empezó en el alma. Por más que se me tilde de legalista en este aspecto, me mantengo firme en lo dicho: “sin esfuerzo no hay provecho”. Antes esperaría buena cosecha en un agricultor que sembró sus campos, pero nunca los cuidó, que ver frutos de santificación en un creyente que ha descuidado la lectura de la Biblia, la oración y el Día del Señor. Nuestro Dios obra a través de medios.

**Juan Carlos Ryle, El Secreto de la Vida Cristiana, 85**

Dentro de este proceso racional la obediencia a la Ley de Dios es fundamental. Implica el ejercicio continuado de la voluntad para controlar nuestras inclinaciones al mal con el auxilio del Espíritu Santo. No hay lugar en el cielo para quienes desprecian la Ley de Dios y que piensan que no importa cómo vivan pues han aceptado, supuestamente, a Jesús como su Salvador. En especial pienso en los ministros que generan una falsa confianza de sus feligreses y les predicán cosas halagüeñas, sin amonestarlos contra una religión de apariencias, sin real transformación del corazón.

La santificación se obtiene únicamente en obediencia a la voluntad de Dios. Muchos que deliberadamente pisotean la ley de Jehová pretenden tener un corazón puro y una vida santificada. Pero los tales no tienen un conocimiento salvador de Dios o de su ley. Se alinean en las filas del gran rebelde. Él está en guerra contra la ley de Dios, que es el fundamento del gobierno divino en el cielo y en la tierra. Estos hombres están realizando el mismo trabajo que su maestro ha hecho al tratar de invalidar la santa ley de Dios. A ningún transgresor de los mandamientos le será permitido entrar en el cielo; pues aquel que una vez fue un querubín cubridor puro y exaltado, fue arrojado fuera por rebelarse contra el gobierno de Dios.

Para muchos, la santificación es meramente justificación propia. Y sin embargo estas personas declaran osadamente que Jesús es su Salvador y Santificador. ¡Qué engaño! ¿Acaso el Hijo de Dios va a santificar al transgresor de la ley del Padre, esa ley que Cristo vino a exaltar y honrar? El testifica: “Yo he guardado los mandamientos de mi Padre”. Dios no va a rebajar su ley para ponerla al nivel de las normas imperfectas del hombre; y el hombre no puede satisfacer los requerimientos de esa santa ley sin experimentar arrepentimiento delante de Dios y fe en nuestro Señor Jesucristo.

“Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo”. **1 Juan 2: 1**. Pero Dios no entregó a su Hijo a una vida de sufrimiento e ignominia y a una muerte oprobiosa para exonerar al hombre de la obediencia a la ley divina. Tan grande es el poder engañoso de Satanás que muchos han sido inducidos a considerar que el sacrificio de Cristo no tiene real valor. Cristo murió porque no había ninguna otra esperanza para el transgresor. Este puede tratar de guardar la ley de Dios en el futuro; pero la deuda en la que ha incurrido en el pasado permanece, y la ley debe condenarlo a muerte. Cristo vino a pagar esa deuda por el pecador, la cual era imposible que éste pagara por sí mismo. Así, mediante el sacrificio expiatorio de Cristo, le fue concedida al hombre pecador otra oportunidad.

**Ellen G. White, Fe y Obras, 28, 29**

La lucha contra el pecado puede ser ejemplificada por la pugna que notaba Pablo entre su deseo de servir a Dios, de honrar su nombre y vivir una vida cristiana, y los deseos de la carne. Pablo se lamenta de a veces hacer lo que no debe, a pesar de desear en su fuero interior algo distinto. Pablo sostiene que la Ley que le indica su condición de pecador, “es buena” pero encuentra “otra ley” que batalla contra esta.

También Pablo, al mencionar al “cuerpo de muerte”. parece hacer referencia a un terrible castigo al que los romanos sometían a los peores criminales, que era atarlos con cadenas al cuerpo en putrefacción de su víctima. Este castigo horroroso la más de las veces culminaba con la muerte del homicida por la

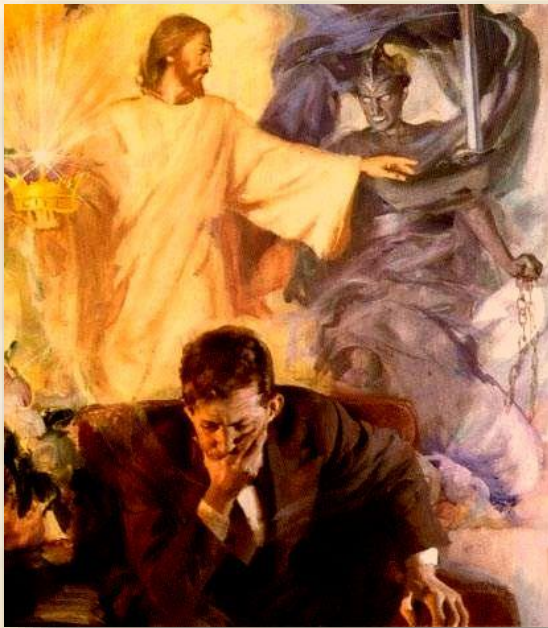


contaminación a la que estaba expuesto. Pero así se sentía Pablo, arrastrando un cadáver, al hombre viejo del que no puede deshacerse por sus propios medios. Pero termina su discurso en tono triunfante, señalando que da gracias "a Dios, por Jesucristo Señor nuestro". Con él sí se puede triunfar.

Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que, en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado.

**Romanos 7: 14-25**

La santificación puede seguir un curso ascendente aun en medio de grandes conflictos y batallas interiores. Al usar las palabras conflictos y batallas, me refiero a la contienda que tiene lugar



en el corazón del creyente entre la vieja y la nueva naturaleza, entre la carne y el espíritu (**Gálatas 5: 17**). Una percepción profunda de esta contienda, y el consiguiente agobio y consternación que se derivan de la misma, no es prueba de que un creyente no crezca en la santificación. ¡No! Antes, por el contrario, son síntomas saludables de una buena condición espiritual. Estos conflictos prueban que no estamos muertos, sino vivos. El cristiano verdadero, no sólo tiene paz de conciencia, sino que también tiene guerra en su interior; se le conoce por su paz, pero también por su conflicto espiritual. Al decir y afirmar esto no me olvido que estoy contradiciendo los puntos de vista de algunos cristianos que abogan por una "perfección sin pecado". Pero no puedo evitarlo. Creo que lo que digo está bien confirmado por lo que nos dice Pablo en el capítulo séptimo de su Epístola a los Romanos. Ruego a mis lectores que estudien atentamente este capítulo; y que se den cuenta de que no describe la experiencia de un hombre inconverso, o de un cristiano vacilante y todavía joven en la fe, sino que hace referencia a la experiencia de un viejo santo de Dios que vivía en íntima comunión con Dios. Sólo una persona así podía decir: "Según el hombre interior me deleito en la ley de Dios" (**Romanos 7: 22**).

Creo, además, que lo que he dicho viene confirmado, también por la experiencia de los siervos de Cristo más eminentes de todos los tiempos. Prueba de esto la encontramos en sus diarios, en sus autobiografías y en sus vidas. No porque tengamos este continuo conflicto interno, hemos de pensar que la obra de la santificación no tiene lugar en nuestras vidas. La liberación completa del pecado la experimentaremos, sin duda, en el cielo, pero nunca la gozaremos mientras estemos en el mundo. El corazón del mejor cristiano, aún en el momento de más alta santificación, es terreno donde acampan dos bandos rivales; algo así "como la reunión de dos campamentos" (**Cantares 6: 13**).

**Juan Carlos Ryle, El Secreto de la Vida Cristiana, 85, 86**

Debemos cuidar que en este proceso que dura toda la vida penetre en nuestra mente la idea que hemos alcanzado un nivel espiritual que nos haga enorgullecernos de él. No hay nada en este proceso que deba generar este sentimiento. Si mantenemos nuestra mente contemplando la perfecta belleza de carácter de Jesús todo en nosotros estará lejos de ese nivel ideal y seguiremos dependiendo absolutamente de la misericordia del Creador. Cuando el Testigo Fiel identifica la característica típica de la última iglesia profética la acusa de suponer que no tienen necesidad de nada, de pensar que ya ha alcanzado la perfección. Pero se le dice a cada miembro de iglesia que solamente es "un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo" y sigue requiriendo, por lo tanto, de la gracia y misericordia de Dios, así como la obra del Espíritu Santo para su santificación.

En nosotros está decidimos a entregar o no nuestra vida a Dios, dejando que modele nuestro carácter, modifique gradualmente nuestros hábitos y vaya retirando de nosotros las inclinaciones al mal y





las reemplace por virtudes que Él pueda utilizar para el avance de su obra. Juan y Judas, dos apóstoles que convivieron casi el mismo tiempo con Jesús, tenían defectos de carácter cuando se unieron al Salvador. Uno de ellos sí se dejó modelar.

Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.

**Apocalipsis 3: 17**

Puede obtenerse una lección instructiva del notable contraste entre el carácter de Juan y el de Judas. Juan era una ilustración viva de santificación. Por el otro lado, Judas poseía una forma de piedad, mientras su carácter era más satánico que divino. Profesaba ser discípulo de Cristo, pero en palabras y obras lo negaba.

Judas tenía las mismas preciosas oportunidades que Juan para estudiar e imitar el Modelo. Escuchaba las lecciones de Cristo, y su carácter debía haberse transformado por la gracia divina. Pero mientras Juan luchaba fervorosamente contra sus propias faltas, y trataba de asimilarse a Cristo, Judas estaba violando su conciencia, cediendo a la tentación, y formando en su persona hábitos de deshonestidad que lo iban a transformar a la imagen de Satanás.

Estos dos discípulos representan el mundo cristiano. Todos profesan ser seguidores de Cristo; pero mientras una clase anda en humildad y mansedumbre, aprendiendo de Jesús, la otra muestra que no se compone de hacedores de la verdad, sino de oidores solamente. Una clase está santificada por medio de la verdad; la otra no sabe nada del poder transformador de la gracia divina. La primera está muriendo todos los días al yo y está venciendo el pecado. La última complace sus propios deseos, y sus miembros se constituyen en siervos de Satanás.

**Ellen G. White, La Edificación del Carácter, 57, 58**

#### **6.6. La obra de Dios en el hombre**

La santificación es una obra divina en el hombre, aunque es imposible para el hombre actuando con su propia energía y fortaleza, unido a Dios sí es posible. Aunque parezca un contrasentido, tampoco es posible sin la voluntad manifiesta del ser humano, pues Dios es respetuoso de nuestro libre albedrío, de nuestra capacidad de decidir por nosotros mismos, decidir si deseamos o no vivir por la eternidad con Él.

Aunque no somos nada, Dios respeta nuestra decisión de amarle o no. Pero si usted decide hacerlo, emplee toda la fuerza de su (escasa, igual que la mía) voluntad y Dios la robustece cada día, Dios puede llenarle de su amor y afirmar su corazón. Aunque usted seguirá siendo un imperfecto ser humano Dios cumplirá con su parte de suplir lo que haga falta para el día en que su suerte quede echada.

Y el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos, como también lo hacemos nosotros para con vosotros, para que sean afirmados vuestros corazones, irreprochables en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos.

**1 Tesalonicenses 3: 12, 13**

Tampoco digo que la santidad alcanza su madurez y perfección en un instante, ni que las gracias que acabo de mencionar han de florecer en todo su esplendor antes de que podamos llamar a una persona santa. No, lejos está de mi tal suposición. La santificación es siempre una obra progresiva, y aún en los creyentes más avanzados, es una obra imperfecta. La historia de los santos más sobresalientes registra muchos "peros" y muchos "sin embargos" pero no alcanzaron la meta. Hasta que no alcancemos la Jerusalén celestial, el oro nunca se verá libre de impurezas, ni la luz brillará sin la interferencia de alguna nube. El mismo sol tiene manchas sobre su superficie. Aún los hombres más santos, una vez pesados en la balanza del santuario mostrarán manchas y defectos. Y es que su vida es un continuo batallar contra el pecado, el mundo y el diablo, y no siempre son vencedores, a veces también son vencidos. La carne pelea siempre contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, y "en muchas cosas ofendemos nosotros muchas veces" (**Gálatas 5: 7; Santiago 3: 2**).

**Juan Carlos Ryle, El Secreto de la Vida Cristiana, 125**

Algunos hombres y mujeres, especialmente en tiempos antiguos supusieron que para mantener la santidad en su vida debían apartarse del mundo, vivir en un monasterio, convertirse en un anacoreta (personas que vivían en algún lugar apartado, dedicados por entero a la contemplación, la oración y la penitencia, por lo general esta última relacionada con el maltrato del cuerpo) o ser como los estilistas (monjes que vivían en las alturas de una montaña deshabitada o en la parte superior de una columna).

No es eso lo que desea el Señor para nosotros. Si somos la sal del mundo, la sal debe mezclarse para dar sabor a los alimentos o para preservarlos de la corrupción, pero si se aleja pierde su sentido o su utilidad. Igual ocurre con el cristiano que Dios le ha llamado a ser luz y ayudar a otros a conocer a su



Salvador. Debemos ir al mundo que perece para salvar a los que allí se encuentran, pero no debemos aceptar sus prácticas. La obediencia a los mandamientos, tan venida a menos en el mundo cristiano, debe ser parte del estilo de vida del creyente, obediencia que debemos aplicar a nuestra vida y enseñarla a otros para que conozcan la vigencia eterna de la Ley de Dios.

No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad.

**Juan 17: 15-17**

Una santificación genuina se evidenciará en un respeto habitual a la ley de Dios y en un esfuerzo continuo para obedecerla como regla de vida. ¡Qué gran error el de aquellos que suponen que, puesto que los Diez Mandamientos y la Ley no pueden justificar al alma, no es importante observarlos! El mismo Espíritu Santo que ha dado al creyente convicción de pecado a través de la ley, y lo ha llevado a Cristo para justificación, es quien le guiará en el uso espiritual de la ley como modelo de vida en sus deseos de santificación. El Señor Jesús nunca relegó los Diez Mandamientos a un plano de insignificancia, sino que, por el contrario, en su primer discurso público el Sermón del Monte los desarrolló. y puso de manifiesto el carácter revelador de sus requerimientos. San Pablo tampoco relegó la ley a la insignificancia: "La Ley es buena, si alguno usa de ella legítimamente". "Porque según el hombre interior me deleito en la ley de Dios" (1 Timoteo 1: 8; Romanos 7: 22). Si alguien pretende ser un santo y mira con desprecio los Diez Mandamientos, y no le importa el mentir, el hacer el hipócrita, el estafar, el insultar y el levantar falso testimonio, el emborracharse, el traspasar el séptimo mandamiento, etc., en realidad se engaña terriblemente; y en el día del juicio le será imposible probar que fue un "santo".

**Juan Carlos Ryle, El Secreto de la Vida Cristiana, 91, 92**

Resulta difícil ser más directo y explícito que Ryle en sus declaraciones finales de la cita anterior. Si nuestra vida no evidencia el cambio que el Espíritu Santo está realizando en nuestra vida es imposible sostener que hemos sido justificados y santificados. Una evidencia de la santificación es la obra del Espíritu Santo en la vida del creyente. Los efectos de la obra del Santo Espíritu de Dios deben percibirse en la vida del cristiano en todas sus facetas, y no solamente en el ámbito religioso. El Señor desea que seamos templos del Espíritu Santo y que la Divinidad pueda morar en nosotros iluminando cada aspecto de nuestra vida personal, familiar, social y profesional.

¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es.

**1 Corintios 3: 16, 17**

Esto debe reflejarse en los frutos del Espíritu Santo que deben ser visibles a todos. Así como son visibles las obras de la carne en quienes no son guiados por el Espíritu de Dios, lo propio ocurre con quienes sí son conducidos por Él. Usted puede notar en el verso siguiente que se mencionan muchas virtudes, pero se dice que es un solo fruto. Es como si una sola comida pudiera tener muchos ingredientes y distintos sabores, pero el plato es único. Cuando el Espíritu de Dios actúa en nuestras vidas estas empezarán a reflejar estas virtudes. Note también que se dice que quienes manifiesten en sus vidas "las obras de la carne", "no heredarán el reino de Dios". No hay forma que alguien sostenga que ama al Señor y siga viviendo como antes de conocerlo.

Digo, pues: andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais. Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley. Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios. Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu.

**Gálatas 5: 16-25**

Cuando San Pablo escribió: "Y el mismo Dios de paz os santifique por completo" (1 Tesalonicenses 5: 23), no exhortó a sus hermanos a proponerse una norma que les fuese imposible alcanzar; no oró porque ellos obtuvieran bendiciones que no fuera la voluntad de Dios conceder. Él sabía que todos los que deseen estar listos para encontrar a Cristo en paz deben poseer un carácter puro y santo. "Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que, habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado". 1 Corintios 9: 25-27. "¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en



vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios". **1 Corintios 6: 19, 20.**

**Ellen G. White, La Edificación del Carácter, 24, 25**

Si el Espíritu Santo mora en nosotros entonces Él nos santificará. Pero si no hay evidencia que esto ocurre es que estamos engañados y no hay vida en nosotros. Dios no puede reconocer como su hijo a alguien que no posee "el Espíritu de Cristo" pues la actividad de la Tercera Persona de la Divinidad se manifestará a través del fruto esperado. Recuerde que el proceso de santificación es continuo y que eso implica que los frutos también irán apareciendo conforme avanza la madurez de creyente.

La santificación constituye la única evidencia cierta de que el Espíritu Santo mora en el creyente. La presencia del Espíritu Santo en el creyente es esencial para la salvación. "Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de Él" (**Romanos 8: 9**). El Espíritu nunca está dormido o inactivo en el alma: siempre da a conocer su presencia por los frutos que produce en el corazón, carácter y vida del creyente. Nos dice San Pablo: "El fruto del Espíritu es caridad, gozo, paz, tolerancia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza" (**Gálatas 5: 22**). Allí donde se encuentran estas cosas, allí está el Espíritu; pero allí donde no se ven estas cosas, es señal segura de muerte espiritual delante de Dios.

Al espíritu se le compara con el viento, y como sucede con éste, no podemos verle con los ojos de la carne. Pero de la misma manera que conocemos que hace viento por sus efectos sobre las olas, los árboles y el humo, así podemos descubrir la presencia del Espíritu en una persona por los efectos que produce en su vida y conducta. No tiene sentido decir que tenemos el Espíritu, si no andamos también en el Espíritu (**Gálatas 5: 25**). Podemos estar bien ciertos de que aquellos que no viven santamente, no tienen el Espíritu Santo. La santificación es el sello que el Espíritu Santo imprime en los creyentes. "Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios" (**Romanos 8: 11**).

**Juan Carlos Ryle, El Secreto de la Vida Cristiana, 82**

Aunque es posible que quienes deseamos alcanzar la meta de la santificación podamos fallar, si hemos colocado nuestra confianza en Dios, la obra del Espíritu Santo no se detendrá y nos llevará a alcanzar la madurez que Dios espera de sus hijos. A pesar de lo dicho, la importancia de resistir la tentación no debe ser menospreciada. Tenemos a nuestra disposición el poder de los cielos para enfrentar exitosamente a la tentación Y además Dios desea nuestra salvación y no dejará abandonado a quien en Él confíe y actúe en concordancia con esto.

Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto

los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.

**Romanos 8: 1-11**

Absteneos de toda especie de mal. Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo.

**1 Tesalonicenses 5: 22, 23**

El poder omnipotente del Espíritu Santo es la defensa de toda alma contrita. Cristo no permitirá que pase bajo el dominio del enemigo quien haya pedido su protección con fe y



arrepentimiento. El Salvador está junto a los suyos que son tentados y probados. Con él no puede haber fracaso, pérdida, imposibilidad o derrota; podemos hacer todas las cosas mediante Aquel que nos fortalece. Cuando vengan las tentaciones y las pruebas, no esperéis arreglar todas las dificultades, sino mirad a Jesús, vuestro ayudador.

**Ellen G. White, El Deseado de Todas las Gentes, 455**

La acción del Espíritu Santo en la vida del hombre se logra mediante la voluntad fortalecida por la cesión de la misma bajo el gobierno de Dios. A esto se refiere Pablo cuando sostiene que ahora Cristo vive en él y que él no vive una vida independiente de Cristo. A esto se refería Wesley cuando mencionaba un “estado en el cual el amor a Dios y al prójimo gobierna nuestro temperamento, palabras y acciones”. Aunque esto no implica la ausencia de nuestra condición de pecadores, con la que permaneceremos hasta nuestra transformación final cuando Cristo venga, si implica una conducción de la vida que va formando en nosotros caracteres cada vez más semejantes al de nuestro supremo Ejemplo

**Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.**

**Gálatas 2: 20**

El fundador del metodismo, Juan Wesley (1703-1791 DC), afirmaba que Dios provee a los seres humanos de gracia preventiva, una chispa de la divinidad que obra como el antídoto de Dios ante el pecado original, al cual definió como la naturaleza corrupta del alma ante Dios. Con esta habilidad de autodeterminación, los seres humanos son capaces de elegir entre el bien y el mal. Y así, cuando se presenta el evangelio, los seres humanos están en condiciones de responder positivamente a sus nuevas de salvación o rechazarlas.

Wesley enseñó que tanto la justificación como la santificación son esenciales al tratar con el pecado. La justificación es la declaración forense de Cristo de que somos justos; la santificación es la restauración de la voluntad humana de manera que pueda cooperar libremente con Dios. Después de aceptar la salvación que Cristo ofrece, los seres humanos pueden proceder a la perfección cristiana, la cual, para Wesley, era el corazón del evangelio. Por perfección entendía un estado en el cual el amor a Dios y al prójimo gobierna nuestro temperamento, palabras y acciones. La presencia innata e inevitable de imperfecciones corporales, que todos los seres humanos heredamos de un Adán caído, hace imposible lograr la perfección sin pecado del cuerpo hasta que ocurra la transformación final y completa en la resurrección.

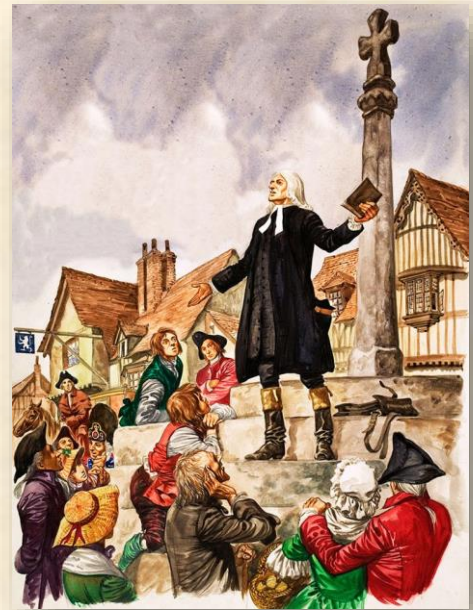
Wesley distinguió entre pecados propios e impropios. Un pecado propio es aquel que se conoce y es voluntario, mientras que un pecado impropio consiste en errores, ignorancia y deficiencias en el habla o la conducta.

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 299**

La adhesión y obediencia a la Ley deberían caracterizar la vida del cristiano donde Cristo mora. No es posible que el pecado continúe reinando en nuestros cuerpos mientras suponemos que estamos siendo transformados por el Espíritu de Dios. Aunque todos hemos sido elegidos para salvación, nuestra elección de seguir a Dios es la que permite que seamos transformados.

Muchos son inducidos a pensar que se hallan en el camino al cielo porque profesan creer en Cristo, mientras rechazan la ley de Dios. Pero al final descubrirán que estaban en el camino que conduce a la perdición y no al cielo. El veneno espiritual es disimulado por medio de la doctrina de la santificación, y suministrado a la gente. Millares lo tragan anhelosamente, sintiendo que si tan sólo son honestos en su creencia han de estar a salvo. Pero la sinceridad no convertirá el error en verdad. Un hombre puede tragar veneno pensando que es alimento; pero su sinceridad no lo salvará de los efectos de la dosis.

Dios nos ha dado su Palabra para que sea nuestra guía. Cristo dijo: “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí”. **Juan 5: 39**. El oró por sus discípulos: “Santificalos en tu verdad; tu palabra es





verdad". **Juan 17: 17**. Pablo dice: "Yo ciertamente había creído mi deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret". **Hechos 26: 9**. Pero esta creencia no hizo que ese proceder fuera correcto. Cuando Pablo recibió el Evangelio de Jesucristo, ese Evangelio lo convirtió en una nueva criatura. Fue transformado; la verdad plantada en su alma le dio tal fe y coraje como seguidor de Cristo que ninguna oposición pudo moverlo, ningún sufrimiento acobardarlo.

Los hombres pueden elaborar cualquier excusa que les plazca para rechazar la ley de Dios; pero ninguna excusa será aceptada en el día del juicio. Los que contienden con Dios y endurecen sus almas culpables en la transgresión, muy pronto deberán enfrentar al Gran Legislador en relación con su ley quebrantada.

El día de la venganza de Dios vendrá -el día del furor de su ira. ¿Quién soportará el día de su venida? Los hombres han endurecido sus corazones contra el Espíritu de Dios, pero las flechas de su ira penetrarán donde los dardos de la convicción no pudieron. Antes de mucho Dios se levantará para ocuparse del pecador. El falso pastor, ¿protegerá al transgresor en ese día? ¿Hallará excusa el que se unió a la multitud en la senda de desobediencia? La popularidad o los números, ¿harán inocente a alguien? Estas son las preguntas que los negligentes e indiferentes deberían considerar y resolver.

**Ellen G. White, Fe y Obras, 32, 33**

La santificación constituye la única evidencia cierta de la elección de Dios. Los nombres y el número de los elegidos es un secreto que Dios en su sabiduría no ha revelado al hombre. No nos ha sido dado en este mundo el hojear el libro de la vida para ver si nuestros nombres se encuentran en él. Pero hay una cosa plenamente clara en lo que a la elección concierne: los elegidos se conocen y se distinguen por sus vidas santas. Expresamente se nos dice en la Escritura que son "elegidos en santificación del Espíritu". "Elegidos para salvación por la santificación del Espíritu". "Predestinados para ser hechos conformes a la imagen de Cristo". "Escogidos antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos". De ahí que cuando Pablo vio "la obra de fe" y el "trabajo de amor" y "la esperanza" paciente de los creyentes de Tesalónica, podía concluir: "Sabido hermanos amados de Dios, vuestra elección". (**1 Pedro 1: 2; 2 Tesalonicenses 2: 13; Romanos 8: 29; Efesios 1: 4; 1 Tesalonicenses 1: 34**)

Si alguien se gloria de ser uno de los elegidos de Dios y, habitualmente y a sabiendas, vive en pecado, en realidad se engaña a sí mismo, y su actitud viene a ser una perversa injuria a Dios. Naturalmente, es difícil conocer lo que una persona es en realidad, pues muchos de los que muestran apariencia de religiosidad, en el fondo no son más que empedernidos hipócritas. De todos modos, podemos estar ciertos de que, si no hay evidencias de santificación, no hay elección para salvación...

**Juan Carlos Ryle, El Secreto de la Vida Cristiana, 82, 83**

No es mediante nuestras escasas fuerzas como podemos resistir a la tentación, ni escapar de la trampa del pecado, ni estas son capaces de moldear caracteres celestiales en nosotros. Requerimos de un poder que sí pueda lograrlo, un poder que sí está a nuestra disposición. Nadie necesita fracasar en esta lucha cuando dispone de toda la fuerza de Dios para enfrentar a la tentación. Necesitamos ese poder para enfrentar nuestra naturaleza caída, que arrastra los efectos de 6.000 años de pecado, para vencer nuestros hábitos enraizados, no solamente en nosotros, sino en la sociedad que nos rodea y que presiona para que resulten aceptables a la mente en general. Nuestros caracteres deben glorificar a Dios delante del mundo que nos rodea. Si vivimos como los demás, con seguridad no glorificaremos a Dios como Él lo espera.



Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén.

**Judas 1: 24, 25**

Al describir a sus discípulos la obra y el cargo del Espíritu Santo, Jesús trató de inspirarles el gozo y la esperanza que alentaba su propio corazón. Se regocijaba por la ayuda abundante que había provisto para su iglesia. El Espíritu Santo era el más elevado de todos los dones que podía solicitar de su Padre para la exaltación de su pueblo. El Espíritu iba a ser dado como agente regenerador, y sin esto el sacrificio de Cristo habría sido inútil. El poder del mal se había estado fortaleciendo durante siglos, y la sumisión de los hombres a este cautiverio satánico era asombrosa. El pecado podía ser resistido y vencido únicamente por la poderosa intervención de la tercera persona de la Divinidad, que iba a venir no con energía modificada, sino en la plenitud del poder



divino. El Espíritu es el que hace eficaz lo que ha sido realizado por el Redentor del mundo. Por el Espíritu es purificado el corazón. Por el Espíritu llega a ser el creyente partícipe de la naturaleza divina. Cristo ha dado su Espíritu como poder divino para vencer todas las tendencias hacia el mal, hereditarias y cultivadas, y para grabar su propio carácter en su iglesia.

Acerca del Espíritu dijo Jesús: "El me glorificará". El Salvador vino para glorificar al Padre demostrando su amor; así el Espíritu iba a glorificar a Cristo revelando su gracia al mundo. La misma imagen de Dios se ha de reproducir en la humanidad. El honor de Dios, el honor de Cristo, están comprometidos en la perfección del carácter de su pueblo.

"Cuando él [el Espíritu de verdad] viniere redarguirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio". La predicación de la palabra sería inútil sin la continua presencia y ayuda del Espíritu Santo. Este es el único maestro eficaz de la verdad divina. Únicamente cuando la verdad vaya al corazón acompañada por el Espíritu vivificará la conciencia o transformará la vida. Uno podría presentar la letra de la Palabra de Dios, estar familiarizado con todos sus mandamientos y promesas; pero a menos que el Espíritu Santo grabe la verdad, ninguna alma caerá sobre la Roca y será quebrantada. Ningún grado de educación ni ventaja alguna, por grande que sea, puede hacer de uno un conducto de luz sin la cooperación del Espíritu de Dios. La siembra de la semilla del Evangelio no tendrá éxito a menos que esa semilla sea vivificada por el rocío del cielo. Antes que un solo libro del Nuevo Testamento fuese escrito, antes que se hubiese predicado un sermón evangélico después de la ascensión de Cristo, el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles que oraban. Entonces el testimonio de sus enemigos fué: "Habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina".

Cristo prometió el don del Espíritu Santo a su iglesia, y la promesa nos pertenece a nosotros tanto como a los primeros discípulos. Pero como toda otra promesa, nos es dada bajo condiciones. Hay muchos que creen y profesan aferrarse a la promesa del Señor; hablan acerca de Cristo y acerca del Espíritu Santo, y sin embargo no reciben beneficio alguno. No entregan su alma para que sea guiada y regida por los agentes divinos. No podemos emplear al Espíritu Santo. El Espíritu ha de emplearnos a nosotros. Por el Espíritu obra Dios en su pueblo "así el querer como el hacer, por su buena voluntad". Pero muchos no quieren someterse a eso. Quieren manejarse a sí mismos. Esta es la razón por la cual no reciben el don celestial. Únicamente a aquellos que esperan humildemente en Dios, que velan para tener su dirección y gracia, se da el Espíritu. El poder de Dios aguarda que ellos lo pidan y lo reciban. Esta bendición prometida, reclamada por la fe, trae todas las demás bendiciones en su estela. Se da según las riquezas de la gracia de Cristo, y él está listo para proporcionarla a toda alma según su capacidad para recibirla.

**Ellen G. White, El Deseado de Todas las Gentes, 625, 626**

La santificación es algo que siempre se deja ver. "Cada árbol por su fruto es conocido" (**Lucas 6: 44**). Tan genuina puede ser la humildad del creyente verdaderamente santificado que puede en sí mismo no ver más que enfermedad y defectos; y al igual que Moisés, cuando descendió del monte, puede no darse cuenta de que su rostro resplandece. Como los justos en el día del juicio final, el creyente verdaderamente santificado creerá que no hay nada en él que merezca las alabanzas de su Maestro. "¿Cuándo te vimos hambriento y te sustentamos?" (**Mateo 25: 37**). Se lo vea, o no se lo vea, lo cierto es que los otros siempre verán en él un tono, un gusto, un carácter y un hábito de vida, completamente distintos a los de los demás hombres. El mero suponer que una persona pueda ser "santa" sin una vida y obras que lo acrediten sería un absurdo, un disparate. Una luz puede ser muy débil, pero, aunque sólo sea una chispita, en una habitación oscura se verá. La vida de una persona puede ser muy exigua, pero aun así se percibirá el débil latir del pulso. Lo mismo sucede con una persona santificada: su santificación será algo que se verá y se hará sentir, aunque a veces la misma no puede percatarse de ello. Un "santo" en el que sólo puede verse mundanalidad y pecado, es una especie de monstruo que no se conoce en la Biblia.

**Juan Carlos Ryle, El Secreto de la Vida Cristiana, 83**

Se necesita una conexión vital con Cristo para sostener al hombre en la carrera por la santificación. La separación de Cristo se muestra en las personas que a pesar de hacer profesión de fe no se dan tiempo para relacionarse con su Salvador mediante el estudio de la Palabra de Dios, la oración y la testificación. En realidad, le dedicamos tiempo a las cosas que amamos, si amamos a Dios ocuparemos nuestro tiempo en las cosas que agradan a Dios, pero lo contrario también ocurrirá. La gente común dedica mucho tiempo a sí mismos, a su propia satisfacción, lo que evidencia a quién aman.

Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.

**Juan 15: 5**

La santificación es resultado de una unión vital con Cristo. Esta unión se establece a través de la fe. "El que está en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto". (**Juan 15: 5**) El pámpano que no lleva fruto, no es una rama viva de la vid. Ante los ojos de Dios, una unión con Cristo meramente formal y sin fruto, no tiene valor alguno. La fe que no tiene una influencia santificadora en el carácter



del creyente, no es mejor que la fe de los diablos; es una fe muerta, no es el don de Dios, no es la fe de los elegidos. Donde no hay una vida santificada, no hay una fe real en Cristo. La verdadera fe obra por el amor, y es movida por un profundo sentimiento de gratitud por la redención. La verdadera fe constriñe al creyente a vivir para su Señor y le hace sentir que todo lo que pueda hacer por Aquel que murió por sus pecados no es suficiente. Al que mucho le ha sido perdonado, mucho ama. El que ha sido limpiado con Su sangre, anda en luz. Cualquiera que tiene una esperanza viva y real en Cristo se purifica, como Él también es limpio (**Santiago 2: 17-20; Tito 1: 1; Gálatas 5: 6; 1 Juan 1: 7; 3: 3**).

**Juan Carlos Ryle, El Secreto de la Vida Cristiana, 81**

Mientras vivimos hay tiempo para decidirse a ser justificado y santificado por la obra del Espíritu Santo en el corazón. Ahí se acaban todas nuestras oportunidades. También pueden agotarse estas oportunidades cuando llegue el fin del tiempo de gracia, inmediatamente antes de la segunda venida de Cristo y sea pronunciada la terrible sentencia que aparece en el libro de Apocalipsis, cuando culmina el juicio investigador.

En ese momento desearemos que el proceso de santificación esté en plena vigencia en nuestra vida y que el Señor pueda considerarnos entre aquellos que hayan llegado a ser **“participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia”** y podamos estar, por la gracia de Dios, entre los redimidos que puedan vivir eternamente en la presencia del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

**El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía.**

**Apocalipsis 22: 11**

La santificación del cristiano es un constante movimiento hacia adelante. La voluntad de Dios no puede reducirse a ningún logro fijo en la conducta (**Filipenses 1: 27; cf. Efesios 4: 1**). La razón de esto es que Cristo es la norma de la existencia cristiana (**Filipenses 1: 21**) y lo que los creyentes han aprendido de él determina su conducta (**Efesios 4: 20**). Cristo enseña la verdad que deben seguir, y como Señor ilustra en su propia existencia los principios de amor, humildad y servicio que los creyentes deben emular (**Filipenses 2: 1-8**). El ejemplo de Cristo en el sufrimiento también debe imitarse; los creyentes han de seguir **“sus pisadas” (1 Pedro 2: 21-23)**.

Considerar a Cristo de esta manera es ver que no hay un final en la trayectoria de la santificación. Hay logros, pero no finalidad; siempre debe haber un avance futuro. Y se podrá estar viviendo para agradar a Dios, ejemplificando el amor mismo, pero se deberá hacerlo más y más (**1 Tesalonicenses 4: 2, 9, 10, 12**). Según se expresa en **2 Pedro 1: 5-7**, el pueblo de Dios deberá agregar a la fe, virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. La razón fundamental por la cual estos textos hablan de agregar más y más es la naturaleza y el desafío inagotables del amor de Dios, y no el poder del pecado que vuelve impotentes a los creyentes para efectuar el bien.

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 338**

**Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años.**

**Apocalipsis 20: 6**

Necesitamos ser refinados, limpiados de toda mundanalidad, hasta que reflejemos la imagen de nuestro Salvador y lleguemos a ser **“participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia”**. **2 Pedro 1: 4**. Entonces nos deleitaremos en hacer la voluntad de Dios, y Cristo podrá presentarnos ante el Padre y ante los santos ángeles como aquellos que permanecen en él, y no se avergonzará de llamarnos sus hermanos.

Pero no nos jactemos de nuestra santidad. Al tener una visión más clara del immaculado carácter de Cristo y de su infinita pureza, nos sentiremos como Daniel cuando contempló la gloria del Señor, y dijo: **“Mi fuerza se cambió en desfallecimiento”**. **Daniel 10: 8**.

No podremos decir: **“Yo soy impecable”**, hasta que este cuerpo vil sea transformado a la semejanza de su cuerpo glorioso. Pero si constantemente tratamos de seguir a Jesús, tenemos la bendita esperanza de estar en pie delante del trono de Dios, sin mancha ni arruga ni cosa semejante; completos en Cristo, vestidos con el manto de su justicia y perfección.

Cuando vengán los tiempos del refrigerio de la presencia del Señor, los pecados del hombre arrepentido, que ha recibido la gracia de Cristo y ha vencido por la sangre del Cordero, serán quitados de los registros celestiales y colocados sobre Satanás, el macho cabrío, originador del



pecado, y no serán recordados nunca más contra él... Cuando termine el conflicto de la vida, cuando la armadura sea colocada a los pies de Jesús, cuando los santos de Dios sean glorificados, entonces, y sólo entonces, será seguro afirmar que somos salvos y sin pecado.

**Ellen G. White, Mensajes Selectos, Tomo III, 405, 406**

## 7. Material complementario

### 7.1. Justicia imputada e impartida

Aunque hemos tratado, con cierta amplitud, la relación entre la justificación y la santificación a lo largo de este estudio, me gustaría extenderme en los conceptos teológicos llamados justicia imputada y justicia impartida. Aunque en realidad diferenciarlos es un intento metodológico, pues en ambos casos provienen directamente de Dios, es decir son recibidas por gracia; sin embargo, es útil comprender cómo operan en cada caso en el plan de salvación.

En otra magnífica condensación del problema, la sierva de Dios dice:

“La justicia por la cual somos justificados es imputada; la justicia por la cual somos santificados es impartida. La primera es nuestro derecho al cielo; la segunda nuestra idoneidad para el cielo” (**Ellen G. White, Mensajes para los Jóvenes, 32**).

En este párrafo tan iluminador, se nos plantean dos momentos distintos del proceso de nuestra salvación, dos aspectos diversos del plan de redención, que son en cierta forma sucesivos, pero a la vez simultáneos; dos diferentes fases de la misma justicia de Cristo, la única que satisface a Dios y nos hace santos.

Analicemos en forma esquemática estas dos fases:

#### a. La Justicia de Cristo por la cual somos justificados

1. Nos es imputada, es decir, acreditada, adjudicada gratuitamente, sin merecerla.
2. Es nuestro derecho al cielo. Es el único mérito que podemos invocar.
3. Nos justifica, es decir, nos convierte en justos a la vista de Dios.
4. La recibimos exclusivamente por la fe, y en forma gratuita e inmerecida. **Efesios 2: 8, 9**: “Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don [regalo] de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”. **Romanos 3: 24**: “Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús”. **Romanos 5: 1**: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”.
5. La fe implica el arrepentimiento, la confesión y la aceptación de Cristo como Salvador. Esto significa que nosotros vamos a Dios. Nos salvamos en base al plan de que, si pedimos, recibimos aquello que solicitamos.

#### b. La Justicia de Cristo por la cual somos santificados

1. Nos es impartida, en un proceso paulatino e interno de crecimiento cristiano.
2. Es nuestra idoneidad, o preparación para el cielo.
3. Nos santifica, o sea nos convierte en santos, transformando nuestro carácter.
4. También la recibimos por medio de la fe.

Las vestiduras blancas que el Testigo fiel nos aconseja comprar de él no sólo representan la justificación, o sea la justicia imputada de Cristo, por medio de la cual la desnudez moral se cubre y el pecado queda perdonado. Representan también la etapa siguiente y complementaria, la santificación, o sea la justicia impartida. Esta abarca la victoria sobre el pecado, la transformación paulatina del carácter, el crecimiento cristiano, el triunfo sobre las debilidades e imperfecciones.

En tanto que la justificación es un fenómeno instantáneo —pues Dios nos perdona y nos limpia en el momento mismo en que, arrepentidos, confesamos el pecado y pedimos el perdón (**1 Juan 1: 7-9**), la santificación es un proceso que dura toda la vida.

Lo cierto es que la santificación y la victoria sobre el pecado son un complemento indispensable de la justificación o el perdón de Dios. Tan ilógico sería conformarse con el primer paso sin el segundo, como permanecer en la antesala de espera en el caso de una audiencia, cuando ha llegado la hora y se nos invita a pasar para ver al funcionario a quien estamos esperando.

La paz que otorga el perdón y la reconciliación con Dios resulta muy breve si no va acompañada de un proceso de cambio en la vida que nos haga odiar el pecado y nos permita





abandonarlo, extendiéndonos siempre a mayores alturas. **“Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento” (Mateo 3: 8).**

**Fernando Chaij, Preparación para la crisis final, 28, 29**

Aunque esta cita bastaría para dejar en claro ambos conceptos permítame expandirme un poco más sobre ellos, pues los considero muy importantes para entender el plan de salvación y también la obra del Espíritu Santo. La justificación fue necesaria y suficiente para el ladrón converso en la cruz. No tuvo tiempo de vivir su conversión pues es muy probable que muriese pocas horas después de ella, tal vez arrojado aún con vida en el cementerio de los malhechores. Para los que hemos vivido algo más después de encontrarnos con nuestro Salvador se espera que desarrollemos en nuestra vida el carácter del Señor. Esa es la obra de la justicia impartida.

La justificación es nuestro derecho al cielo. El ladrón en la cruz, sin haber tenido ocasión de vivir un tiempo apreciable después del perdón del pecado, fue salvo. La aplicación de la justicia imputada de Cristo nos presenta perfectos y completos a la vista del cielo. Dios, mirando desde las alturas, no ve ya nuestros andrajos espirituales, no ve la vergüenza de nuestra desnudez, sino el precioso manto perfecto con el cual Cristo nos rodeó. No ve la historia de pecado del hombre arrepentido y contrito, sino la perfección absoluta de la vida de Cristo, que vivió y murió por él.

Pero el derecho al cielo no basta. Necesitamos la idoneidad para vivir allí. Necesitamos la preparación. Si ganáramos algún concurso en virtud del cual una compañía de aviación nos otorgara el pasaje gratuito para viajar a algún país extremadamente frío, tendríamos todavía necesidad de proveernos de la ropa necesaria para poder vivir allí el tiempo que permanezcamos. Por lo tanto, el Señor espera de nosotros que preparemos nuestro carácter para el cielo, que nos ejercitemos en la obediencia de su voluntad y sus preceptos, que andemos en la luz que él hace brillar en nuestro camino, que avancemos cada día un paso más hacia la perfección. Y así podremos ser siempre perfectos con relación a nuestra edad en Cristo, cumpliendo el mandato de Jesús: **“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5: 48).**



**Fernando Chaij, Preparación para la crisis final, 29, 30**

Como ya hemos señalado, así como la justificación es por la fe, también la santificación lo es. Por lo tanto, ambas justicias dependen de la fe. Por la fe creemos que si marchamos en el camino de la salvación y la muerte nos alcanza en él, sabemos que Dios nos imputará por su misericordia hacia nosotros la justicia que nos falte, para cubrir la brecha y alcanzar la perfección absoluta. Evidentemente esto será posible sólo si estamos en lucha contra el pecado, si mantenemos firme nuestra decisión de servir al Señor y de vivir conforme a sus mandamientos y sus leyes. Podemos fallar, pero sabemos, también por la fe, que su misericordia nos alcanzará.

Para lograr esos resultados, también debemos depender por completo de Cristo. La base de la justicia impartida es igualmente la fe. Pero la fe es un principio activo que nos induce a renunciar al yo y a entregarnos enteramente al Señor para que él viva en nosotros.

La distancia entre la perfección relativa a nuestra edad -que hayamos logrado por la gracia de Dios-, y la perfección absoluta que es el blanco final, la suple el Señor Jesús en todo momento con su justicia imputada. Porque él no sólo nos imputa o atribuye los méritos de su sangre -la que nos libra de la muerte- sino que también nos atribuye los méritos de su vida perfecta.

Por otro lado, Cristo no sólo cumplió la ley en la cruz -pagando la penalidad exigida por ésta de nosotros-, sino que también cumple la ley viviendo en nosotros y dándonos la victoria.

La santificación es la obra de Dios en nuestra vida. A la mujer adúltera, después de perdonarla, Cristo le dijo: **“Vete, y no peques más” (Juan 8: 11).** El apóstol Pedro se hace eco del plan de Dios para el hombre cuando dice: **“Como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros**



santos en toda vuestra manera de vivir” (1 Pedro 1: 15). Y el apóstol Juan declara: “Estas cosas os escribo para que no pequéis” (1 Juan 2: 1). Y más tarde explica: “Todo aquel que es nacido de Dios no practica el pecado” de manera habitual, voluntaria (1 Juan 3: 9).

Claro está que a lo largo de nuestra penosa marcha ascendente por el sendero de la santificación se producen accidentes, caídas, pecados. Las viejas debilidades quieren volver a aparecer una y otra vez. Por eso la Palabra nos consuela con la hermosa seguridad del perdón de Dios logrado por medio de Cristo. Aunque Juan dice: “Estas cosas os escribo para que no pequéis”, completa esa frase con la gran promesa divina: “si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2: 1). Y “la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (versículo 7).

“Cuando está en el corazón el obedecer a Dios, cuando se realizan esfuerzos con ese propósito, Jesús acepta esta disposición y este esfuerzo como el mejor servicio del hombre, y suple la deficiencia con su propio mérito divino” (Ellen G. White, Mensajes Selectos, Tomo 1, 382).

Así se amalgaman en forma armoniosa y se integran, completándose mutuamente, la justicia imputada con la impartida. Son, en esencia, una misma cosa bajo dos aspectos.

“El ideal que Dios tiene para sus hijos supera en altura al más elevado pensamiento humano. El blanco a alcanzarse es la piedad, la semejanza a Dios. Ante el estudiante se abre un camino de progreso continuo. Tiene que alcanzar un objeto, lograr una norma que incluye todo lo bueno, puro y noble” (Ellen G. White, Mensajes para los Jóvenes, 37).

Las vestiduras blancas del Apocalipsis son también mencionadas por Jesús en la parábola de la fiesta de bodas (Mateo 22: 11-13). Había un vestido especial provisto para la fiesta. El que rehusó ponérselo fue expulsado. Ninguno podrá participar en la cena de bodas del Cordero si no se despoja de su propio carácter mancillado y obtiene el carácter perfecto de Cristo.

“El vestido de bodas de la parábola representa el carácter puro y sin manilla que poseerán los verdaderos seguidores de Cristo... Es la justicia de Cristo, su propio carácter sin mancha, que por la fe se imparte a todos los que lo reciben como Salvador personal” (Ellen G. White, Palabras de Vida del Gran Maestro, 294).

Fernando Chaj, Preparación para la crisis final, 30, 31

La parábola del vestido de bodas ejemplifica la obra de juicio que Dios está realizando ahora, en estos últimos tiempos de la historia de la tierra. El hombre que es encontrado entre los invitados sin vestido de boda representa a quienes conociendo a Dios y habiendo aceptado la invitación de unirse a Él no han aceptado en realidad la justicia de Cristo. A este hombre, que se entiende se le había ofrecido el vestido de bodas, rehusó ponérselo pues pensaba que su vestimenta era adecuada. Muchas personas serán dejadas fuera porque piensan que su justicia (en lugar de la de Cristo) es suficiente y no necesitan un cambio en su vida. Necesitamos un vestido de justicia que no proviene de telares humanos, que su hechura es divina y que, a pesar de esto, nos es entregado gratuitamente.

Analizamos la parábola del vestido, y vimos como ataron a un hombre y lo echaron a las tinieblas de afuera porque no estaba ataviado con el traje de bodas. Pero no llegamos a analizar el significado de la vestimenta. Francamente, el significado de la vestimenta no aparece en ningún lugar de la parábola. Tenemos que preguntarnos qué interpretación le dio la audiencia a la parábola.

Con el fin de entender la metáfora bíblica, es necesario que hagamos un rastreo de la Palabra de Dios. ¿Cuál es el contexto histórico de la parábola? Comencemos con Isaías: “En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios, porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia, como a novio me atavió y como a novia adornada con sus joyas” (Isaías 61: 10).

Las vestiduras en este pasaje obviamente tienen que ver con la justicia. Una cosa es clara: Dios es quien nos viste. Nos atavía con vestiduras de salvación. Cualquier tipo de justicia es un don divino, algo parecido a la parábola de la fiesta de bodas donde se provee la vestidura.

Sin embargo, incluso este pasaje habla del novio y la novia que se atavían y adornan; en contraste, Dios es quien nos viste. Otro texto que utiliza la misma metáfora relacionada con ataviarse se encuentra en Job 29: 14-16: “Iba yo vestido de justicia, cubierto con ella; como manto y diadema era mi rectitud. Yo era ojos para el ciego, pies para el cojo y padre para los necesitados. De la causa que no entendía, me informaba con diligencia”.

¿De qué se vestía Job? Se vestía de rectitud, de buenas obras: “Yo era ojos para el ciego, pies para el cojo”. No hay nada oculto o misterioso al respecto. Es el mismo vestido mencionado en Apocalipsis 19: 8: “Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente”.



Encontramos que esta metáfora se utiliza de manera coherente en toda la Biblia. El manto siempre está relacionado con un recto comportamiento. En ningún momento se refiere a justicia imputada, teológica o condicional.

Incluso la conducta del malvado se describe en relación con el vestido. El **Salmo 73: 6** habla de los impíos quienes “se cubren con vestido de violencia”. El **Salmo 109: 18, 19**, habla del hombre impío que “se vistió de maldición como de su vestido; entró como agua en su interior y como aceite en sus huesos. Séale como vestido con que se cubra y en lugar de cinto con que se ciña siempre”. Claramente el vestido representa el comportamiento, ya sea bueno o malo.

Otros textos de Isaías también utilizan la misma metáfora: “Pues de justicia se vistió como de una coraza, con yelmo de salvación en su cabeza; tomó ropas de venganza por vestidura y se cubrió de celo como con un manto”. **Isaías 61: 3** habla de un “manto de alegría en lugar del espíritu angustiado”. La alabanza es algo que los seres humanos practicamos. Asimismo, la venganza.

El texto de **Isaías 64: 6** es por lo común mal entendido, sugiriendo que la justicia humana en el mejor de los casos, no es mejor que “trapos de inmundicia”. Pero Isaías de ningún modo está describiendo un comportamiento ejemplar. Él afirma que su pueblo se ha desviado, que su comportamiento se ha corrompido. Él describe a personas que nunca oran. Leamos de nuevo el versículo en su contexto: “Pues todos nosotros somos como cosa impura, todas nuestras justicias como trapo de inmundicia. Todos nosotros caímos como las hojas y nuestras maldades nos llevaron como el viento. ¡Nadie hay que invoque tu nombre, que se despierte para apoyarse en ti! Por eso escondiste de nosotros tu rostro y nos dejaste marchitar en poder de nuestras maldades” (**Isaías 64: 6, 7**).

“Trapos de inmundicia”, es una descripción de la apostasía. Sus “vestiduras” se han contaminado. Una vez más, la metáfora de la vestimenta se refiere al carácter.

¿Es este manto de justicia un don divino, o no? ¿Nos lo coloca él, o nos lo ponemos nosotros? La Biblia utiliza ambas metáforas. Incluso cuando se nos entrega un juego de vestidos nuevos, nos toca realizar el esfuerzo para ponérmolos.

**Tim Crosby, Vestiduras de gracia, 34-36**

Hemos leído también que las vestiduras humanas se comparan con “trapos de inmundicia” lo que implica que son inadecuadas para cubrir la desnudez del pecado. Este no es un vestido de hechura divina sino humana. Es este vestido el que debe ser reemplazado por el de la justicia de Cristo. No cubierto (usted no se pondría un vestido nuevo sobre harapos malolientes) como a veces se dice (o aparece en la bien intencionada imagen aquí presentada), sino reemplazado. No hay nada en él que sea valioso y que por lo tanto debe ser conservado.



Necesitamos como dice Apocalipsis cubrir nuestra desnudez. Cuando Adán y Eva pecaron descubrieron su desnudez, pues perdieron la capa de luz que les cubría. Intentaron reemplazarla con un vestido de hojas de higuera (hechura humana) pero Dios realizó en su presencia el primer sacrificio de un cordero (que prefiguraba el de Cristo) y les vistió con las pieles (hechura divina) para cubrir la desnudez de su pecado.

Observemos el símbolo de la vestimenta utilizado en Zacarías. Allí vemos a Josué, quien como sumo sacerdote representa a todo Israel, vestido con ropas viles ennegrecidas por el fuego. Pero Dios tiene en mente una maravillosa transformación: un nuevo atuendo. Si Dios pudo crear los mundos, podrá crear de nuevo a cualquiera de sus hijos. “Josué que estaba cubierto de vestiduras viles, permanecía en pie delante del ángel. Habló el ángel y ordenó a los que estaban delante de él: Quitadle esas vestiduras viles. Y a él dijo: Mira que he quitado de ti tu pecado y te he hecho vestir de ropas de gala” (**Zacarías 3: 3, 4**). Comparemos este texto con el de **Salmo 132: 9, 16** que habla de sacerdotes vestidos de justicia y salvación.

Notemos que las ropas nuevas de **Zacarías 3** no se colocan sobre las viejas. Los harapos viejos son descartados. La idea de que nuestros sucios harapos son cubiertos por la justicia de Cristo puede tener cierto valor homilético, aunque no es una metáfora bíblica. En ningún lugar de la Biblia



se habla de que una ropa limpia se coloque sobre una sucia con el fin de esconderla. **Apocalipsis 3: 18** habla de vestir nuestra desnudez (**Apocalipsis 16: 15**), pero esto es algo que difiere de la idea de llevar dos vestidos: uno sucio y uno limpio. Eso iría en contra del sentido común y de las Escrituras. La vestimenta sucia es descartada en favor de la limpia. En ningún lugar de las Escrituras el manto representa un maquillaje estético para esconder la sucia realidad de más abajo.

**Tim Crosby, Vestiduras de gracia, 37**

Aunque esta vestidura de gracia de la justificación por la fe, que simboliza la justicia imputada de Dios sea colocada sobre el pecador esto no asegura que no se manchará con el pecado en el futuro. No es pues una acción de una sola vez lo que nos permitirá tener vestiduras impolutas delante de Dios sino, una vez más, un proceso continuado que nos permita revestirnos de Cristo cada vez, cada día. Este proceso es el de la santificación, que como vemos reiteradamente complementa (en realidad son mutuamente complementarios) al de la justificación.

El cuadro se hace más diáfano cuando comparamos otros dos pasajes que utilizan la metáfora del vestido: "Pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos" (**Gálatas 3: 27**). "Al contrario, vestíos del Señor Jesucristo y no satisfagáis los deseos de la carne" (**Romanos 13: 14**).

Esta es una paradoja interesante: si ya nos vestimos de Cristo cuando fuimos bautizados, ¿por qué Pablo nos dice que lo hagamos de nuevo? ¿Acaso una vez no es suficiente? ¿No podemos confiar en nuestra salvación? Además, ¿qué significa vestirse de Cristo?

En el contexto anterior el significado es obvio: Pablo habla de vivir en santidad: "La noche está avanzada y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas y vistámonos las armas de la luz. Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y libertinaje, no en contiendas y envidia. Al contrario, vestíos del Señor Jesucristo y no satisfagáis los deseos de la carne" (**Romanos 13: 12-14**).

Vestirnos de Jesús es algo que debemos hacer diariamente. El mensaje de Pablo es: "debemos actuar conforme a lo que somos. Vivamos de acuerdo a nuestra condición". Diariamente hemos de reafirmar lo que somos y mantenerlo. La idea de que una vez salvos, siempre salvos, es falsa. Lo mismo sería decir: "Una vez perdidos, siempre perdidos". No es que salimos y entramos del estado de la salvación con cada pecado que cometemos. Eso sería absurdo. Pero, ¿abandona usted su cachorro en la perrera municipal cada vez que este ensucia su alfombra o su patio? ¿Hace eso con su gato cuando se afila las uñas en los muebles o en las cortinas? Dios entiende que a veces fallamos en nuestra lucha con la naturaleza pecaminosa. Al levantamos, una vez que caemos, nos fortaleceremos.

**Tim Crosby, Vestiduras de gracia, 42**

Como afirma Elena White: "A través de la justicia imputada de Cristo, el pecador puede sentir que es perdonado, y puede saber que la ley ya no le condena, porque está en armonía con todos sus preceptos... Por fe se aferra a la justicia de Cristo y responde con amor y gratitud al gran amor de Dios en dar a su Hijo unigénito, quien murió para traer luz, vida e inmortalidad a través del evangelio. Sabiéndose pecador, transgresor de la ley sagrada de Dios, mira a la perfecta obediencia de Cristo, a su muerte en el Calvario por los pecados del mundo; y obtiene la seguridad de que es justificado por la fe gracias a los méritos y al sacrificio de Cristo. Descubre que la ley fue obedecida en su beneficio por el Hijo de Dios y que la pena por la transgresión no puede caer sobre el pecador creyente. La obediencia activa de Cristo cubre al pecador creyente con la justicia que cumple con las exigencias de la ley". **Ellen G. White, The Youth Instructor, noviembre 29, 1894, 201.**

**Roberto Badenas, En nombre de la Ley, 4, 5**

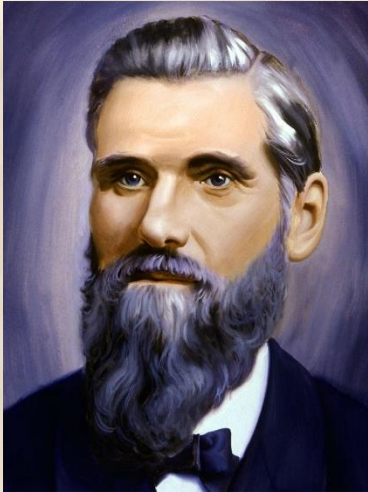
## 7.2. La herejía de la carne santificada

No debe confundirse el proceso de santificación con la suposición de haber alcanzado una condición tal que no exista pugna entre la carne (el viejo hombre, también se aplica a las mujeres, por si acaso...) y el Espíritu Santo. Este error teológico es en cierta forma común en nuestro tiempo, y a inicios del siglo pasado fue una herejía que amenazó la unidad de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Esta herejía arrastró, al menos inicialmente, a un importante grupo de dirigentes y se constituyó, como deseaba el enemigo, en un baldón para la causa de Dios. Esto ocurrió doce años después del controvertido Congreso de la Asociación General de Minneapolis y mientras Ellen G. White estaba aún en Australia.

[Una enseñanza fanática denominada por sus defensores "la doctrina de la carne santificada", comenzó a ser difundida en Indiana en 1900 DC, y sedujo al presidente de la asociación y a varios obreros. Esta teoría pretendía que cuando Cristo pasó por la agonía del Getsemaní obtuvo una carne santificada tal como la que poseía Adán antes de su caída, y sostenía que los que siguen al Salvador también deben adquirir ese mismo estado de impecabilidad física como preparación esencial para la traslación. Los relatos de testigos oculares informan que estos fanáticos provocaban en sus



servicios un grado elevado de excitación utilizando instrumentos musicales tales como órganos, flautas, violines, tamboriles, trompas y hasta un gran bombo. Como buscaban una manifestación de orden físico, gritaban, oraban y cantaban hasta que alguno de la congregación caía postrado e inconsciente. Una o dos personas que recorrían el pasillo de un extremo a otro con ese propósito, arrastraban al que había caído hasta el escenario. De inmediato, como una docena de personas se reunían en torno a él, algunas cantando, otras gritando, y unas cuantas, orando, todas al mismo tiempo. Cuando el individuo volvía en sí, era contado entre los que habían pasado a través de la experiencia del Getsemaní, que habían obtenido carne santificada, y que tenían la fe de la traslación. Después de eso, aseguraban, ya no podría volver a pecar y no moriría. Los pastores S. N. Haskell



[en la imagen de la izquierda] y A. J. Breed, dos de nuestros principales ministros denominacionales, fueron enviados al congreso celebrado en Muncie, Indiana, del 13 al 23 de septiembre de 1900 DC, para combatir estas manifestaciones fanáticas. Estos acontecimientos fueron revelados a la Sra. de White mientras estaba en Australia, en enero de 1900, y ella envió advertencias y reproches contra ellos, según se ve en los dos mensajes que siguen. Los compiladores]

**Ellen G. White, Mensajes Selectos, Tomo II, 35**

El error de origen de este movimiento fue confundir la obra del Espíritu Santo con el alto nivel de emocionalidad que se ve, por ejemplo, en las iglesias pentecostales o carismáticas. Si desea puede revisar mi tratado sobre la posesión demoníaca donde expongo un poco más sobre este tema. La impresión que algunas personas tienen que las emociones están altamente relacionadas (en realidad sólo en una muy pequeña proporción pues la conversión es un proceso fundamentalmente racional) con la obra del Espíritu Santo ha llevado a muchas almas sinceras al error, en especial en estos últimos tiempos cuando el movimiento carismático ha penetrado en casi todas las iglesias cristianas. El movimiento de la carne santa fue un intento más del enemigo de penetrar la Iglesia Adventista del Séptimo Día, intento que felizmente fracasó, no sin afectar a muchas personas.

Sin embargo, en 1899 DC, en el estado de Indiana, casi a la sombra de la sede de la Asociación General en Battle Creek, irrumpió un nuevo movimiento conocido como "carne santa". Al operar en una región caracterizada por una mayor concentración adventista, este movimiento alcanzó mayor penetración que los anteriores, y representó una amenaza a la unidad de la iglesia.

Crecía entonces entre los adventistas la convicción de que en breve vendría el refrigerio prometido -la lluvia tardía. El eco de los mensajes predicados en el Congreso de la Asociación General celebrado en Minneapolis, en 1888 DC, repercutía favorablemente en muchos lugares, produciendo las evidencias de un creciente reavivamiento espiritual. A. F. Ballenger, predicador elocuente con talento y carisma, llevó a millares de adventistas a un clima de excitación mística con la presentación de su tema favorito: "¿Recibisteis el Espíritu Santo?"

En una ocasión, mientras predicaba este mismo sermón, Ballenger se expresó así: "Es demasiado tarde para pecar en pensamiento, palabras y acción; ha llegado el momento cuando debemos recibir el Espíritu Santo en toda su plenitud". Estas palabras repercutieron con gran resonancia en el corazón de S. S. Davis, un obrero del estado de Indiana. Al comienzo de su ministerio, Davis había tenido contacto con algunos cristianos pentecostales. Impresionado por su celo religioso y el entusiasmo carismático, declaró: "Ellos poseen el 'espíritu', pero nosotros tenemos la verdad. Si tuviéramos el 'espíritu' que ellos poseen con la verdad que tenemos, realizaríamos grandes cosas".

En 1898 DC la Asociación de Indiana pidió a Davis que condujese, como predicador itinerante, reuniones de reavivamiento espiritual. Con el apoyo de su presidente, R. S. Donnell, predicó en una gran tienda suscitando dentro de la Asociación un ambiente de inusitada excitación espiritual. Utilizaba innumerables instrumentos musicales -violines, tamboriles, flautas, cornetas y trompetas- a fin de crear las condiciones místicas imprescindibles para la aceptación de sus cuestionables enseñanzas. Instaba a los oyentes a levantar los brazos, a aplaudir y a gritar pidiendo la unción del Espíritu Santo.

Algunos caían postrados en este ambiente cargado de histerismo religioso. Estos eran llevados a la plataforma y rodeados por fieles que cantaban, oraban y saltaban, entre gritos y exclamaciones triunfales. Al retornar de este estado de postración y casi inconsciencia, se les informaba que habían pasado por la experiencia que Jesús vivió en el Getsemaní, en la noche que precedió a la crucifixión. Esta experiencia era la demostración tangible de que habían "nacido" como hijos de Dios. Estaban entonces plenamente purificados de todo el pecado, no poseían ya inclinaciones pecaminosas y la muerte no tendría poder sobre ellos; estaban así preparados para la



traslación. Sin "la experiencia del Getsemaní -sentenciaba Davis, dogmático-, el creyente podrá alcanzar el cielo como hijo 'adoptado' por Dios, pero a través de la vía subterránea" experimentará el poder de la muerte". Aunque destituidos de apoyo escriturístico. esas ideas extravagantes conocidas como "doctrina de la carne santa", fueron ampliamente aceptadas por un gran número de miembros de la Asociación, inclusive el propio presidente.

**Enoch de Oliveira, La Mano de Dios al Timón, 122, 123**

Un error tan grosero fue, sin embargo, aceptado por la Junta Directiva de la Asociación de Indiana, aunque no por los representantes de la Asociación General que estuvieron presentes, entre ellos el pastor Stephen N. Haskell, un prolífico escritor adventista. El reporte de la situación llegó al nivel más alto de la administración de la iglesia y en el congreso de 1901 DC, con Ellen G. White, que ya había retornado de Australia, el movimiento fue condenado y la asociación de Indiana fue reorganizada. Es importante mencionar que este congreso cambió el rumbo de la iglesia que inició un periodo brillante y exitoso.

En el congreso anual de la Asociación, celebrado en 1900 DC, estas enseñanzas fueron aceptadas por todos los miembros de la Junta Directiva, excepto dos o tres obreros. S. N. Haskell y A. J. Breed. que representaban a la Asociación General en aquel encuentro, no ocultaron su profunda preocupación por lo que vieron: reuniones alborotadas por una onda avasalladora de fanatismo, histeria mística y arrebatos emocionales incontrolables.

Siete meses más tarde, en el congreso de la Asociación General celebrado en Battle Creek, la Sra. White reprobó el movimiento diciendo:

"He recibido instrucciones concernientes a las últimas experiencias de los hermanos de Indiana y a las enseñanzas que han dado a las iglesias. El enemigo ha estado obrando a través de estas prácticas y enseñanzas para descarriar a las almas. Es errónea la enseñanza dada concerniente a lo que se llama la "carne santificada". Todos pueden obtener ahora corazones santificados, pero es incorrecto pretender que en esta vida se puede tener carne santificada".

La Sra. White reprobó ese emocionalismo exacerbado que caracterizaba al movimiento de la Asociación de Indiana. "La agitación no favorece el crecimiento de la iglesia", observó la mensajera de Dios. El testimonio claro y directo fue aceptado por los pastores Donnell, Davis y todos cuantos estuvieron identificados con la nueva enseñanza. Por sugerencia de los dirigentes de la iglesia, los líderes de la Asociación de Indiana renunciaron y fueron sustituidos por otros que no se habían mezclado con el fanatismo. Davis, sin embargo, años más tarde fue excluido de la iglesia. Posteriormente se trasladó a otro estado, donde aceptó la ordenación al ministerio que le ofreció la Iglesia Bautista.

**Enoch de Oliveira, La Mano de Dios al Timón, 123, 124**

Como era de esperar Ellen G. White reprobó los estallidos emocionales que eran atribuidos a la obra del Espíritu Santo, pero también condenó el concepto de la carne santa o la imposibilidad de pecar que los promotores de este movimiento atribuían a los miembros que habían pasado por la "la experiencia del Getsemaní". La santificación no nos transforma en personas impecables, seguimos siendo pecadores que necesitamos que la obra del Espíritu de Dios continúe en nosotros.

He recibido instrucciones concernientes a las últimas experiencias de los hermanos de Indiana y a las enseñanzas que han dado a las iglesias. El enemigo ha estado obrando a través de estas prácticas y enseñanzas para descarriar a las almas.

Es errónea la enseñanza dada concerniente a lo que se llama la "carne santificada". Todos pueden obtener ahora corazones santificados, pero es incorrecto pretender que en esta vida se puede tener carne santificada. El apóstol Pablo declara: "Yo sé que, en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien". **Romanos 7: 18**. A los que se han esforzado tanto por alcanzar por la fe la así llamada carne santificada, quiero decirles: no podéis obtenerla. Ninguno de vosotros posee ahora carne santificada. Ningún ser humano en la tierra tiene carne santificada. Es una imposibilidad.

Si los que hablan con tanta facilidad acerca de la perfección en la carne, pudiesen ver las cosas en su verdadera luz, rechazarían horrorizados sus ideas presuntuosas. Al exponer la falsedad de sus suposiciones concernientes a la carne santificada, el Señor procura impedir que los hombres y las mujeres atribuyan a sus palabras una significación que conduce a la contaminación del cuerpo, el alma y el espíritu. Permitid que esta doctrina avance un poco más, y llevará a la pretensión de que sus defensores no pueden pecar; puesto que tienen carne santificada, todas sus acciones son santas. ¡Qué puerta se abriría de este modo a la tentación!

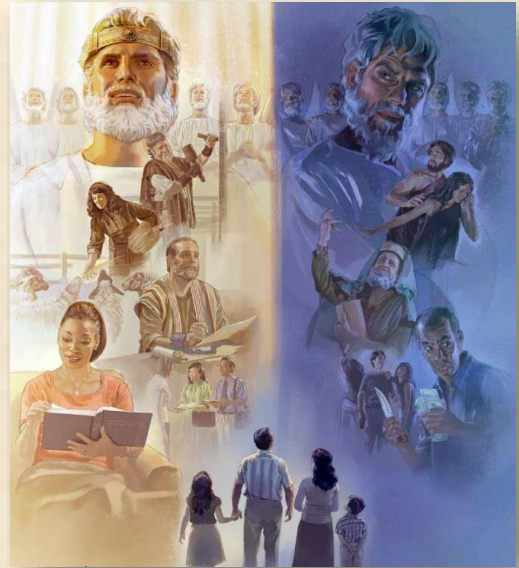
**Ellen G. White, Mensajes Selectos, Tomo II, 35, 36**

El fanatismo siempre ha intentado levantar su deforme cabeza, pues de esta manera el demonio quiere enfrentar a un movimiento que busca la reivindicación de los derechos de Dios sobre este mundo. No fue esta la primera vez que el fanatismo intentó atacar a la Iglesia Adventista del Séptimo Día, ni será



la última. Por favor note la forma en la que Ellen G. White describe las reuniones de estos grupos y compárelas con los movimientos carismáticos e incluso las llamadas Celebration Churches que han aparecido en medio de la Iglesia Adventista del Séptimo Día en estos tiempos, en especial en los Estados Unidos de América. El enemigo intenta confundir los conceptos de la correcta adoración, así como para que no podamos diferenciar el bien del mal.

Han surgido movimientos fanáticos una vez tras otra a lo largo del progreso de nuestra obra, y cuando se me ha presentado este asunto, he tenido que dar un mensaje similar al que estoy dando ahora a mis hermanos de Indiana. El Señor me ha indicado que este movimiento de Indiana es del mismo carácter que han tenido los movimientos en los años pasados. En vuestras reuniones religiosas ha habido contorsiones físicas similares a las que he presenciado en relación con aquellos movimientos del pasado.



En el período del chasco, después del cumplimiento del tiempo en 1844 DC, surgieron diversas formas de fanatismo. Algunos sostenían que ya había ocurrido la resurrección de los muertos. Se me envió a dar un mensaje a aquellos que creían en esto, tal como ahora estoy dando un mensaje a vosotros. Declaraban que habían sido perfeccionados, y que su cuerpo, alma y espíritu eran santos. Realizaban demostraciones similares a las que hacéis vosotros, y confundían sus propias mentes y las mentes de otros con sus suposiciones maravillosas. Sin embargo, esas personas eran nuestros hermanos amados, y anhélábamos ayudarlos. Fui a sus reuniones. Había mucha excitación, con ruidos y confusión. No era posible captar claramente lo que estaba ocurriendo. Algunos parecían estar en visión y caían al suelo. Otros saltaban, danzaban y gritaban. Declaraban que como tenían la carne purificada, estaban listos para la traslación. Repetían esto una vez tras otra. Di mi testimonio en el nombre del Señor, y presenté su reproche contra estas manifestaciones.

Algunos participantes de estos movimientos tomaron conciencia de lo que ocurría, y comprendieron su engaño. Algunos habían sido personas excelentes y honradas, pero pensaban que la carne santificada no podía pecar y así habían caído en la trampa de Satanás. Habían ido tan lejos con sus ideas extremistas, que se habían convertido en un baldón para la preciosa causa de Dios. Se arrepintieron profundamente, y algunos de ellos llegaron a figurar más tarde entre nuestros hombres y mujeres más dignos de confianza. Pero hubo otros que de ahí en adelante anduvieron en aflicción. No nos fue posible hacerles sentir que eran dignos de trabajar para el Maestro, cuya causa preciosa habían deshonrado tanto.

Como resultado de movimientos fanáticos tales como los que he descrito, personas que no tenían ninguna responsabilidad en ellos, han perdido la razón, en algunos casos. No pudieron armonizar las escenas de excitación y tumulto con su preciosa experiencia pasada; fueron presionados desmesuradamente para que aceptaran el mensaje de error; se les hizo creer que a menos que lo hicieran, se perderían; y como resultado de todo esto, su mente se desequilibró, y algunos llegaron a ser dementes. Estas cosas arrojan un baldón sobre la causa de la verdad y estorban la proclamación del mensaje final de misericordia para el mundo.

**Ellen G. White, Mensajes Selectos, Tomo II, 38, 39**

Pero el peligro no está únicamente en las manifestaciones emocionales sino en los conceptos errados sobre la santificación que llevan a la gente a suponer que ya son santos y que cualquier cosa que deseen hacer ya está santificada pues no pueden pecar. Esta es una herejía peligrosa y ha contaminado la mente de muchas personas. La distorsión que ha causado este tipo de pensamiento lleva a la gente a despreciar las obras de la Ley, suponiendo que basta creer (aceptación intelectual) y no vivir en concordancia con la voluntad de Dios.

La santificación, tal cual la entiende ahora el mundo religioso en general, lleva en sí misma un germen de orgullo espiritual y de menosprecio de la ley de Dios que nos la presenta como del todo ajena a la religión de la Biblia. Sus defensores enseñan que la santificación es una obra instantánea, por la cual, mediante la fe solamente, alcanzan perfecta santidad. "Tan sólo creed—dicen—y la bendición es vuestra". Según ellos, no se necesita mayor esfuerzo de parte del que recibe la bendición. Al mismo tiempo niegan la autoridad de la ley de Dios y afirman que están



dispensados de la obligación de guardar los mandamientos. ¿Pero será acaso posible que los hombres sean santos y concuerden con la voluntad y el modo de ser de Dios, sin ponerse en armonía con los principios que expresan su naturaleza y voluntad, y enseñan lo que le agrada?

El deseo de llevar una religión fácil, que no exija luchas, ni desprendimiento, ni ruptura con las locuras del mundo, ha hecho popular la doctrina de la fe, y de la fe sola; pero ¿qué dice la Palabra de Dios? El apóstol Santiago dice: “**Hermanos míos, ¿qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?... ¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? ¿No fue justificado por las obras Abrahán nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe obró con sus obras, y que la fe fue perfecta por las obras?... Veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe**”. **Santiago 2: 14-24**.

El testimonio de la Palabra de Dios se opone a esta doctrina seductora de la fe sin obras. No es fe pretender el favor del cielo sin cumplir las condiciones necesarias para que la gracia sea concedida. Es presunción, pues la fe verdadera se funda en las promesas y disposiciones de las Escrituras.

Nadie se engañe a sí mismo creyendo que pueda volverse santo mientras viole premeditadamente uno de los preceptos divinos. Un pecado cometido deliberadamente acalla la voz atestigüadora del Espíritu y separa al alma de Dios... Aunque San Juan habla mucho del amor en sus epístolas, no vacila en poner de manifiesto el verdadero carácter de esa clase de personas que pretenden ser santificadas y seguir transgrediendo la ley de Dios. “**El que dice: yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, es mentiroso, y no hay verdad en él; mas el que guarda su palabra, verdaderamente en éste se ha perfeccionado el amor de Dios**”. **1 Juan 2: 4, 5 VM**. Esta es la piedra de toque de toda profesión de fe. No podemos reconocer como santo a ningún hombre sin haberlo comparado primero con la sola regla de santidad que Dios ha dado...

Y la aseveración de estar sin pecado constituye de por sí una prueba de que el que tal asevera dista mucho de ser santo. Es porque no tiene un verdadero concepto de lo que es la pureza y santidad infinita de Dios, ni de lo que deben ser los que han de armonizar con su carácter; es porque no tiene verdadero concepto de la pureza y perfección supremas de Jesús ni de la maldad y horror del pecado, por lo que el hombre puede creerse santo. Cuanto más lejos esté de Cristo y más yerre acerca del carácter y los pedidos de Dios, más justo se cree.

**Ellen G. White, Reavivamientos Modernos, 17, 18**

Existe también un gran peligro en desarrollar una religión emocional y pensar que la santificación solamente puede manifestarse con lágrimas y demostraciones físicas. Lo que realmente demuestra la santificación es un cambio en la vida, los frutos del Espíritu Santo y un carácter a la semejanza de Dios.

La santificación no es un vuelo feliz del sentimiento, no es la obra de un instante, sino la obra de toda una vida. Si alguno pretende que el Señor lo ha santificado, y que lo hace santo, la prueba de su pretensión de que posee esa bendición se verá en los frutos de mansedumbre, paciencia, longanimidad, veracidad y amor.

Si la bendición que han recibido los que pretenden estar santificados los induce a depender de alguna emoción particular, y declaran que no hay necesidad de investigar las Escrituras para conocer la voluntad revelada de Dios, entonces la supuesta bendición es una falsificación, porque induce a sus poseedores a darle valor a sus propias emociones y fantasías no santificadas, y a cerrar sus oídos a la voz de Dios en su palabra...

La excitación nerviosa en asuntos de religión no es evidencia de que el Espíritu de Dios está obrando en el corazón. Leemos acerca de contorsiones frenéticas del cuerpo, de chillidos y gritos en la obra de Satanás sobre las mentes y los cuerpos de los hombres; pero la Palabra de Dios no nos presenta ningún ejemplo de manifestaciones semejantes en relación con aquellos sobre los cuales él derrama su Espíritu. Es claro que las fantasías destempladas, las explosiones salvajes, los ejercicios corporales de contorsión constituyen la obra del enemigo.

Sin embargo, muchos piensan que el desorden de la mente, que se intensifica por el poder de Satanás, es una garantía de que Dios está haciendo que estas almas engañadas actúen de una manera tan desordenada. Todo el espíritu y el tono de la Biblia condena a los hombres que actúan sin razón e inteligencia. Cuando el Espíritu de Dios conmueve el corazón, hace que el hijo de Dios actúe de una manera que recomiende la religión al buen juicio de los hombres y mujeres de mente equilibrada.

**Ellen G. White, Reavivamientos Modernos, 54, 55**

Tenemos también un mensaje de prevención de la Sierva del Señor que nos asegura que las escenas de Indiana se repetirán en el tiempo final cuando Satanás volverá a impulsar la adopción de una religión emocional para entrapar a los que esperan al Señor. No tenemos que ser sorprendidos por este





error cuando ocurra (si no está ocurriendo ya) pues hemos sido advertidos por el Señor que no puede errar. Note en las citas siguientes cómo las reuniones supuestamente de adoración terminaron en episodios de sensualidad, cuando no en sexualidad explícita. Piense que esto no ocurrió entre paganos o personas ignorantes, sino entre aquellos que habían hecho profesión de fe.

Las cosas que Ud. ha descrito que están ocurriendo en Indiana, el Señor me ha mostrado que ocurrirán antes del fin del tiempo de gracia. Toda cosa burda se pondrá de manifiesto. Habrá gritos, con tambores, música y danza. Los sentidos de seres racionales estarán tan confundidos que no se podrá tener confianza en ellos para hacer decisiones correctas. Y a esto se llama la obra del Espíritu Santo. El Espíritu Santo nunca se revela en tales métodos, en tal confusión de ruido. Esta es una invención de Satanás para cubrir sus métodos ingeniosos a fin de anular el efecto de la verdad pura, sincera, elevadora y ennoblecedora para este tiempo... Una babilonia de voces afecta los sentidos y pervierte aquello que, si fuera realizado debidamente, podría ser una bendición. Los poderes de las agencias satánicas se mezclan con el alboroto y el ruido, para tener un carnaval, y a esto se lo llama la obra del Espíritu Santo... Los que participan en el supuesto reavivamiento reciben impresiones que los desvían. No pueden hablar de lo que anteriormente conocían con respecto a los principios bíblicos.

De ninguna manera debe animarse esta clase de culto. La misma clase de influencia se manifestó después de haber pasado el tiempo en 1844 DC. Se hizo la misma clase de presentación. Los hombres llegaron a excitarse, y eran agitados por un poder que se creía ser el poder de Dios. Movían y agitaban sus cuerpos una y otra vez, como una rueda de carro, pretendiendo que no podrían hacer esto si no fuera por un poder sobrenatural. Había una creencia de que los muertos eran levantados y habían ascendido al cielo. El Señor me dio un mensaje para este fanatismo; porque los hermosos principios de la verdad bíblica estaban siendo eclipsados.

Hombres y mujeres, que se suponían guiados por el Espíritu Santo, realizaron reuniones en estado de desnudez. Hablaban acerca de la carne santa. Decían que estaban fuera del poder de la tentación, y cantaban y gritaban, y hacían toda clase de manifestaciones ruidosas. Estos hombres y mujeres no eran malos, pero estaban engañados... Satanás estaba amoldando la obra, y la sensualidad era el resultado. La causa de Dios era deshonrada. La verdad, la sagrada verdad, era arrastrada en el polvo por agentes humanos. Las autoridades del país intervinieron, y varios de los dirigentes del grupo fueron encarcelados. Para los que fueron encerrados en la cárcel esta interferencia se llamaba persecución por causa de la verdad, y así la verdad fue vestida con ropas manchadas por la carne... Yo presenté la reprobación del Señor con respecto a esta clase de obra, mostrando que su influencia hacía que la verdad fuera objetable y desagradable para la comunidad... Presenté mi testimonio, declarando que estos movimientos fanáticos, este ruido y este alboroto, eran inspirados por el espíritu de Satanás, que estaba obrando milagros para engañar si fuera posible a los mismos elegidos.

**Ellen G. White, Reavivamientos Modernos, 50-52**

En Nueva Hampshire había quienes estaban empeñados activamente en diseminar ideas falsas concernientes a Dios. Se me dio luz según la cual esos hombres estaban anulando el efecto de la verdad por medio de sus ideas, algunas de las cuales llevaban al amor libre. Se me mostró que esos hombres estaban seduciendo a las almas al presentarles teorías especulativas concernientes a Dios...

Entre otros conceptos, sostenían que los que una vez fueron santificados ya no podían pecar, y presentaban eso como alimento evangélico. Sus teorías falsas con su contenido y su influencia engañosos, estaban haciendo mucho daño tanto a ellos mismos como a otros. Estaban logrando ejercer una influencia espiritualista sobre los que no podían discernir el mal en esas teorías hermosamente estructuradas. Grandes males se han producido ya. La doctrina según la cual todos eran santos condujo a la creencia de que los afectos de los santificados nunca implicaban el peligro de descarriar a nadie. El resultado de esta creencia fue la puesta en práctica de los malos deseos de corazones que, aunque supuestamente santificados, estaban muy lejos de la pureza de pensamiento y acción.

Este es sólo uno de los casos en que se me pidió que reprochara a los que estaban presentando la doctrina de un dios impersonal difundido a través de la naturaleza, y la doctrina de la carne santificada. En el futuro la verdad será falsificada por los preceptos de los hombres. Se presentarán teorías engañosas como si fueran correctas. La falsa ciencia es uno de los instrumentos que Satanás utilizó en los atrios celestiales, y actualmente sigue usándola...

**Ellen G. White, Maranata, el Señor viene, 132**

### **7.3. Perfeccionismo & Perfección**

Algunas personas que escuchan que Dios pide de nosotros la perfección retroceden sorprendidos por algo que parece una exigencia desmedida, dada nuestra condición caída. Aunque hemos comentado



sobre el concepto de perfección en este tratado quisiera explayarme bastante en él, presentado además en contraste el concepto herético llamado perfeccionismo. Hemos comentado que la mejor manera de entender el concepto “perfecto”, en español es el término “maduro”. Mencionamos que un niño puede ser perfecto en su carácter porque habría desarrollado un carácter adecuado a su edad biológica. Podríamos decir también que muestra una madurez adecuada a su edad. Por supuesto, sería inaceptable que dicho nivel de madurez pudiera ser adecuado si lo encontramos en un varón de 25 años. Evidentemente se esperaría que este último hubiera desarrollado un carácter que estuviera en mayor concordancia con los años transcurridos, en especial desde que conociera la Señor.

En el Antiguo Testamento, el concepto de perfección se representa principalmente por medio de las palabras *tâmim* y *shâlêm*, que significan “algo completo, entero o lleno”. En el Nuevo Testamento griego la perfección se conecta con la palabra *téleios*, que significa “completo o maduro”; lo que ha alcanzado la meta (griego: *télos*).

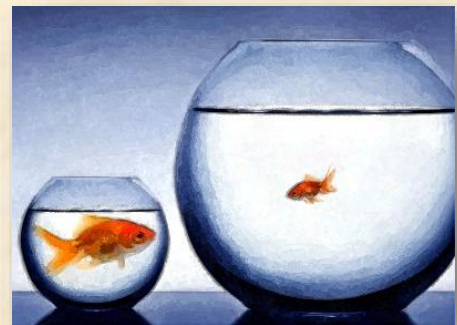
En el Antiguo Testamento se llama perfectos a los seres humanos imperfectos; por ejemplo, Noé (**Génesis 6: 9**), Abraham (**17: 1**) y Job (**Job 1: 1**). Los calificadores de la palabra “perfecto”, cuando se aplican a estos personajes, involucran cualidades como caminar con Dios (**Génesis 6: 9, 17: 1**), temer a Dios y apartarse del mal (**Job 1: 1**). La persona perfecta, según éstos y otros pasajes (**Deuteronomio 18: 13; Salmos 101: 2, 6**, en el cual la palabra “fíel” alterna con los términos perfecto o intachable; y **Proverbios 11: 5**), es la que entrega a Dios su corazón y sus caminos. Es la que demuestra una consagración total a Dios y su voluntad. La referencia al corazón se nota en el hecho de que *shâlêm* se usa a menudo con la palabra “corazón” para indicar una dedicación indivisa a Dios y su ley (**1 Reyes 8: 61**).

En el Nuevo Testamento ser *téleios* (“perfecto”) es prerrogativa de Dios, quien requiere lo mismo de los seres humanos (**Mateo 5: 48**). En **Romanos 12: 2** se dice que la voluntad de Dios es perfecta, y se insta a los seres humanos a conocerla. Sin embargo, en ninguno de los dos testamentos bíblicos se iguala la perfección o la irreprochabilidad con la impecabilidad. Por eso en el Antiguo Testamento se consideran perfectas a personas como Noé y Abraham, aunque tenían debilidades. En el Nuevo Testamento, a pesar de que se requiere que los hijos del reino sean perfectos (**Mateo 5: 48**), ellos deben también orar por el perdón de sus transgresiones (**6: 12, 14, 15**). De este modo la perfección es, a la vez, tanto aspiración como logro.

Sucede lo mismo en **1 Juan**. Allí habla del perfeccionamiento del amor de Dios en el creyente (**2: 5; 4:12, 17, 18**) y luego lo conecta con guardar los mandamientos de Dios y caminar como Cristo caminó (**2: 4, 6**). Sin embargo, Juan declara que los que dicen que no tienen pecado son mentirosos y necesitan del perdón de Dios (**1: 8-10**). Entonces es correcto decir que “el corazón santificado está en armonía con los preceptos de su ley” (**Ellen G. White, Hechos de los Apóstoles, 465**), pero que “nunca pronunciarán los labios santificados tan presuntuosas palabras” como: “No tengo pecado; soy santo” (**ibíd. 463, 464**), para que no sea Dios deshonrado (**ibíd. 463**). La santificación es siempre un movimiento hacia adelante; la perfección siempre está por delante.

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 338, 339**

Puede decirse, por lo tanto, que, aunque la perfección absoluta (digamos que el perfecto equivalente al carácter de Jesús) estará siempre en el futuro, puedo haber alcanzado (o no) un nivel de perfección o de madurez adecuado a mi única situación (digo única en el sentido que no es comparable con otras personas). Pienso que la madurez inclusive no es un asunto de edad, o de tiempo de experiencia cristiana, sino que se relaciona con un conjunto de condiciones (que incluye probablemente las dos anteriores), y que no son siempre controlables. Entiendo que es diferente lo que será demandado a un joven instruido y de condición económica holgada que al de una madre abandonada con 3 niños pequeños y que vive en un pueblo joven y debe recoger agua en un balde para cocinar diariamente. No es lo mismo lo que se esperaría de una persona fuerte y sana de lo que cabría esperar de una persona que conoce al Señor mientras padece una enfermedad terminal. Felizmente no somos nosotros quienes debemos juzgar el nivel de madurez alcanzado, sino Dios, que nunca se equivoca y que puede ser absolutamente justo, cosas que nosotros no podemos. A cada uno de nosotros se nos pide que alcancemos la perfección relativa (madurez) mientras luchamos por alcanzar la absoluta mediante la obra de Espíritu de Dios. Se puede ser entonces perfecto (en forma relativa) mientras avanzamos hacia la otra.



La perfección es la consumación de la santificación, y como está en el futuro, la santificación debe profundizarse continuamente. Si se pudiese alcanzar, finalmente, la perfección como un estado, cesaría la santificación como crecimiento. Sin embargo, las implicancias de las enseñanzas



de Jesús sugieren que la perfección es, en sentido significativo, alcanzable, como en las declaraciones: “**Sed, pues, perfectos**” (**Mateo 5: 48**) y “**Si quieres ser perfecto**” (**Mateo 19: 21**). Una dialéctica pareciera estar involucrada aquí. De la santificación puede decirse: “eres, pero todavía no eres”; de la perfección puede declararse: “no eres, y sin embargo eres”. Paradójicamente, la perfección en el presente es santificación; la santificación en el futuro es perfección. Esto significa que los dos conceptos son parte de la misma realidad: la semejanza a Dios.

**Filipenses 3: 12-16** es el pasaje que mejor expresa la paradoja de la perfección en el presente y en el futuro. Contrario a sus oponentes que proponían una escatología ya realizada, de acuerdo con la cual ellos ya estaban viviendo la perfección de la vida resucitada (cf. **2 Timoteo 2: 17, 18**), Pablo señaló que él todavía no había obtenido esa perfección (**Filipenses 3: 12**). Al compartir los sufrimientos de Cristo, y haciéndose semejante a él en su muerte, Pablo esperaba obtener la resurrección de la muerte (versículo **11**) y la perfección que trae consigo. En consecuencia, Pablo estaba en camino hacia la perfección futura. Esto significaba apropiarse de Cristo, porque Cristo ya se había apropiado de él (versículo **12**). La idea de pertenecer totalmente a Cristo impulsó a Pablo a buscar la perfección futura (versículo **13**). En la carrera de esta vida, Pablo seguía adelante hasta el día cuando Cristo, como en los juegos olímpicos, lo llamara para recibir el premio de la perfección (versículo **14**). Sorprendentemente, el apóstol entonces exhorta: “**Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos**” (versículo **15**). Lo que Pablo había negado como presente se declara aquí como algo presente. En otras palabras, los que son perfectos ahora son los que se dan cuenta de que la perfección está por delante. Y, sin embargo, paradójicamente Pablo dice: “**Pero en aquello a que hayamos llegado, sigamos una misma regla**” (versículo **16**). Lo que se hará completo en el futuro está aquí ahora en parte (**Filipenses 1: 6**).

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 339**

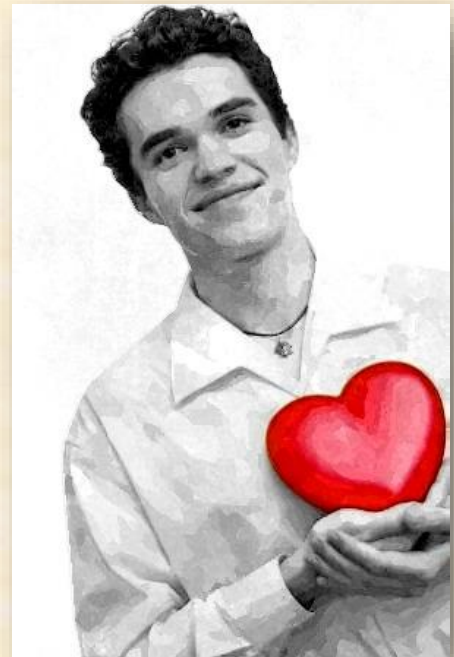
No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús. Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos; y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios. Pero en aquello a que hemos llegado, sigamos una misma regla, sintamos una misma cosa.

**Filipenses 3: 12-16**

Así como la naturaleza de Dios es amor, se espera que el cristiano nacido de nuevo vaya creciendo en amor. Debemos recordar que la emoción más fuerte que mueve el corazón humano es el egoísmo (nos gustaría decir que es el amor, pero no resiste la prueba...). Necesitamos cambiar el enfoque de nuestra vida de nosotros mismos (egocentrismo) hacia Dios y hacia los demás.

Conforme avancemos en esta ruta ser más fácil amar a nuestro prójimo, aunque no nos trate siempre bien o inclusive cuando sea nuestro enemigo declarado. No se puede ser misionero sin amar a las almas que perecen. Si usted los ama, dedicará su tiempo (no solamente su dinero, pues pienso que es más fácil desprenderse de él que del tiempo) para intentar salvarlos, a través de darles el mensaje glorioso que hay un Dios que los ama tanto que ha dado a su Hijo.

En **1 Tesalonicenses 3: 13** y **5: 23**, si bien no aparece la palabra *teleios*, se expresa el concepto de perfección en términos de alguien sin culpa y que está totalmente santificado, en cada aspecto del ser. Significativamente, la santificación perfecta de **3: 13** está vinculada al amor. Es a medida que se incrementa nuestro amor los unos por los otros ahora (versículo **12**) que nuestros corazones son establecidos como intachables en santidad a la segunda venida de Cristo. La santidad futura está basada en el amor presente. El amor es el centro del significado de la perfección, porque es el mandamiento más importante (**Marcos 12: 28-34**) y el cumplimiento de todos los mandamientos (**Romanos 13: 8-10; Gálatas 5: 14**). El amor es el camino por el cual obra la fe (versículo **6**), la prueba de la presencia de la vida eterna (**1 Juan 3: 15-18; 4: 20, 21**) y el verdadero conocimiento de Dios (versículos **7, 8**). Verdaderamente, Dios es amor (versículo **8**). Por el amor el mundo conoce quiénes son los discípulos de Cristo (**Juan 13: 35**). Cuando Jesús enseñó que los ciudadanos del reino deberían ser perfectos como Dios es perfecto,





se refería a que debían amar y cuidar a los demás, como Dios lo hace (**Mateo 5: 44-47**). Lucas capta correctamente este significado cuando dice: “**Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso**” (**Lucas 6: 36**). Esto no debilita la profundidad del desafío, sino que lo coloca en el lugar adecuado. El corazón de la perfección es el amor compasivo. Este amor es más grande que la fe y la esperanza (**1 Corintios 13: 13**), por cuanto estas son actividades sólo del ser humano. El amor es la característica más importante que los seres humanos comparten con Dios.

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 339, 340**

El concepto de perfeccionismo en cambio pretende que una persona que ha aceptado a Cristo no necesita guardar la Ley y que sólo hay que aceptar intelectualmente a Cristo como su Salvador personal, y queda santificado instantáneamente. Esto se ha convertido en la enseñanza común de buena parte del protestantismo que ha echado de sí a los diez mandamientos, sosteniendo que no están más vigentes ya que fueron clavados en la cruz. Claro que, si usted les pregunta, si, por lo tanto, pueden matar, mentir o robar o fornicar, dirán que no... pero dirán que hay que guardar el domingo en lugar de Santo Sábado. ¿Quién entiende?

Hay grandes verdades, largo tiempo ocultas debajo de la escoria del error, que han de ser reveladas a la gente. Muchos que han profesado creer el mensaje del tercer ángel han perdido de vista la doctrina de la justificación por la fe. La gente de la santidad [ver la nota del traductor más abajo] ha ido a grandes extremos en este punto. Ha enseñado con gran celo: “Tan sólo creed en Cristo, y seréis salvos; pero ¡basta de la ley de Dios!” Esta no es la enseñanza de la Palabra de Dios. No hay fundamento para una fe tal. Esta no es la preciosa gema de verdad que Dios ha dado para su pueblo en este tiempo. Esta doctrina descarría a las almas honradas. La luz de la Palabra de Dios revela el hecho de que la ley debe ser proclamada. Cristo debe ser exaltado porque es un Salvador que perdona la transgresión, la iniquidad y el pecado, pero que de ningún modo justificará al alma impía que no se arrepiente.

La Sra. de White usa la expresión “the Holiness people”. Se refiere a las numerosas denominaciones de Estados Unidos que ponen mucho énfasis en la doctrina del perfeccionismo. Probablemente la mayoría de ellas tienen su origen en el metodismo y se apartaron de él porque creían que el metodismo había abandonado las claras enseñanzas de John Wesley en cuanto a la perfección cristiana. Recalcan la santificación que quita del corazón el pecado original, la “segunda obra de la gracia” y la santificación instantánea. Hay dos grupos entre ellos, los moderados y los radicales. El marco histórico de este pasaje de la Sra. de White es el problema de 1888 DC. El mensaje verdadero de la justificación por la fe vuelve a poner un énfasis apropiado en la salvación y en la importancia de creer en Cristo. “The Holiness people” también predicaban la salvación, pero han ido a grandes extremos diciendo que basta creer, pero que la ley carece de importancia. Evidentemente la Sra. de White hace referencia a las denominaciones que se jactaban de su santificación y perfección, que recibían según ellos del Espíritu Santo, al paso que sostenían que estaban liberados de la obligación de obedecer los Diez Mandamientos. Nota del traductor.

Elena G. de White informa acerca de los frutos del mensaje de la justificación por la fe observados en el Congreso de la Asociación General, de 1889 DC, de Battle Creek, Michigan, del 18 de octubre al 5 de noviembre. La referencia al espíritu manifestado en Minneapolis tiene que ver con la situación que surgió a raíz de la manera en que se encaró el estudio de la Biblia en el congreso de 1888 DC, celebrado en Minneapolis, en forma de discusión y debate, acompañado, de parte de algunos, de críticas y mofas. Los compiladores.

**Ellen G. White, Mensajes Selectos, Tomo I, 422, 423**

Ellen G. White experimentó en carne propia la aparente santidad de quienes al mismo tiempo se negaban a aceptar el mensaje de la segunda venida de Jesús. Una santificación que rechace el deseo de estar para siempre con el Señor no puede ser tal. Lo que percibía Elena en la iglesia metodista (ya en ese entonces algo alejada del pensamiento de Wesley) le confundía pues parecía estar muy distante de su deseo de ser santificada.

Entre los metodistas había oído hablar mucho acerca de la santificación, pero no tenía ninguna idea definida sobre el asunto. Esta bendición parecía estar fuera de mi alcance, ser un estado de pureza que mi corazón jamás alcanzaría. Había visto a personas perder su fuerza física bajo la influencia de una poderosa excitación mental, y había oído que esa era la evidencia de la santificación. Pero no podía comprender qué era necesario hacer para estar plenamente consagrado a Dios. Mis amigos cristianos me decían: “¡Cree en Jesús ahora! ¡Cree que él te acepta ahora!” Trataba de hacerlo, pero hallaba imposible creer que había recibido una bendición que, a mi parecer, debía electrificar mi ser entero. Me preguntaba por qué tenía una dureza tal de corazón que no me permitía experimentar la exaltación de espíritu que otros sentían. Me parecía que yo era diferente de ellos, y que estaba privada para siempre del gozo perfecto de la santidad de corazón.

Mis ideas respecto de la justificación y la santificación eran confusas. Estos dos estados de la vida se me presentaban como cosas separadas y distintas la una de la otra; y sin embargo no



podía notar la diferencia de los términos o comprender su significado, y todas las explicaciones de los predicadores aumentaban mis dificultades. Me era imposible reclamar esa bendición para mí, y me preguntaba si la misma había de encontrarse sólo entre los metodistas, y si, al asistir a las reuniones adventistas no me estaba excluyendo a mí misma de aquello que deseaba por encima de todo: el Espíritu santificador de Dios.

Además, observaba que los que aseveraban estar santificados manifestaban un espíritu acerbo cuando se introducía el tema de la pronta venida de Cristo. Esto no me parecía ser una manifestación de la santidad que profesaban poseer. No podía entender por qué algunos ministros se oponían desde el púlpito a la doctrina de que la segunda venida de Cristo estaba cercana. De la predicación de esta creencia había resultado una reforma, y muchos de los más devotos ministros y miembros laicos la habían recibido como una verdad. Me parecía que los que amaban a Jesús sinceramente estarían listos para aceptar las nuevas de su venida, y regocijarse en el hecho de que ella era inminente.

**Ellen G. White, Notas biográficas de Elena G. de White, 31, 32**

Aunque los cristianos deben buscar la perfección, la tentación de suponer que se ha alcanzado es lo que se conoce como el perfeccionismo. Aunque el suponer que es tolerable la imperfección (y sentirse satisfecho con el nivel alcanzado) difiere del perfeccionismo, en realidad tienen la misma consecuencia errónea para quien cree en alguno de ellos: la inclinación a detenerse en el proceso de santificación. El engaño satánico que supone que como ya soy perfecto, cualquier cosa que deseo es santa, ha descarriado a muchas almas y las ha llevado a una vida disoluta.

El término perfeccionismo tiene una connotación negativa en muchas mentes. Estrictamente hablando, no debería haber algo negativo con la palabra, porque esta simplemente describe una creencia en la perfección. Pero en muchas mentes, perfeccionismo describe una extrema y distorsionada vista de la perfección. El perfeccionismo, en este sentido negativo, enfatiza un punto absoluto más allá del cual no habrá más desarrollo. Esta creencia de hecho, se origina de la filosofía griega en lugar de la Biblia. Este enfoque distorsionado del perfeccionismo se enfoca en la calidad del hombre, la cual puede existir independientemente de la presencia de Cristo en él.

No queremos estar involucrados en una perfección extremista porque es un legalismo centrado en el yo, un legalismo que coloca al yo en el trono del corazón una y otra vez y quita a Cristo del control de la vida. Motiva a forzar la obediencia, entonces la persona se vuelve obediente por los esfuerzos propios. Este perfeccionismo extremista es extremadamente peligroso, así como también lo es la doctrina de la imperfección, la cual permite que la pecaminosidad e impotencia del hombre cubra las promesas de Dios para el pecador arrepentido a través de otorgarle el poder de la presencia del Espíritu Santo.

Dudar que la perfección es un objetivo realista es dudar del poder viviente para lograrlo, el cual Dios ha prometido. La imperfección no reconoce a Jesús como el completo Substituto y Ejemplo del hombre, quien demostró que la ley de amor de Dios puede ser guardada y que el hombre puede ciertamente ser un vencedor aquí y ahora. Creo que la doctrina bíblica de la perfección es diferente de ambos extremos de perfeccionismo e imperfección.

**Dennis E. Priebe, Cara a Cara con el Verdadero Evangelio, 76**

Durante la oración familiar esa noche el Espíritu del Señor descansó sobre mí y se me mostraron muchas cosas en visión. Estos hombres me fueron presentados como gente que hacía un gran daño a la causa de Dios. Mientras profesaban santificación, estaban transgrediendo la sagrada ley. Tenían un corazón corrupto, y los que se unían con ellos estaban bajo una ilusión satánica engañosa, obedeciendo sus instintos carnales en lugar de la Palabra de Dios.

Sostenían que los que estaban santificados no podían pecar. Y esto naturalmente conducía a la creencia de que los afectos y deseos de los santificados eran siempre correctos, y nunca había peligro de que los indujeran al pecado. De acuerdo con este sofisma, estaban practicando los peores pecados bajo el manto de la santificación, y por medio de su influencia engañosa y mesmérica [hipnótica] estaban obteniendo un extraño poder sobre sus asociados, que no veían el mal de estas teorías de apariencia hermosa y por ello seductoras.

Su poder sobre la gente era terrible, pues mientras mantenían su atención y su confianza por medio de una influencia mesmérica, inducían a los inocentes e incautos a creer que esta influencia era del Espíritu de Dios. Por lo tanto, los que seguían su enseñanza eran engañados a creer que ellos y sus asociados, que reclamaban estar completamente santificados, podían satisfacer todos los deseos de su corazón sin pecado.

Los engaños de estos falsos maestros me fueron presentados en forma bien abierta, y vi la terrible cuenta que se lleva de su vida en los libros de registro, y la tremenda culpa que descansaba sobre ellos por profesar completa santidad mientras que sus actos diarios eran ofensivos a la vista



de Dios. Algún tiempo después, los caracteres de estas personas fueron revelados delante de la gente, y la visión que yo había tenido con respecto a ellos resultó plenamente vindicada.

**Ellen G. White, Notas biográficas de Elena G. de White, 90, 91**

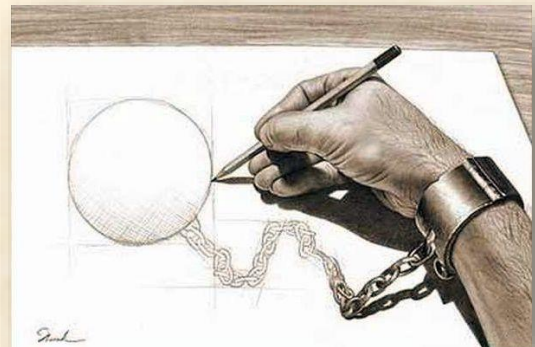
Una estupenda definición de perfeccionismo es la que presenta aquí Robert J. Wieland (que, aunque es un autor algo controvertido en cuanto al efecto del congreso de 1888 DC no deja de tener razón en este tema):

El perfeccionismo es una herejía que se caracteriza por una o más de las falsas ideas que siguen:

- La erradicación de la naturaleza pecaminosa del hombre en cualquier momento anterior a la glorificación, a la segunda venida de Cristo.
- La restauración perfecta de los poderes mentales o físicos mientras el hombre es aún mortal.
- La perfección de la carne.
- La vida sin la gracia habilitadora de Dios.
- Una infusión de mérito intrínseco, confiando en una santidad o justicia inherentes.
- La pretensión de ser salvo en base a una santidad superior.
- La pretensión de poseer o creer en sentimientos o impresiones, que están al margen de la Palabra.
- La creencia de que es imposible pecar o caer.
- La asunción de que uno está espiritualmente seguro en función de una justificación puramente legal, mientras se continúa viviendo en transgresión de la ley de Dios.
- La asunción de que el continuo pecado deja de ser pecaminoso si uno está salvado o santificado.

**Robert J. Wieland, Introducción al Mensaje de 1888, 53**

La posibilidad de la perfección en la vida cristiana, entendida como el proceso de santificación que hemos venido presentando, es real; pues Cristo demostró eso en su vida, utilizando los mismos medios con los que nosotros contamos, la dependencia absoluta de Dios. A pesar que era Dios en la carne, nunca utilizó sus atributos divinos para vender la tentación, demostrando que los seres humanos también podemos vencer. La declaración del final de esta cita no deja lugar a dudas: podemos vivir sin pecar. No necesitamos auto esclavizarnos al pecado.



Cristo vino con nuestra débil, caída naturaleza para mostrarnos que no debemos desanimarnos por haber heredado una naturaleza caída. Él comprobó para motivarnos que si la humanidad es controlada por la divinidad no hay necesidad de pecar en la vida. “El Salvador llevó sobre sí los achaques de la humanidad y vivió una vida sin pecado, para que los hombres no teman que la flaqueza de la naturaleza humana les impida vencer. Cristo vino para hacernos **“participantes de la naturaleza divina”**, y su vida es una afirmación de que la humanidad, en combinación con la divinidad, no peca”. **Ellen G. White, El Ministerio de la Curación, 136**. “Cristo vino a esta tierra a vivir una vida de perfecta obediencia, para que el hombre y la mujer, a través de Su gracia, puedan también vivir una vida de perfecta obediencia. Esto es necesario para su salvación”. Traducido de **Ellen G. White, Review and Herald, marzo 15, 1906**. Todo lo que Cristo hizo, incluyendo su obediencia perfecta, está a la disposición de todos aquellos que deseen utilizar el mismo método que Él utilizó para vencer.

Elena de White es bien explícita al decir que la causa de nuestros fracasos y pecados descansa sobre nuestra propia voluntad y no sobre nuestra débil naturaleza humana. (Ver “Un Poder que Transforma y Eleva”, **Ellen G. White, Palabras de Vida del Gran Maestro, 70**) “Mediante el plan de redención, Dios ha provisto medios para vencer cada rasgo pecaminoso y resistir cada tentación, no importa cuán poderosa sea”. **Ellen G. White, Mensajes Selectos, Tomo 1, 95**. Es un concepto recurrente en sus escritos que cada tentación puede ser resistida por el poder de Cristo. Si en realidad cada tentación puede ser desechada por la voluntad, entonces el resultado inevitable será que dejaremos de pecar.

El concepto de vivir sin pecar es precisamente el enfoque de las tres siguientes declaraciones. El poder que proporciona Cristo al habitar dentro de nosotros es más fuerte que cualquier tentación a pecar. “No te acomodes en la silla de Satanás y digas que es imposible, que no puedes dejar de pecar, que no hay poder en ti para vencer. No hay poder en ti apartado de Cristo, pero es tu privilegio tener a Cristo habitando en tu corazón por fe, y Él puede vencer el pecado en ti,



cuando tu cooperas con Sus esfuerzos”. Traducido de **Ellen G. White, Our High Calling, 76**. “A cada uno que se rinda completamente a Dios es dado el privilegio de vivir sin pecado, en obediencia a la ley del cielo”. Traducido de **Ellen G. White, Review and Herald, agosto 28, 1894**.

**Dennis E. Priebe, Cara a Cara con el Verdadero Evangelio, 66, 67**

#### 7.4. Perfección & Fin del Tiempo

Cuando nos aproximamos cada vez más al fin del tiempo es necesario que comprendamos la importancia que la santificación adquiere para quienes enfrentarán el tiempo de prueba que ha de llegar a este mundo. Ellen G. White sostiene con claridad meridiana que quienes se encuentren pasando los momentos finales habrán alcanzado un nivel cercano a la perfección absoluta, condición que los capacitará para atravesar el tiempo de angustia que vendrá.

Al escribir acerca de los eventos finales de la historia de este mundo, Elena de White fue bien específica al decir que el pueblo de Dios estaría ganando victorias sobre pecados personales. “Pero antes de que venga ese tiempo [la segunda venida], todo lo que sea imperfecto en nosotros será quitado. Toda envidia, y celos, y malas sospechas, y todo plan egoísta, habrán sido eliminados de la vida”. **Ellen G. White, Mensajes Selectos, Tomo 3, 488**. Esta declaración prueba de forma concluyente que el pueblo de Dios no estará pecando antes de la segunda venida de Cristo, como algunos afirman. Hasta los motivos y sentimientos pecaminosos serán vencidos por el poder de Cristo antes de la segunda venida.

Sabemos que hemos llegado a un principio extremadamente importante en nuestro estudio sobre el tema de la perfección. ¿Por qué es la perfección importante? ¿Qué prueba? “La misma imagen de Dios se ha de reproducir en la humanidad. El honor de Dios, el honor de Cristo, están comprometidos en la perfección del carácter de su pueblo”. **Ellen G. White, El Deseado de Todas las Gentes, 626**. “El honor de Cristo debe sostenerse completamente sobre la perfección del carácter de su pueblo escogido”. Traducido de **Ellen G. White, Signs of the Times, noviembre 25, 1897**.

El propósito de la perfección del carácter no es para que podamos ser salvos. La Salvación ya ha sido alcanzada al rendir el carácter al momento de la justificación. La perfección tiene que ver con la credibilidad de la palabra de Dios. Dios ha afirmado que Su ley es razonable y puede ser obedecida. Satanás ha cambiado esta afirmación, y la decisión final no ha sido presentada.

El pueblo remanente de Dios tendrá un papel que jugar en la vindicación de la credibilidad de Su palabra. De hecho, Dios vindicará Su propio nombre dándole a Su pueblo el poder divino necesario para obedecer Su ley perfectamente. “Si ha habido un pueblo en necesidad de un constante incremento de la luz de cielo, es el pueblo que, en estos tiempos de peligro, Dios ha llamado a ser depositarios de Su santa ley y para vindicar su carácter ante el mundo”. Traducido de **Ellen G. White, Testimonies, Volume 5, 746**. “¿Cómo será este mundo iluminado, sino por las vidas de los seguidores de Cristo?” “El pueblo de Dios debe reflejar al mundo los brillantes rayos de Su gloria”. “Dios ha enfatizado claramente que espera que seamos perfectos, y porque espera esto, ha hecho provisión para que seamos partícipes de su naturaleza divina”. Traducido de **Ellen G. White, Review and Herald, enero 28, 1904**. Así que, el desarrollo de la perfección de carácter en el pueblo de Dios es crucialmente importante para la resolución final del gran conflicto entre Cristo y Satanás. De hecho, la razón de enfatizar el concepto de la perfección del carácter del pueblo de Dios en los últimos días quizás sea el tema en cuestión resumido.

**Dennis E. Priebe, Cara a Cara con el Verdadero Evangelio, 67, 68**

Será totalmente imposible para cualquiera de nosotros recibir el sello de Dios mientras tengamos defectos de carácter. No puede haber ninguna mancha o defecto en el templo de nuestra alma. (La referencia se encuentra en inglés en **Ellen G. White, Testimonies, Volume 5, 214**). “Ahora, mientras que nuestro gran Sumo Sacerdote está haciendo propiciación por nosotros, debemos tratar de llegar a la perfección en Cristo. Nuestro Salvador no pudo ser inducido a ceder a la tentación ni siquiera en pensamiento...Satanás no pudo encontrar nada en el Hijo de Dios que le permitiese ganar la victoria. Cristo guardó los mandamientos de su Padre y no hubo en él ningún pecado de que Satanás pudiese sacar ventaja. Esta es la condición en que deben encontrarse los que han de poder subsistir en el tiempo de angustia” **Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 680, 681**.

**Dennis E. Priebe, Cara a Cara con el Verdadero Evangelio, 68**

No hay forma de entender mal la cita siguiente. Se espera que alcancemos “la condición sin pecado en que vivía Adán antes de su transgresión”.

Se ha dicho a veces que Elena de White nunca dijo que seríamos sin pecado antes de la segunda venida. Los dos enunciados siguientes son bien claros acerca del estado sin pecado previo a la segunda venida. “Todo el que por fe obedece los mandamientos de Dios alcanzará la condición



sin pecado en que vivía Adán antes de su transgresión”. **Ellen G. White, En Lugares Celestiales, 146**; ver también el **Comentario Bíblico Adventista, Volumen 6**. Este extraordinario enunciado dice que alcanzaremos la condición sin pecado en la que Adán vivió antes de su transgresión. Obviamente esto significa que Elena de White está usando la definición sin pecado que tiene que ver con el carácter. Ella se refiere a que podemos tener un carácter sin pecado, no a una naturaleza sin pecado.

“Cristo ha dado cada provisión para la santificación de Su iglesia. Ha hecho abundante provisión para que cada alma posea tal gracia y fortaleza que será más que vencedora en la batalla contra el pecado... Vino a este mundo y vivió una vida sin pecado, para que en Su poder Su pueblo también pueda vivir una vida sin pecado. Desea que ellos al practicar los principios de la verdad muestren al mundo que la gracia de Dios tiene poder para santificar el corazón”. Traducido de **Ellen G. White, Review and Herald, abril 1, 1902**. Note que el contexto de este enunciado es la santificación y la ininterrumpida batalla en contra del pecado. En este tiempo de la preparación antes del cierre de gracia, durante el proceso de santificación, podemos vivir vidas sin pecado. Claramente Elena de White no tiene temor de decir que podemos vivir una vida sin pecado, así como Jesús vivió una vida sin pecado en este mundo. Una vez más esto asume que al decir vida sin pecado se refiere a carácter sin pecado.

**Dennis E. Priebe, Cara a Cara con el Verdadero Evangelio, 69**

Puede parecer que lo que se nos pide es demasiado, que va más allá de nuestras fuerzas, pero no es así; no si estas fuerzas escasas están unidas al poder de Dios, que está dispuesto a auxiliar a toda alma que se acerca Él. Por otro lado, no sabemos cuánto tiempo resta hasta la venida del Señor, pero sí deseo hacer mi parte para prepararme y por la gracia de Dios y la obra del Espíritu Santo vindicar delante del universo el Nombre de Dios.

No sea que este estándar elevado pueda desmotivar a cualquier cristiano sincero, tenemos la promesa de que lo que sea que Dios espere de Sus hijos lo va a proveer por Su gracia. “Nuestro Salvador no requiere lo imposible de ninguna alma. No espera nada de sus discípulos para lo cual no esté dispuesto de que puedan realizarlo. No si junto con su orden no les concediera toda perfección de gracia a aquellos sobre los que confiere un privilegio tan elevado y santo... Nuestra obra es esforzarnos para alcanzar, en nuestra esfera de acción, la perfección que Cristo en su vida terrenal alcanzó en cada aspecto del carácter. Él es nuestro ejemplo”. **Ellen G. White, La Maravillosa Gracia, 230**. Aquí vemos claramente el consejo de que debemos depender de Cristo para que nos perfeccione. Él es el que nos perfeccionará. No podemos perfeccionarnos a nosotros mismos. Debemos ver a Cristo como nuestro Ejemplo y seguir el plan que Él ha diseñado.

Algunos se han preguntado por qué la discusión sobre la naturaleza de Cristo debiera ocupar el tiempo y energía de los estudiantes de Biblia de hoy. Quizás estas declaraciones muestren la importancia del tema. “Dios requiere de Sus hijos perfección de carácter”. “Quizás digamos que es imposible para nosotros alcanzar el estándar de Dios; pero cuando Cristo vino como nuestro sustituto y fianza, era un ser humano... Con Su divinidad cubierta por humanidad, vivió una vida de perfecta obediencia a la ley de Dios”. “Como Cristo vivió la ley siendo humano, así debemos hacer nosotros si nos tomamos del Fuerte para obtener fortaleza”. Traducido de **Ellen G. White, Signs of the Times, marzo 4, 1897**.

¿Ve que importante es entender la naturaleza que Cristo tomó y el método que usó para obedecer? “A nadie se le impide alcanzar, en su esfera, la perfección de un carácter cristiano... Dios nos invita a que alcancemos la norma de perfección y pone como ejemplo delante de nosotros el carácter de Cristo. En su humanidad, perfeccionada por una vida de constante resistencia al mal, el Salvador mostró que cooperando con la Divinidad los seres humanos pueden alcanzar la perfección de carácter en esta vida. Esa es la seguridad que nos da Dios de que nosotros también podemos obtener una victoria completa”. **Ellen G. White, Los Hechos de Los Apóstoles, 425**.

**Dennis E. Priebe, Cara a Cara con el Verdadero Evangelio, 70**

Alguna vez me preguntaron si la razón por la que Jesús nunca falló (nunca pecó) fue porque era Dios en la carne. Me tomé el tiempo suficiente para explicar que, si Jesús hubiera utilizado algo que estaba a su disposición como Dios, el plan de salvación habría fracasado; pues Satanás podría haber argüido, entonces con razón, que el hombre no puede guardar la Ley de Dios. Si así fuera el pecado sería aceptable pues el hombre no estaría en condiciones de resistir la tentación. Este es justamente el pensamiento satánico que trata de ser introducido en la mente de los cristianos. Esta idea es que podemos vivir vidas razonablemente buenas (las que todo el mundo dice vivir cuando aseguran “que no han matado a nadie”) pero que vivir sin pecar es imposible. Todos podemos “alcanzar la perfección del carácter”. No se deje engañar por los argumentos del enemigo, aférrese a las promesas de Dios.

Si la naturaleza de Cristo fue diferente a la de nosotros, o si Él utilizó un método diferente al que nosotros podamos utilizar para vencer el pecado, seguramente sería visto mas allá de cualquier razonamiento la posibilidad de que podamos hacer lo que Él hizo. Porque Su naturaleza fue la





nuestra y Su método el nuestro, tenemos esperanza de una victoria total en nuestras vidas. Él nos mostró como hacer de lo imposible algo posible, a través de Su poder y animados por Su ejemplo. "En su vida y carácter, no sólo revela el carácter de Dios, sino las posibilidades del hombre" **Ellen G. White, Mensajes Selectos, Tomo 1, 410**. "El vino para cumplir toda justicia y, como cabeza de la humanidad, para mostrarle al hombre que puede hacer la misma obra, haciendo frente a cada especificación de los requerimientos de Dios... Todo el que se esfuerza, puede alcanzar la perfección del carácter". **Ellen G. White, La Maravillosa Gracia**, capítulo La Ley: Norma de Dios.

Elena de White era bien estricta al reprobar a aquellos que negaban la posibilidad de vivir una vida en perfección de carácter. "Se requiere obediencia perfecta, y aquellos que dicen que no es posible vivir una vida perfecta declaran a Dios injusto y mentiroso". Traducido de **Ellen G. White, Manuscript 148, 1899**. Fueron dos las razones por las cuales ella insistió en la necesidad de creer en la posibilidad de una perfección: primero, por el peligro psicológico de excusar pecados personales, y segundo por la necesidad de guardar en lo más profundo de la mente el poder de Cristo para dar la victoria sobre cualquiera y sobre todos los pecados personales. "El amar y consentir pecado, es amar y consentir al autor del mismo, al enemigo mortal de Cristo. Cuando ellos [el pueblo de Dios] excusan y se aferran a la perversidad del carácter, dan a Satanás un lugar en sus afecciones, y le rinden homenaje". Traducido de **Ellen G. White, Our High Calling, 231**. "Aquel que no tiene una fe suficiente en Cristo para creer que Él puede guardarlo de pecar, no tiene la fe que le dará la entrada en el reino de Dios" Traducido de **Ellen G. White, Review and Herald, marzo 10, 1904**.

Estas son declaraciones típicas de Elena de White en el área de la perfección y vida sin pecado. Constantemente ella habla acerca de cómo vencer y afirmar que no necesitamos ceder a la tentación. Declara que podemos, a través de la dependencia en el poder de Dios, vencer como Él venció. Él nos mostró como, y podemos seguir sus pisadas. Una y otra vez Elena de White dice que podemos vivir una vida de obediencia a Dios, y cómodamente utiliza el término sin pecado al utilizarlo en este contexto.

**Dennis E. Priebe, Cara a Cara con el Verdadero Evangelio, 71**

Pero ¿es posible que alguien pueda alcanzar la perfección del carácter cristiano? La respuesta la da el Espíritu de Profecía cuando menciona el caso de Enoc, que fue llevado sin conocer la muerte, así como también ocurrió con el profeta Elías, ascendiendo en un carro de fuego. Aunque a mí particularmente me maravilla el gran Moisés. Solamente cedió a la tentación en 40 años cuando golpeó la roca (que representaba a Cristo) en lugar de hablarle. Por eso, al igual que a los otros el Señor lo tiene en el cielo con Él, aunque el legislador tuvo que pasar por el sueño de la muerte. Dios mismo le enterró en la cumbre del monte y luego regresó para llevarlo a la vida eterna.

Recuerdo que cuando leí la primera vez que Dios le dijo que moriría sin entrar a la tierra de Canaán, la tierra prometida, pensé que era algo injusto, por todo lo que este gran hombre había tenido que pasar en esta vida y por todo el esfuerzo en sobrellevar a un pueblo de dura cerviz.

Pero ya Dios tenía para él una sorpresa en la cumbre del monte. Pudo ver antes de morir (como en una visión) la historia del pueblo de Dios, el triunfo de Jesús en la cruz, el desarrollo de la iglesia y la segunda venida del Señor y llegó a percibir las maravillas del gozoso cielo que espera a los redimidos. Luego como un guerrero agotado descansó. No supo que Dios mismo le enterró (pero ya se lo habrán contado) pero ahora vive por siempre, y estuvo en el monte de la transfiguración representando a quienes serán salvos luego de pasar por la muerte, mientras que Elías representó a los que pasarán directo al cielo sin conocer la muerte cuando el Señor venga por segunda vez.



La pregunta que muchos parecen estarse preguntado hoy es, ¿Ha alguien alguna vez alcanzado esta perfección de carácter? Elena de White responde, "El piadoso carácter de este profeta representa el estado de santidad que deben alcanzar todos los que serán "comprados de entre los de la tierra" (**Apocalipsis 14: 3**) en el tiempo de la segunda venida de Cristo". **Ellen G. White, Patriarcas y Profetas, 77**. Ella describe que Enoc encontró necesario vivir en un tiempo cuando la contaminación moral a su alrededor era abundante, pero su mente estaba en Dios y en



las cosas celestiales. Su rostro estaba iluminado con la luz que brillaba en el rostro de Jesús. La atmósfera que respiraba estaba contaminada de pecado y corrupción, y aun así vivió una vida de santidad y no tuvo que ver con los pecados prevalecientes de la época. La referencia se encuentra en inglés en **Ellen G. White, Testimonies, Volume 2, 122**. Aparentemente Enoc escogió no pecar. El escogió poner su vida en armonía con la vida de Cristo en una época en la cual las cosas estaban tan mal como nunca antes la han estado en la historia del mundo.

“Algunos pocos en cada generación desde Adán resistieron cada artificio y se mantuvieron en pie como nobles representantes de lo que le era posible al poder del hombre ser y hacer... Enoc y Elías son los mejores representantes de lo que la raza humana puede ser si desean, a través de la fe en Jesucristo. Satanás estaba preocupado en gran manera porque estos nobles, hombres santos estaban sin mancha de pie entre la contaminación moral que los rodeaba, con un carácter justo y perfecto y fueron contados por dignos de ser trasladados al cielo. Así como se mantuvieron firmes con poder moral y rectitud noble, venciendo las tentaciones de Satanás, no los pudo traer bajo el dominio de la muerte. Se jactó que tenía el poder para vencer a Moisés con sus tentaciones, y que podría estropear su carácter intachable y conducirlo al pecado de tomarse la gloria que le pertenecía a Dios para él mismo delante del pueblo”. Traducido de **Ellen G. White, Review and Herald, marzo 3, 1894**.

Aparentemente había algo especial acerca del carácter que desarrollaron Enoc y Elías antes de ser trasladados. Ellos, en efecto, escogieron resistir al pecado por el poder de Dios. Luego encontramos esta bella declaración, “Y en nuestros días también hay Enocs”. **Ellen G. White, Palabras de Vida del Gran Maestro, 267**.

**Dennis E. Priebe, Cara a Cara con el Verdadero Evangelio, 71, 72**

Pero igual que ellos no nos jactaremos de una supuesta santidad (como si hubiéramos alcanzado la perfección absoluta), sino seguiremos fijando la vista en Aquel que es todo amor. Si alguien se declara como tal, es seguro que no lo es. Note que la Sierva del Señor indica que es posible alcanzar este nivel de santidad, pero nos exhorta a no vanagloriarnos de algo que es obra de Dios.

Entonces, ¿deberíamos proclamar que somos perfectos y sin pecado? “Aquellos que están verdaderamente buscando la perfección del carácter cristiano nunca consentirán el pensamiento de que son sin pecado”. Traducido de **Ellen G. White, The Sanctified Life, 7**. “No nos jactaremos de nuestra santidad... No podemos decir “Soy sin pecado”, hasta que este cuerpo vil sea cambiado y transformado a Su cuerpo glorioso”. Traducido de **Ellen G. White, Signs of the Times, marzo 23, 1888**. “Cuando el conflicto de esta vida esté terminado... cuando los santos de Dios sean glorificados, entonces y únicamente entonces será seguro declarar que somos salvos y sin pecado”. **Ibíd., mayo 16, 1895**.

Estos pasajes se refieren al hecho de declarar que estamos sin pecado, al pensamiento en nuestra mente de que somos sin pecado. Por favor note que únicamente cuando seamos glorificados será seguro declarar que somos salvos. De manera que hay una diferencia entre ser salvo y declararnos como salvos.

Si esto es cierto, ¿podría haber una diferencia entre estar sin pecado y declararnos sin pecado? “Ninguno que declare santidad es realmente santo. Aquellos quienes están registrados como santos en los libros del cielo ni se han dado cuenta del hecho, y son los últimos en jactarse de su propia bondad”. Traducido de **Ellen G. White, The Faith I live by, 140**. Aquí tenemos evidencia clara de que aquellos a quienes Dios llama santos nunca van a declararse santos, mostrando que puede haber una diferencia entre ser sin pecado y declararse sin pecado.

**Dennis E. Priebe, Cara a Cara con el Verdadero Evangelio, 73**

Debemos como pueblo de Dios dejar la indulgencia propia y de autoconvencernos que no es posible vivir sin pecar. Se nos ha mostrado que sí es posible, pero también que no es sabio suponer o decir que lo hemos alcanzado. La gloria sea del Señor. El Ejemplo perfecto de Cristo debe ser la luz que ilumine nuestra senda en este mundo de tinieblas.

Los asertos de Satanás que los hombres no pueden guardar la Ley de Dios deben ser mostrados, al universo que nunca ha caído, como falsos, por el pueblo que le toque vivir en las horas más críticas de este planeta, cuando el Señor se prepara a regresar. Honraremos a Dios con nuestra vida y seremos una señal para el universo del poder transformador del Espíritu de Dios.

A pesar que esta doctrina parece estar clara en el Nuevo Testamento y en los escritos de Elena de White, el pensamiento de algunos de que Dios no requiere de su pueblo un carácter sin pecado antes de la traslación está bien grabado en la mente. Quizás estas malas interpretaciones de lo que Dios está tratando de decir a Su pueblo no son intencionales, o quizás ni siquiera son conscientes. Este error comienza con la mala interpretación del concepto de pecado y cómo vivió Cristo como hombre, y está perpetuado en las malas interpretaciones de justificación por la fe. Veamos



pues que, si Jesús fue únicamente el Sustituto del hombre, pero no su Ejemplo, entonces el desafío de hacer lo que Él hizo es inmensurablemente reducido. “De ahí que trate constantemente de engañar a los discípulos de Cristo con su fatal sofisma de que les es imposible vencer” **Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 544.**

Correctamente entendida, la justificación por fe en el contexto del poder de Dios para guardar al hombre sin caída es convincente, dinámica y una fuerza positiva en la vida de la persona. Conociendo bien sus propias debilidades cuando está separado del poder de Dios, el hombre de fe ahora ve que puede lograr en su vida, y encuentra el gozo más grande al vivir una vida victoriosa. Entonces el mensaje bíblico se convierte excesivamente simple. “Jesús lo hizo, y a través de una dependencia con Dios, yo también puedo. Puedo vivir a través de la fe en mi Padre celestial”. En esta experiencia estaremos viviendo sin pensamientos rebeldes en ninguna área de nuestra vida. Habremos alcanzado la perfección de carácter teniendo una naturaleza caída que aún puede cometer pecado. No tendremos más incursiones ocasionales a la tierra de la indulgencia propia. Siempre diremos no, como Jesús dijo no a todas las tentaciones. Al silencio de la última y persistente pregunta acerca de que quizás Jesús fue sin pecado porque Él era Dios, la última generación probará más allá de la sombra de la duda que hombres y mujeres con naturaleza caída pueden vivir sin pecado. Esta demostración final contribuirá a vindicar el carácter de Dios Su gobierno, justicia y misericordia—y el gran conflicto estará bien cerca de su final.

**Dennis E. Priebe, Cara a Cara con el Verdadero Evangelio, 77, 78**

Satanás declaró que era imposible para los hijos e hijas de Adán guardar la ley de Dios, acusándolo así de falta de sabiduría y amor. Si no podían guardar la ley, entonces el defecto estaba en el dador de la ley. Los hombres que están bajo el control de Satanás repiten esas acusaciones contra Dios, al aseverar que los hombres no pueden guardar la ley de Dios...

[Pero] Cristo tomó sobre sí la naturaleza humana, y se sujetó a cumplir toda la ley en beneficio de aquellos a quienes representaba. Si hubiese fracasado en una jota o una tilde, habría sido un transgresor de la ley, y habríamos tenido en él una ofrenda pecaminosa, sin valor. Pero él cumplió cada término de la ley, y condenó el pecado en la carne; sin embargo, muchos pastores repiten las falsedades de los escribas, sacerdotes y fariseos, y siguen su ejemplo al apartar de la verdad a la gente.

Dios se manifestó en carne para condenar el pecado en la carne, manifestando obediencia perfecta a toda la ley de Dios. Cristo no pecó, ni fue hallado engaño en su boca. No corrompió la naturaleza humana y, aunque en la carne, no transgredió la ley de Dios en ningún particular. Más que esto, eliminó toda excusa que pudiesen esgrimir los hombres caídos para no guardar la ley de Dios...

Este testimonio en relación con Cristo muestra llanamente que condenó el pecado en la carne. Nadie puede decir que está sujeto sin esperanza a la servidumbre del pecado y de Satanás. Cristo asumió la responsabilidad de la raza humana... Testifica que por su justicia imputada el alma creyente obedecerá los mandamientos de Dios.

**Ellen G. White, Signs of the Times, 16 de julio de 1896**

Dios le bendiga.